Gustavo Ferrari / Ezequiel Gallo (comp.): La argentina del 80 al centenario
Ed. Sudamericana, BA, 1980.

UN NUEVO CLIMA DE IDEAS

Tulio Halperín Donghi

¿Mil ochocientos ochenta marca en el dominio de las ideas una tan clara línea divisoria como en el de la política? Nada menos evidente; aun así un uso no totalmente injustificado ve en esa fecha la del relevo de los hombres y las ideas que dominaron la etapa de organización nacional, por la nueva generación que esa fecha designa.

Si en cuanto a los hombres esto es verdad más que a medias, respecto de las ideas lo es sobre todo si se agrupa el rimero de las vigentes antes de esa línea divisoria bajo el signo de la ideología romántica acriollada que introdujo la generación de 1838, cuyos últimos ecos se apagarían en 1880: ella marcaría entonces la transición final del romanticismo al positivismo.

Esa caracterización sin duda deja de lado la presencia cuantitativamente significativa, antes y después de 1880, de un pensamiento espiritualista, cuyas manifestaciones Arturo Roig ha venido inventariando con ejemplar prolijidad. Ello no es quizá demasiado grave: ese pensamiento, pálida floración académica, nunca tuvo en la Argentina el eco que alcanzó por ejemplo en el Uruguay.

Más grave es en cambio que no haga justicia a la heterogeneidad de orientaciones y motivos que domina hasta 1880, a través de formulaciones —las de Sarmiento, Alberdi, Mitre o Hernández— en que la impronta personal es más significativa que la deuda común con el legado ideológico, pasablemente ecléctico, de 1838. Esto no es válido para la etapa que sigue: falta en ella la presencia dominante de personalidades igualmente vigorosas. Y ello nos lleva a considerar una dimensión esencial en la vida de las ideas: el modo concreto de inserción de la elaboración y debate ideológicos en la vida argentina.

Porque es evidente que la ausencia en la nueva etapa de personalidades de gravitación tan fuerte como las que dominaron la precedente no se debe tan sólo a que sus sucesores no supieron conservar la disposición a pensar con originalidad y novedad una visión del mundo a partir de los problemas concretos y acuciantes de la Argentina (aunque esa menor ambición intelectual es indiscutible, y en la aguda caracterización de Alejandro Korn es ella, más que la apertura a nuevas inspiraciones ideológicas, la que permite reconocer la frontera

entre la etapa tributaria de la generación de 1838 y la dominada por la de 1880).[1] Pero si la originalidad del pensamiento individual resalta menos no es sólo porque los nuevos pensadores son en efecto menos originales, sino porque su pensamiento halla más difícil recortarse nítidamente sobre el trasfondo de un clima colectivo de ideas ahora más definido. Es que en las décadas transcurridas desde Caseros se han creado las condiciones para el surgimiento de una nueva opinión pública, dispuesta a definirse colectivamente no sólo frente a las obvias alternativas de la política facciosa, sino sobre los básicos dilemas político-ideológicos de la segunda mitad del siglo. No faltaron en la etapa anterior a 1880 formulaciones ideológicas maduras y sutiles; ellas sólo alcanzaron eco cuando lograban presentarse como formulación ideal de una lealtad facciosa basada en la rencorosa memoria de una colectividad tradicional antes que en la común adhesión a un credo político; así ocurrió con Mitre, con Sarmiento, con Hernández, y el aislamiento de Alberdi se debió entre otras cosas a que sólo intermitentemente y a desgano aceptó esa necesaria servidumbre (y en las ocasiones en que lo hizo reveló una vez más su casi sobrenatural ineptitud para entender los mecanismos efectivos de la política en el Plata).

El gran debate político-ideológico que sigue a 1880 (el que durante la entera década va a arreciar en torno a las reformas laicas) se va a dar en efecto al margen de la ya moribunda tradición de conflictos entre las facciones tradicionales, y no por eso dejará de estar dominado por el choque de macizas corrientes de opinión pública, antes que por la confrontación entre formulaciones identificables con figuras individuales. Que ello no se debe tan sólo a una baja en el temple creador de quienes piensan el problema lo revela, por ejemplo, el hecho de que las justificaciones que Sarmiento, Mitre o López dan para su apoyo a las reformas laicas ostentan diferencias que repiten las que han mantenido separadas sus trayectorias intelectuales en el pasado; aun así, ahora esas diferencias no son realmente importantes ni aun para ellos mismos, porque quienes en el pasado fueron creadores y definidores de una corriente de opinión aceptan ser voceros de un clima de opinión colectiva.

Esa dimensión coral en la vida de las ideas, antes ausente, aparece magnificada porque el debate laico atrae a la liza a la Iglesia, y ésta conserva la capacidad de incorporar a él, como espectadores apasionados, a vastos grupos habitualmente indiferentes a las confrontaciones ideológicas (aunque ha perdido, si alguna vez la tuvo en la Argentina, la tanto más temible de lanzarlos a la defensa armada de la fe recibida). Si no es necesariamente cierto, como alegan los defensores de las reformas, que la participación en el debate de

compactas multitudes, expresada a través de petitorios que recogen firmas por millares, es el fruto fraudulento de un abuso de confianza perpetrado por el clero en daño de sus catecúmenas (que siendo mujeres, sugiere el ministro Wilde, no pueden desde luego entender qué están haciendo) es menos dudoso que esas movilizaciones intermitentes se traducen en una ampliación sólo efímera de las bases humanas y sociales de la opinión pública.

Los avances perdurables de éstas son, sin duda, más limitados, pero todavía muy reales, y se reflejan mejor en la organización de congresos basados en la comunidad de intereses intelectuales o profesionales o de orientación ideológica (desde el Congreso Pedagógico, en que las fuerzas laicas obtienen una victoria decisiva, hasta las asambleas católicas).

Esa ampliación de la opinión pública se acompaña de una opacidad creciente en el debate ideológico; lo que se expresa en un lenguaje que se ha emancipado por fin de la necesidad de rendir homenaje a los mitos facciosos antes dominantes son a menudo posiciones que pagan su robusta simplicidad al precio de una trivialidad estridente y agresiva. Miguel Cané no es sin duda el único que atribuiría –en *De cepa criolla,* de 1884– esa creciente vulgaridad al peso que adquirió en la campaña laica "la guerrilla guaranga de los sueltistas", aunque sin duda era más específicamente suya la tendencia a ver en ella uno de los signos del avance general del "guarango democrático" contra los bastiones de un amenazado orden aristocrático, del que el *alter ego* de Cané, cuyas experiencias recoge *De cepa criolla,* era defensor alarmado.[2]

Pero esa explicación del cambio de tono del debate por la ampliación del público no es totalmente satisfactoria; ya antes de que se hiciese evidente la presencia de una nueva opinión pública que no podía sino transformar el debate de ideas, algunos miembros veteranos de la élite intelectual argentina mostraban impaciencia creciente frente a la cortesía rica en reticencias que desde 1838 se había practicado al considerar el lugar del catolicismo en la Argentina moderna. Juan María Gutiérrez, cuyas credenciales como miembro fundador de esa aristocracia del espíritu eran más inobjetables que las de Cané, no había creído derogar a su dignidad de *gentleman and scholar* cuando, en la década anterior, celebró el incendio del Salvador con un destemplado ataque a *las restauraciones religiosas.* Y luego de 1880 los padres fundadores sobrevivientes no iban a eludir, cada uno en su estilo, el nuevo combate, en el que Sarmiento no iba a poner más mesura que la habitual en él en esas ocasiones.

Es que el debate en torno a las reformas laicas no podría ser el episodio más significativo de la vida de las ideas en la etapa que se

abre si no reflejase algo más que la ampliación de su base social; traduce también un temple nuevo, que no se manifiesta necesariamente en el enriquecimiento de los contenidos ideológicos vigentes, sino en la urgencia nueva con que gravitan nociones que están lejos de ser totalmente novedosas. La trivialidad del debate laico no se debe tan sólo a la presencia de un público nuevo y ansioso de escuchar una vez más la evocación de las etapas más penosas en la larga historia del pontificado. Se debe también a que entre los contendientes sólo los de parte católica parecen reconocer la trágica hondura del conflicto, en que se delibera el repudio de un pasado inmemorial y aun cercano. Entre los defensores de las reformas encontramos ya muy poco de la tendencia a presentar a sus adversarios como los voceros de un sobrecogedor misterio de iniquidad (que había dominado el despertar anticlerical a mediados de siglo y en el Plata había sobrevivido en la prédica truculenta de Francisco Bilbao); lo más frecuente ahora es que se nieguen a tomarlos en serio. Es reveladora la actitud que paladines de las reformas, como Wilde o Groussac, mantienen hacia el más implacable de sus adversarios ideológicos, Pedro Goyena: el afecto que le guardan, no por efusivo y sincero, deja de tener algo de insultante. Goyena es sin duda un hombre de bondad infinita, un caballero intachable y un amigo encantador; si siguen percibiéndolo tan claramente como tal es porque ni por un instante conceden importancia alguna a su apocalíptica elocuencia de paladín de la fe.

La pobreza del debate se debe en parte entonces a que se libra contra una fuerza que aparece en retirada, luego de haber sufrido golpes que parecen decisivos a su prestigio. Ello gravita sin duda sobre los defensores de las posiciones católicas, pero son las consecuencias de esa circunstancia sobre los adversarios de ellas las que permiten explorar mejor el temple de ideas de la nueva época, ya que fueron los partidarios de las reformas los que dejaron en él impronta más profunda.

Desde la perspectiva de los innovadores, el menosprecio de la posición adversaria tiene raíces a la vez locales y universales. Las primeras son más remotas y secretas; se vinculan a que sólo ahora esa corpulenta realidad que fue la colonia española y católica ha dejado de vivir en la memoria colectiva de la generación que domina la vida política y da su tono al debate de ideas. Por el momento señorea sin contrapeso alguno la imagen fuertemente negativa acuñada a partir de 1810 acerca de un pasado por definición execrable (y ello se refleja aun en la reticencia de los polemistas católicos, que si no se fatigan de señalar en el catolicismo una de las dimensiones esenciales de la nacionalidad, prefieren no explayarse sobre las razones históricas

para ello). Hasta ahora, esta imagen fuertemente polémica había mantenido constante tensión con otra debida a la memoria familiar y a la colectiva de una sociedad tantos de cuyos miembros habían alcanzado a vivir en el marco de la colonia. Si Sarmiento, López o Mitre no habían ahorrado a la herencia española las críticas más virulentas, ellas escondían —a menudo mal— una íntima ambivalencia; Sarmiento no podía por ejemplo olvidar que una de las figuras por él más veneradas en su infancia era la de ese cura Castro, que había muerto con el nombre del bienamado Fernando en los labios.[3] Y supo integrar ese recuerdo, y la lealtad a él, con la adhesión razonada al nuevo orden republicano, en esos *Recuerdos de Provincia*, en que la dignidad histórica del pasado hispánico y católico era evocada de modo tanto más persuasivo porque no servía ningún propósito polémico contra el presente. Porque reconocía en ese pasado un macizo hecho de civilización, no había estado tentado de reducir los elementos que juzgaba negativos de su herencia al rimero de puerilidades que los hombres que no tenían de él experiencia viva descubrían ahora en ellos.

La lealtad a un pasado aun vivo no podía servir entonces —como había servido en Colombia o Chile a mediados del siglo— para equilibrar los estímulos de signo contrario cada vez más abundantes en el contexto mundial. Y éstos arrecian en efecto con fuerza creciente; su expresión más aguda la alcanzan en el conflicto entre la religión y la ciencia. Este se hace más difícil de eludir gracias a los avances del evolucionismo biológico y la constitución de la prehistoria como disciplina científica; ambos no sólo hacen estragos en los primeros tramos del relato bíblico, sino parecen socavar la base misma de la dialéctica cristiana de caída y redención. Sin duda, una interpretación menos pedantescamente literal del pecado de Adán terminará por disolver el conflicto, pero la reacción inmediata a esos avances científicos está quizá mejor representada por la denuncia de Menéndez y Pelayo contra esa fábula que los enemigos de la fe llaman prehistoria. Actitudes como ésta permiten entender mejor por qué los defensores de posiciones tradicionales afrontaban tan a menudo la desdeñosa indiferencia de sus adversarios mejor informados, pero sería erróneo atribuir la irreconciliabilidad del conflicto a una excesiva rigidez de la Iglesia o sus defensores. Por el contrario, ésta se manejó con cautela mayor que los defensores de posiciones análogas en el mundo protestante (una cautela que iba a abandonar en cambio frente a las tentativas de introducir criterios científicos nuevos en la exégesis bíblica). Son en cambio los adversarios de las posiciones católicas quienes martillan sobre la incompatibilidad entre éstas y las comprobaciones de las nuevas ciencias, en las que quieren

ver la prueba definitiva de la incompatibilidad radical entre la herencia católica y el mundo moderno.

La fuerza del movimiento secularizador se apoya en efecto en la adhesión apasionada al avance de la modernidad, del que el logrado por el conocimiento científico es sólo un aspecto; por detrás de él es la transformación de las bases técnicas y económicas de la civilización la que evoca ese eco fervoroso. La noción de que esa transformación es el despliegue de una fuerza benévola ha sido hasta tal punto desmentida por los hechos que preferimos caritativamente olvidar cómo ella fue capaz de inspirar en hombres cercanos a nosotros en el tiempo una nueva fe secular en la salvación de la humanidad a través del proceso histórico mismo; es esa fe la que les hace seguir los avances del capitalismo industrial con la misma veneración con que medio siglo después los seguidores de otra fe profana veían en el endicamiento del Dnieper un signo seguro del ingreso de la entera humanidad en una etapa decisiva de su redención. Pero si olvidamos que Sarmiento contemplaba la nueva silueta de la costa del Retiro, en Buenos Aires (en que los monumentos erigidos por la piedad española quedaban aplastados por los de la era del ferrocarril, y estos últimos por esas letras descomunales que acompañaban por centenares de metros el avance del viajero, proclamando en nombre del señor Bagley las excelencias de la auténtica Hesperidina)[4], con una aprobación sonriente que refleja su adhesión efusiva a la marcha providencial de la historia (que ha enseñado finalmente a los hombres a buscar su salvación en este mundo) seremos nosotros quienes habremos trivializado el debate, porque nos rehusaremos a ver, tras del choque de ideas a menudo indigentes y toscamente expresadas, el conflicto entre la fe heredada y una fe rival, que si no tiene necesariamente sobre aquélla la superioridad que pretende deber a su supuesta base racional, parece en cambio más capaz de ganar adhesiones activas y eficaces.

Es esa nueva fe la que consolida en su apoyo a una nueva opinión pública; es su lenguaje apodíctico, más que la vulgaridad de algunos de sus argumentos, la que frena la adhesión de un Cané, que apreciaba demasiado su escepticismo para abdicar de él en homenaje a esas macizas seguridades. Y esa fe la comparten también quienes aportan al nuevo combate su veteranía de medio siglo de acción política. Pero los que sólo en el ocaso de su carrera pública colocan en el centro de su interés la lucha por la secularización están también influidos por una problemática que ha gravitado ya en etapas previas de esa carrera. Por detrás del conflicto entre el legado cristiano y la nueva fe mundana reconocen todavía como problema la tensión más específica entre la herencia cultural de la Europa católica (y

sus prolongaciones ultramarinas) y las exigencias de un orden más moderno que se afirma primero en la Europa nórdica y protestante.

El descubrimiento de que los países de tradición católica marchan rezagados y que ese rezago tiene para los antes coloniales consecuencias potenciales tan peligrosas que amenazan su supervivencia misma lo han hecho ya Sarmiento y Alberdi a mediados de siglo. Pero entonces el ámbito en que habían examinado ese rezago creciente había sido más limitado; ellos preferían oponer los países de catolicismo ibérico y la Inglaterra de la Revolución Industrial. Era más limitado también en otro aspecto: la segunda aparecía como superior sobre todo en cuanto mejor adaptada para sobrevivir en el clima económico nuevo que, tras de imponerse en la Isla, avanzaba irrefrenablemente sobre el mundo; esa superioridad no argüía la global, de una versión de la civilización occidental moderna sobre otra.

Ello era así porque de la Europa católica había surgido la todavía primera potencia política del continente, que era a la vez la avanzada del movimiento ideológico y cultural europeo. Y precisamente luego de la crisis de 1848, una Francia que no excluía su herencia católica de esa reconciliación general con todos sus pasados ensayada bajo el Segundo Imperio, definió con signo católico –desde los lugares santos, hasta los Estados de la Iglesia y México– una política exterior que intentaba asegurar la gravitación a escala mundial a la que aspiraba más tenazmente desde que su economía comenzaba a crecer al ritmo de la cada vez más desenfrenada expansión del capitalismo a escala mundial.

Esa Francia era el modelo que Alberdi proponía –sin siempre nombrarlo– a una Argentina de nuevo extraviada en el laberinto de sus luchas facciosas; aun quienes, como Sarmiento, hallaban abominable el Segundo Imperio, no podían dejar de admitir –así fuera a través de su creciente alarma– el testimonio de esos éxitos. Pero a ellos siguió el derrumbe de 1870-71, que puso fin a más de dos siglos de predominio francés en el continente europeo. A la superioridad económica anglosajona se sumaba la militar y política (en algunos años más se advertiría que también la científica y cultural) de una Alemania unificada bajo la hegemonía prusiana y protestante.

Ahora era toda la Europa católica la que la marcha del progreso dejaba atrás. La noción de que la salud misma de la nación exigía la erradicación de ese legado debilitante que era el del catolicismo, da nueva fuerza al sentimiento anticlerical en los países latinos, y no deja de gravitar en el avance de popularidad que la política de secularización conoce en la Argentina en la década de 1880. Pero su influjo es sin duda secundario; ofrece a lo sumo la dimensión política que

nunca ha estado ausente de las querellas teológicas cada vez que éstas lograron colocarse en el centro de la atención colectiva.

El debate se da ante todo entre dos maneras de ver el mundo; aunque el estado apoya la que combate la Iglesia a través de medidas que ensanchan su propia jurisdicción en perjuicio de la de ésta, al hacerlo invoca, más bien que la necesidad política de ampliar la esfera de sus potestades, la de poner a éstas al servicio de un cierto ideal de civilización. Hay sin duda buenas razones para que la dimensión propiamente política del conflicto reciba en la Argentina atención más limitada aun que en otras partes, pese a los esfuerzos de los polemistas católicos por colocarla en el centro de la controversia. El estado central acababa de obtener una victoria abrumadora sobre enemigos más serios que una Iglesia que nunca había intentado desafiar su supremacía: el conflicto en torno a la política secularizadora se tornó a la vez posible y oportuno precisamente gracias a que esa victoria había cerrado para siempre un debate más urgente sobre el ordenamiento interno del país.

Posible porque el estado parecía ahora invulnerable a las módicas represalias que cabía esperar de parte católica; oportuno porque contribuía a colmar el gran vacío que la muerte de la política tal como se había practicado hasta 1880 dejaba en la vida colectiva. La brusca clausura de horizontes que suponía el reemplazo de ese viril deporte por la ordenada administración del estado era compensada por la apertura de ese nuevo terreno de batalla. Y el terreno no podía estar mejor elegido por esos *homines novi* cuya brusca exaltación al poder y sus aledaños no dejaba de causar escandalizada sorpresa: en la polémica laica iban a encontrar un terreno común con las más ilustres víctimas de su encumbramiento. Sarmiento, Mitre o López podían expresar las más desdeñosas reservas frente al advenedizo roquismo; su incorporación a la campaña laica los aclimataba en el nuevo terreno de la vida pública argentina, y consagraba –cualesquiera fuesen las cautelas y las protestas con que acompañasen su entrada en ella– su integración subordinada en el nuevo orden.

El debate *de omni re scibili* en que desemboca la polémica del laicismo, aunque no pone fin a la tradición de discusión propiamente política, contribuye a arrojarla a los márgenes de la vida pública. Por otra parte no le reconoce ya lugar legítimo en ella el coro de los ufanos triunfadores de 1880. Léase el admirable discurso del general Roca al asumir la presidencia en octubre de 1880; ese conciso y elocuente himno a los avances del poder central promete del futuro nuevos avances de esa fuerza bienhechora, que eliminarán para siempre el peligro de la anarquía. Ese triunfo no es sin duda vacío, pero los bienes que de él espera Roca no los anticipa en la esfera de la política.

Frente a esas robustas seguridades que hacen innecesario todo debate las recusaciones no tendrán –hasta que el fin de la prosperidad convierta a un efímero puritarismo político a vastas masas antes más indulgentes– eco significativo; la indiferencia del público nuevo –y la de los más entre los veteranos espectadores del debate político– inspira quizá en parte la desesperada amargura de más de uno de esos análisis críticos. Pero ésta proviene sobre todo de la persuasión de que el observador no contempla ya un país en vertiginoso cambio: el nuevo orden argentino ha cuajado ya, y no parece que la más acerada de las críticas sea capaz de socavar su insolente salud.

En ese contexto se entiende por qué el examen crítico del orden nuevo busca su público a través del libro o la revista académica; como acto político ese examen es de antemano reconocido como fútil por los más entre quienes lo emprenden; se justifica en cambio como empresa intelectual, cuyo público es el más circunscripto que esos medios alcanzan.

Esa crítica a medias privatizada revela, junto con una extrema diversidad en las motivaciones y los supuestos ideológicos de los que marcan su disidencia, una notable similitud en la definición de los rasgos que juzgan inaceptables en el nuevo orden. José Manuel Estrada en *Problemas Argentinos*, Vicente Fidel López en las digresiones de actualidad que incluye en el prólogo a su *Historia de la República Argentina* y Sarmiento en los artículos luego reunidos en *Condición del extranjero en América* coinciden en efecto en denunciar en la excesiva autonomía ganada por el estado frente a la entera sociedad el problema y el defecto central del orden roquista.

La alegación parece anticipar la que póstumamente acusará al roquismo de haber despojado a los sectores populares de toda representación política. Está sin embargo muy distante de ella: para López, para Estrada y aun para Sarmiento es más grave que haya despojado de influjo político a los sectores que no son populares. Para ellos el problema no es que la Argentina esté gobernada por una menuda oligarquía, sino que esta oligarquía no esté formada por quienes están en la cumbre de la sociedad nacional. Para Estrada, en la Argentina de 1880 "nadie permanece en el poder con tanta firmeza como los representantes del elemento democrático más enfermizo y bárbaro"; es el "incremento impreso por los ambiciosos al democratismo que le sirve de instrumento" el que condena en nombre de las "clases conservadoras".[5]

Ese diagnóstico de una peculiar hora argentina pierde sin duda algo de su precisión porque Estrada lo utiliza como un punto de partida que está ansioso de dejar atrás para enzarzarse en su habitual combate contra el liberalismo moderno, al que acusa de participar

en el culto idolátrico del estado, signo de la renacida gentilidad. Puesto que son los elementos democráticos del roquismo los que Estrada objeta sobre todo, concederá escasa atención a los de falsificación de la democracia, que parecen aun más peculiares de ese régimen. Estrada parece por otra parte advertir muy bien que su línea de razonamiento no puede convencer sino a los ya convencidos, y no concluye convocando a los argentinos a ninguna empresa de saneamiento político, sino recordando a los católicos su deber de apartarse desdeñosamente de un orden político basado en supuestos absolutamente inaceptables.

Pero si los remedios que Estrada propone son muy suyos, su diagnóstico coincide sustancialmente con el que adelanta Vicente Fidel López, quien por su parte parece haber destilado de las decepcionantes experiencias de una larga y poco afortunada carrera política una reinventada ideología *whig*, un coherente liberalismo oligárquico, cuyos modelos reconoce en Inglaterra, el Brasil imperial y Chile sólo al precio de negarse a advertir que aun esos dechados han comenzado a ser corroídos por los avances de la democracia.[6] El régimen roquista –al que no reconoce diferencia esencial con la situación anterior a 1880, no más hospitalaria a sus tenaces ambiciones– sobrevive muy maltrecho a esa comparación: en esos países admirables gobierna la opinión pública, y es tristemente evidente que ella no gobierna en la Argentina. Aquí gobiernan los representantes de las mayorías electorales, y López –como Estrada– no se interesa en averiguar si esa representatividad es real o fraudulenta, porque la una es para él tan inaceptable como la otra. Para volver las cosas a su quicio es necesario adoptar un régimen parlamentario. El dará el poder a una opinión pública formada no por el entero cuerpo de ciudadanos sino por aquellos cuya independencia y luces les permiten alcanzar en efecto una opinión con conocimiento de causa. ¿El principio de soberanía popular es compatible con ese ideal político? López no afronta el problema, pero el tenor general de su discurso sugiere que si no lo hace no es porque una devoción residual por ese principio lo disuada de ello; es más probable que lo halle del todo irrelevante.

Sarmiento coincidirá con ese diagnóstico, que expresará en términos aun más incisivos. Para él el estado roquista no es una institución a la cual nadie que tenga algo que perder confiaría decisiones capaces de influir sobre el futuro de su patrimonio. No podría serlo, apoyado como está en máquinas electorales que movilizan a "la hez de la sociedad", hace imposible que las provincias sean gobernadas y representadas por "representantes de su riqueza y saber"; en lugar de éstos ha encaramado a "aspirantes que principian

la vida, bajo los escozores de la pobreza, buscando abrirse camino como y por donde se pueda". Es necesario, concluye Sarmiento, siempre dispuesto a llamar a las cosas por su nombre, que las "clases propietarias" vuelvan a asegurar su legítimo influjo sobre el estado, para devolverlo a un rumbo menos cínicamente aventurero.[7]

Pero si el diagnóstico exaspera el motivo antidemocrático, la solución que Sarmiento propone es la aplicación más sincera y auténtica de las instituciones democráticas. Su intervención no se da mediante un análisis que dirige a sus pares en el debate intelectual a través del libro o la revista, sino a través de una campaña de agitación en la prensa cotidiana: la que emprende en favor de la nacionalización de los residentes extranjeros. Por lo menos en la Capital los extranjeros constituyen el núcleo de una nueva clase media cuya invasión de las listas electorales sería capaz de equilibrar el predominio en ellas de esos grupos plebeyos al cabo limitados, incorporados a la máquina roquista, y el político de esa minoría aun más reducida de las clases medias y altas que ha colonizado el estado para vivir parasitariamente de él. Para Sarmiento las ampliadas clases propietarias sólo podrán conquistar un influjo político necesario, a la vez que a ellas mismas, a la entera colectividad, si están dispuestas a correr el doble albur de la política y de la democracia.

Se ve cómo todas estas críticas, que los vencedores de la hora descontaban como inspiradas por la nostalgia del pasado, apuntan al futuro. Hoy tendemos a ver en el roquismo la suprema encarnación de la alberdiana república posible; sus críticos advertían mejor que nosotros que –precisamente porque era eso– había colocado ya en el orden del día los problemas de la república verdadera. Advertían que se acercaba la hora en que los dilemas que Tocqueville había planteado medio siglo antes (y en los que entonces sus lectores rioplatenses no habían reconocido los de su propia comarca) se anunciarían en el horizonte argentino. Esos exámenes sin complacencia de la república posible llevan así inexorablemente a formular la pregunta central de la etapa siguiente: si es de veras posible la república verdadera, la que debe ser capaz de armonizar libertad e igualdad, y poner a ambas en la base de una fórmula política eficaz y duradera.

Sólo Sarmiento se atreve a apostar por la afirmativa, y sus artículos, que parecen fragmentos de un arbitrario soliloquio, anticipan en efecto mejor el camino que buscará la república posible para hacerse verdadera que los más compuestos argumentos de Estrada o López. Pero aun Sarmiento al volverse hacia el futuro no conserva nada de la fe con que dibujaba en *Facundo* el que seguiría a la ruina del rosismo; si en 1845 la Argentina por él diseñada se le aparecía como el

cumplimiento de una promesa inscripta en la marcha misma de la historia, el futuro que ahora invoca es el resultado no muy probable de una apuesta desesperada.

El temple de esas críticas explica que quienes comenzaban a gozar los frutos de su victoria se negaran de antemano a atender sus argumentos; más que el desafío político que ellas suponían era el pesimismo que las alimentaba el que los indisponía a escucharlas. Pero ya se ha visto que, más allá del orden roquista, esas críticas exploran el horizonte democrático que ese orden anuncia, y es significativo que ese pesimismo se haga aun más radical, al abordar esa perspectiva más amplia. Ellas advierten muy bien que en 1880 la Argentina había concluido esa navegación que había dejado como herencia un país hecho de nuevo hasta los cimientos; advierten también que, pese a la estabilidad alcanzada con el roquismo, había a la vez emprendido otra. Y los primeros pilotos de esa nueva navegación no encuentran en sí mismos nada de la optimista seguridad de los que medio siglo antes habían trazado el derrotero de la que acababa de cerrarse.

NOTAS

1 Alejandro Korn, "Influencias filosóficas en la evolución nacional", en *Obras*, tomo III, La Plata, 1940, pág. 219.

2 "De cepa criolla", en Miguel Cané, *Prosa Ligera*, La Cultura Popular, Buenos Aires, 1919, sobre todo págs. 119-20 y 124.

3 D.F. Sarmiento, *Recuerdos de Provincia*, Ed. Ricardo Rojas, La Facultad, Buenos Aires, 1934, pág. 177.

4 D.F. Sarmiento, "La expedición a Tucumán", en *Obras Completas*, vol. 42, Luz del Día, Buenos Aires, 1948, pág. 19.

5 José Manuel Estrada, "Problemas argentinos", en *Obras Completas*, vol. XI, Compañía Argentina de Billetes de Banco, Buenos Aires, 1904, págs. 4-5.

6 Vicente Fidel López, *Historia de la República Argentina*, La Facultad, Buenos Aires, 1912, tomo I, págs. 38 y sigs.

7 D.F. Sarmiento, "Siempre la confusión de lenguas" (entre otros artículos que abordan el punto) en *Condición del extranjero en América*, ed. Ricardo Rojas, La Facultad, Buenos Aires, 1928, págs. 325-28.

JUAN BAUTISTA ALBERDI

Jorge M. Mayer

El pequeño tucumano es la figura de mayor trascendencia intelectual que ha gravitado sobre la formación del Estado Argentino. Provinciano, vasco y clarividente, esos tres rasgos marcan su personalidad y orientan su prédica en pro de la organización nacional. Nacido en la ciudad de Tucumán el 29 de agosto de 1810, la familia de su madre, Josefa de Aráoz y Valderrama, era la más prominente del Virreinato por su parentela, influencias y recursos. Por su padre Salvador de Alberdi, conoció a Raynal, Rousseau y al General Belgrano.

El campo de las glorias de la patria hizo las delicias de su infancia. Presenció la Declaración de la Independencia el 9 de julio de 1816 y las luchas feudales entre sus tíos Bernabé Aráoz y Javier López, los atropellos de los caudillos y los torbellinos de la anarquía. Educado en una escuela donada por el General Belgrano, obtuvo una de las becas ofrecidas por el Gobernador Martín Rodríguez, en el Colegio de Ciencias Morales de Buenos Aires, a los jóvenes provincianos capaces de emprender una carrera útil y lúcida "con el espíritu que anhela hermanar la moral con la civilización".

Luego de un viaje de dos meses en carreta ingresó en el Colegio el 3 de agosto de 1824. Fueron sus primeros condiscípulos y amigos, por muchos años, Andrés Somellera, Gervasio Posadas, Demetrio y Jacinto Rodríguez Peña, Vicente Fidel López, Carlos Eguía, Angel Pico y Francisco Javier Villanueva. Disgustado por la severidad de la disciplina, dejó unos meses el Colegio para trabajar en la tienda de Maldes.

Amigo de los libros, por consejo del Coronel Alejandro Heredia, miembro del Congreso y luego Gobernador del Tucumán, volvió al Colegio el 4 de julio de 1827. Con Diego Alcorta, el maestro predilecto de esta generación, conoció los rudimentos de Condillac y Tracy y a sus nuevos condiscípulos Félix Frías, Miguel Cané el amigo fraternal, Carlos Tejedor, Marcos Paz, Florencio Balcarce, Miguel Irigoyen, Fabián Ledesma, Mariano de Sarratea y José Tomás Guido.

Contempló la reacción del sector bien pensante de los grandes estancieros y tenderos de Buenos Aires, encabezados por Juan

EDUARDO WILDE:
LO NATURAL COMO DISTANCIA

Enrique Pezzoni

Fragmentarismo, disposición continua y sonriente ante el estímulo inmediato, soltura conversacional de hombres que se escriben: no sólo en el *entre nos*, en la campechana seguridad del círculo excluyente, sino también a sí mismos: escribir es elegirse como destinatarios, es describirse en el acto mismo de la mirada que reconoce la imagen propia en páginas donde el espectador-protagonista se instala airosamente en el escenario cotidiano. Tales son los rasgos que siguen festejándose –o denunciándose– en los escritores del 80. "Para agruparlos de algún modo –resume Ricardo Rojas–, se me ocurre llamarlos prosistas fragmentarios."[1] En el grupo, Eduardo Wilde se muestra sin duda como el más fragmentario. "Fue. . . por idiosincrasia, un indisciplinado. Literariamente, un franco-tirador." (José María Monner Sans.[2]) Eduardo Wilde parece inagotable en la diversidad de sus temas e intereses. Los libros que publicó en vida, los diecinueve tomos de sus obras completas, recogidas después de su muerte, atestiguan esa variedad: retratos de amigos, de figuras públicas, reflexiones sobre el arte, incursiones en la crítica y la polémica literaria, atisbos de folletín junto a burlonas parodias de novela sentimental, artículos "de aplicación política" se agrupan con los estudios científicos, los coqueteos con las matemáticas y aun con la ingeniería casera ("Diseño para un estuche").[3]

En muchos aspectos, Eduardo Wilde reitera la imagen propuesta por los hombres del 80. En muchos otros, la trasciende. La avidez de la acción no es en él menor que el afán de escribir y escribirse. En 1870, a los veintiséis años, publica este anuncio en *La Prensa*: "Eduardo Wilde, Dr. en Medicina. Se ha dedicado mucho a la cirujía, ejercitándose en todas las operaciones que se practican durante su servicio en los dos grandes hospitales de esta ciudad. Las personas que deseen ocuparlo pueden dejar aviso en la calle de Belgrano número 234".[4] Sin duda quien escribe esas líneas menesterosas, entre serias y bromistas, ya tiene ante sí la visión de lo que habrá de hacer y de su importancia futura. No es tan fácil evocar a

Wilde como uno de los tantos *gentleman* de la época dedicados al módico propósito de gozar de su influencia, de asombrar con la agudeza de su humorismo y la brillante superficie de un escepticismo que sólo descree seriamente de aquello en lo que no conviene creer. Tal parece, sin embargo, el destino que acabó deparándole su fama en los ámbitos escolares y académicos. Wilde ha ido convirtiéndose en el típico escritor signado para integrar antologías, páginas selectas, trozos escogidos. Con mayor o menor beneplácito de los antólogos, que de alguna manera excusan lo que consideran sus fallas como escritor profesional al elogiar su desparpajo, su versátil agilidad, o que aluden a un "lo mejor de Wilde" que lamentan no poder destacar, limitados por la finalidad didáctica de sus selecciones: "... no elijo aquí todas las mejores (...) pues (...) a los estudiantes no todas pueden ofrecerse". (José María Monner Sans.[5]) Esa zona "mejor" de Eduardo Wilde casi siempre se situará más allá de lo puramente literario, de lo que se ofrecerá al consumo de los alumnos: "Es así como lo que de esos escritos llega a los estudiantes –cuando algo llega– se detiene morosamente en lo literario y esquiva, so capa de profilaxis pedagógica, lo más característico de su pluma, o sea su capacidad de libre examen, que es precisamente lo que presta a muchas de sus páginas una actividad escalofriante". (Florencio Escardó.[6]) El propio Wilde parece justificar esa imagen suya de mero aficionado a la literatura, de "franco-tirador" que ve sus ensayos como un excedente de sus trabajos *serios* y de su acción en la realidad tumultuosa. Con "cierta coquetería torpe" –como la llama Sylvia Molloy[7]– que comparte con sus contemporáneos, Wilde finge desprestigiar su obra de escritor relegándola al entretenimiento, al capricho que aún le permite el escaso ocio encontrado en medio del trajinar desde la cátedra o el cargo público. "¿Usted piensa que yo escribo para usted?" –dice al lector de *Aguas abajo*–. "¡Yo escribo para mí, como escriben para sí todos los autores que procuran el bien de la humanidad!" Para el bien de la humanidad: la coquetería se aguza en un filo doble. Para Wilde, alardear de desdén ante las normas del decoro literario es un tácito confrontamiento del inevitable solipsismo que sería todo acto de escritura con otras formas de acción sobre las circunstancias del mundo. En su artículo sobre el *Fausto* de Estanislao del Campo y en la polémica subsiguiente con Pedro Goyena, aprovecha el candor infatigable de su contrincante –que no deja de tomarlo en serio– para acumular pullas violentas y de gracia discutible contra la ascética, sublime grandeza atribuida a la poesía: "La poesía es una enfermedad de la inteligencia, un estado anormal del pensamiento, pero tiene, como lo fantástico, la belleza de las ilusiones y la

utilidad del lujo"; "Para ser poeta, es necesario tener tiempo de sobra: lo mismo que para gastar lujo es necesario tener dinero de más"; "Hay actualmente menos soñadores porque hay más hambre; la prosa abunda más porque las necesidades del estómago se han vuelto más apremiantes".[8] *Páginas muertas, Tiempo perdido* son títulos de Wilde que presumen de instalar lo literario en el espacio de lo innecesario. ¿Será pues, Wilde un escritor al margen, sólo por añadidura? ¿Podrá no verse en su fragmentarismo, en su caprichoso repentismo, nada más que el signo de quien va hacia la literatura en busca de pasatiempo u olvido del tiempo: de la historia, del suceder que deben modificarse?

Lo cierto es que Wilde acude una y otra vez a la literatura insistente y ambiguo, como en un asedio amoroso que le impusiera un abundante repertorio de estrategias para seducir. Corroborar ese apremio y esa multiplicidad de actitudes sin ir más lejos, aplaudírselas o perdonárselas es leerlo por encima o desde lo que sobre él han acumulado los manuales. En todo caso, es no percibir el interrogante que sus textos plantean al lector y se plantean a sí mismos (sin formularlo claramente, desviándolo por el atajo de la broma o la ocurrencia) en cuanto a lo que la literatura es y a lo que dentro, desde ella puede hacerse con el mundo. En esta perspectiva, el juicio de valor se desplaza desde la comprobación de la gracia de Wilde hacia el testimonio de ese obstinado y tácito reflexionar sobre la literatura que trasciende de sus páginas. No tanto de cada una de ellas, cuanto de su conjunto. En la relectura de Wilde, el fragmentarismo se recompone en líneas coincidentes; la dispersión se vuelve figura –obsesión– central.

Los artículos, relatos, impresiones de Wilde registran una constante impaciencia ante la realidad que procura contenerse mediante el humorismo o un escepticismo engañoso, aunque en ocasiones desborde en lo patético: el que afluye al final de "Tini" o el que impregna ese otro relato más breve, menos efectista y más modesto que es "Así", en *Prometeo y Cía.* El contorno que Wilde observa es incesantemente objetable. "Buenos Aires está enfermo" (escribe al comienzo de "La carta de recomendación", uno de sus artículos más festejados, recogido en casi todas sus antologías). Pero la enfermedad es un lote de lo humano que de algún modo puede paliarse: "Lo han dejado las epidemias del cólera y la fiebre amarilla, pero lo aqueja otra enfermedad interna. Este pueblo

padece de una afección moral, de un trastorno funcional de las pasiones". Irritan a Wilde las posturas impuestas por la moda, las vehemencias elogiosas que rebajan la admiración a la necesidad de ubicar, de ubicarse en los casilleros del prestigio: "La causa de esta afección es la necesidad, pero no la necesidad imperiosa de vivir y de poder emplear los elementos necesarios para *mantener en función* los organismos (. . .). Existe entre nosotros la necesidad imperiosa de aparecer".[9] Contra ese aparecer se vuelve Wilde, sonriendo, prohibiéndose que su irritación exacerbe la censura. La sonrisa de Wilde parece neutralizar la impaciencia inicial, supeditándola al afán de registrar: así como la acumulación del documento fotográfico hoy habitúa a los testimonios de la violencia y el absurdo, en Wilde la acumulación del registro casi adquiere el carácter de un valor *per se*. Wilde describe, retrata, "fotografía" las causas de su impaciencia, en busca de un inventario idealmente completo de la "enfermedad interna". Fragmentos, sí, instantáneas que parecen negar la interrelación, la continuidad, pero que responden al designio de lograr una taxonomía exhaustiva. El registro total supone que la sociedad "enferma" puede encararse como una totalidad comprensible, es decir, dominable. Esa realidad puntualmente documentada deberá ceder ante un modelo de orden que hará las veces de la realidad misma. Otros hombres del 80 son más excluyentes en su diversificación. Cuando Cané se propone lo unitario, el "libro", sólo busca en lo que el recuerdo le devuelve de sí mismo y reitera el mito dulzón de la adolescencia traviesa. Cuando Mansilla sale de su propio ámbito y narra los pormenores de su excursión hacia "lo otro", en esencia no se desplaza: la excursión retrocede hacia el doble exotismo de un lugar visto desde el refinamiento urbano y releído en la perspectiva de un viajero en busca de experiencias curiosas. Es significativo que Wilde emprenda el libro unitario sólo al final de su vida. Y el intento de cohesión autobiográfica que es *Aguas abajo* queda incompleto, erizado de digresiones que desde el texto mismo se enfatizan como tales. De nuevo reiteran la urgencia de abarcar: recoger los datos del mundo, obligarse a una continua información de lo que el mundo es, organizar esa información y erigirla como modelo para el comportamiento del mundo. El Boris-Wilde de *Aguas abajo* apenas bromea cuando afirma que no cree en la entelequia del libro: ". . .para hacer un libro (. . .) sólo se *requería* poner un número mayor o menor de palabras, una tras otra (. . .) para hacer otro libro se necesitaba otra colección. La idea de que los libros contuvieran frases o dijeran algo no se le vino jamás a la mente. Extraña falta de sentido común, pues no se concibe tales aberraciones ante las evidencias de cada momento".[10] Boris-Wilde nunca llegará a escribir el libro unitario y completo. Pero antes de iniciar la redacción de *Aguas abajo,* Wilde compone un índice minucioso, capítulo tras capítulo, que el editor incluirá en la publicación póstuma de la obra, en 1914. Ese índice convierte la evocación de la niñez en todo un inventario del mundo: cosmogonía, mecanismos del ser individual y colectivo, descubrimiento de la religión, la ciencia y el arte. . . Lo heterogéneo se suma y organiza como proyecto: abarcar la realidad toda, explicarla a partir de un modelo previo. Y si entre los pormenores de lo real y el modelo hay distancia, se condenará a la realidad por cimarrona, por *olvidada* de las pautas a que debe responder.

El 26 de junio de 1878, Sarmiento publicó en *El Nacional* un artículo entusiasta sobre *Tiempo perdido.* Elogió el desparpajo de Wilde, su falta de solemnidad, su alegre atrevimiento para divagar: "¡Lean al doctor Wilde, cuando no se propone decir nada! ¡Es entonces que se le toma sustancia! " Claro que ese decir nada es aleccionador en medio del empaque nacional: "Pero en la tribuna y en horas perdidas hará un gran servicio a su país, y es echar 'de cuando en cuando' un balde de agua en los lomos de estos políticos furiosos que escriben con el entrecejo fruncido y el puño crispado, y cuyas letras desgarran el papel". Sarmiento aplaude el desenfado de Wilde "en el país de la monotonía y de lo recto, estrecho y escabroso, como las calles de Buenos Aires" y se divierte imaginando una conversación con ese enemigo del empaque: "Si alguna vez tiene tiempo que perder, doctor Wilde, véngase por acá, y a ratos perdidos, tiéndase a la bartola en esta butaca, que no ha de faltar por ahí un ojo tuerto donde calce la pedrada".[11]

¿Acaso Sarmiento no reconoce su paternidad en ese elogio? El estilo, las dimensiones de Wilde no son los suyos, por cierto, pero persiste la voluntad abarcadora, la decisión de reformar mediante el símbolo esclarecedor. Sarmiento lo encontró en la naturaleza. Wilde, en el sentido que da a "lo natural". El romanticismo histórico de Sarmiento puede condensarse en una fórmula: hay que salvar al hombre de la naturaleza. El posromanticismo de Wilde invierte la fórmula: hay que salvar lo natural del hombre. Sarmiento está enamorado a priori de la pampa, sueña con ella llevado por su exaltación de lo natural, lo desmedido, que surge en contraste violento con la domesticidad urbana. La pampa irrumpe en el *Facundo* por su propia fascinación, que Sarmiento alimenta con ávidas lecturas, apenas suplentes del conocimiento directo que aún no tiene. Pero el romántico Sarmiento no es sólo el de las preferencias literarias; es también el del positivismo determinista. Y el hombre de acción: el apremio lo hace simplificar aunque de

manera espectacular, precipitando la tajante dicotomía civilización-barbarie. La naturaleza que lo arrebata, la pampa que está dispuesto a admirar, es a la vez la raíz del mal, el ámbito que ha engendrado al caudillo, el símbolo de esa terrible unidad de sentido que es para él la barbarie. Apasionado *odi et amo.* Sarmiento odia a Facundo, pero se diría que siente casi la poderosa tentación de admirarlo, o siquiera de entenderlo en función de causas remotas y de circunstancias inmediatamente geográficas. El *Facundo*: "un libro de historia 'more romántico' –escribió con acierto Américo Castro–. Unos hechos voluminosos y actuales son vistos en perspectiva, y así se esclarece su sentido (. . .) la saña contra Quiroga y Rosas es menos viva que el afán de entenderlos, de hacerlos trascender de la fría soledad de sus conciencias, agotadas en el instante existencial, sordas al rumor de vida que les otorgaba aquel existir".[12] La busca de soluciones atempera el ímpetu apocalíptico de Sarmiento, le revela que si algo podía sugerir el lenguaje romántico de su exaltación sólo era "un a modo de derrumbe catastrófico en que se borrasen hasta los vestigios de uno de los mundos en lucha", como observa Tulio Halperín Donghi.[13] Pero si la voz de Sarmiento se vuelve más mesurada y se aquieta en él la ética de la venganza, no disminuye su necesidad del símbolo mediador, vivido en cada situación concreta. Recuérdese el delicioso "artículo de costumbres" que aparece en un momento de la *Campaña en el Ejército Grande,* cuando Sarmiento narra un encuentro con Urquiza en la villa del Rosario. El *Blanco* ha atracado en las barrancas del Espinillo. Sarmiento baja a tierra y monta a caballo sin demora: "¡A caballo, en la orilla del Paraná, viendo desplegarse ante mis ojos en ondulaciones suaves pero infinitas hasta perderse en el horizonte, la Pampa, que había descrito en el *Facundo,* sentida, por intuición, pues la veía por primera vez en mi vida!" Hasta se hubiera quitado el quepí para rendirle honor, "si no fuera necesario primero conquistarla, someterla a la punta de la espada, esa Pampa rebelde que hace cuarenta años lanza jinetes a desmoronar, bajo el pie de los caballos, las instituciones civilizadas de las ciudades".[14] Y en seguida acude al cuartel general del Rosario:

"Nubes negras y atormentadas se iban esparciendo por el cielo. El General me dijo: va a llover, y con tono de burla: y mojársele las plumas. Era el caso que yo era el único oficial del ejército argentino que en campaña ostentaba una severidad de equipo, estrictamente europeo. Silla, espuela, espada bruñida, levita abotonada, guantes, quepí francés, paltó en lugar de poncho, todo yo era una protesta contra el espíritu gauchesco, lo que al principio dio lugar a algunas pullas, a que contestaba victoriosamente por la superioridad práctica de mis medios (. . .) Mientras no se cambie el traje del soldado argentino ha de haber caudillos. Mientras haya chiripá no habrá ciudadanos. A la broma del General, pues, contesté con mi argumento favorito, dirigiéndome al arzón de la silla desatando las correas que sujetaban la manta, sacando mi paltó y poniéndome por encima una capa blanca de goma elástica que había hecho traer de Buenos Aires. No había qué replicar. Despedíme así parapetado del General cuando ya caían esas gruesas gotas como el puño que anunciaban en la Pampa la proximidad de la tormenta."[15]

Este Sarmiento de 1852, resuelto en ver en Urquiza sólo al cabecilla provinciano y semibárbaro, al conquistador que llega a Buenos Aires "con el designio de pisotear a aquellos *pícaros porteños*" y que se saca el gusto (aunque "se encuentra en su paso con Palermo, tan bonito, tan limpito, con tanto saucecito y tan bellas flores en los jardines"[16] y resuelve establecerse en la ciudad), este Sarmiento todavía apocalíptico ya sabe emplear el tono juguetón de Wilde.

Sólo que Wilde, que ya se siente instalado en pleno progreso, ha acordado una fe total a las instituciones creadas para acelerarlo. Las instituciones: ellas son, para Wilde, "lo natural". No se trata ya de postergar el momento de quitarse el quepí ante la naturaleza virginal e imponente, ni es preciso relegar la fruición de admirarla, ni es urgente rescatar de su funesto influjo al buen gobernante posible. Ahora existe el firme programa de orden, sentido menos como resolución de la élite pensadora que como ajuste *natural* entre el hombre y el mundo, casi como una reacción fisiológica *normal* ante la urgencia de un modelo que parecería surgir de la realidad misma. El determinismo romántico de Sarmiento perdura en Wilde (que escribe: "No hay principio político, social, económico, religioso o moral que no dependa del medio ambiente"), agudizado en un cientificismo naturalista (el canto mismo de una soprano –"Fisiología de la Ristori"– y sus virtuosismos son "fenómenos que no dependen de ella sino de la vida vegetativa a la cual no manda"). Y urge salvar ese orden *natural* no sólo de los restos de la aberrante barbarie activista, sino más aún de sus beneficiarios y a la vez corruptores: los ventajeros políticos, los retrógrados del clericalismo, los perezosos, los cursis extasiados ante la literatura y el arte (ciertas formas de aplauso son una variante de la pereza: lujo charro de nuevos ricos):

"No reivindicamos para Ascasubi el nombre de poeta distinguido, ni de pensador profundo; pero ni siquiera el de literato, en esta época en el que el mencionado apodo se prodiga con tanta facilidad; no queremos crearle una reputación exótica, ni exigir para él méritos que no tiene, en un pueblo en que parece que cada individuo reclama para sí, precisamente aquello que menos le pertenece y en donde todos y cada uno, somos cómicos idiotas, que

mostramos siempre por afición, lo peor que tenemos, guardándonos lo bueno, lo espontáneo, lo natural, lo nuestro para derramarlo sólo en la conversación familiar."[17]

Lo natural: el desgarramiento de Sarmiento ya no puede darse en quien siente la naturaleza dominada por un sensato instinto de conservación. Naturaleza se ha vuelto conducta normal, "naturalidad". Si algo ataca Eduardo Wilde, provinciano convertido en porteño, es al enemigo de la naturalidad, la afectación. "Vida moderna": artículo de costumbres que es una cartilla para evitar la cursilería que atiborra de elementos decorativos los interiores "elegantes" de Buenos Aires. Wilde no se detiene a preguntarse si la naturalidad exaltada como valor máximo podría no ser en el fondo una afectación burguesa (que los militantes de la naturalidad la juzguen instintiva y universal acaso sea una señal de que es típicamente burguesa). El ya porteño Wilde sólo piensa en los términos del burgués ideal que sabe comportarse con elegancia no impostada. "¡Qué vida tan vulgar tener todo!", dice al evocar las estrecheces de sus tiempos de estudiante, junto a Ignacio Pirovano. No le preocupa la impopularidad que pueda traerle esa profesión de "natural" refinamiento. Ya se lo ha advertido Avellaneda: "Usted no será jamás popular, mi doctor; es usted demasiado universitario y desparejo (. . .). Las familias tienen sus ritos, sus santuarios con estatutos y formas seculares, y usted ni siquiera es sacristán. ¡Cuánto me ha costado a mí –concluye Wilde– hacerme homogéneo con los. . . y los. . . amalgamarme y ganar su confianza, siendo (. . .) yo la protesta contra toda burguesía!"[18]

Alguna vez se atreve Wilde a descripciones que apuntan a lo desmesurado y que sólo son ejercicios retóricos (los vientos, metafóricos y literales, de "Fragmento criollo", la tormenta en el océano de "Mar afuera"). Mas en su sistema está el *Beatus ille* provinciano o suburbano. La aldea, el arrabal son la contrapartida del hervidero de presunciones que es Buenos Aires. "Caminando, caminando, me fui hasta las orillas de la ciudad, cerca de las quintas." Interrumpe el deleite de esa apacible soledad la presencia de un vagabundo que sin duda "pensaba en algún guiso con arroz o en otro poema fantástico por el estilo": "Pensé en el hospital, en la política, en los conflictos sociales, tanto más desesperantes cuanto más íntimos, y, con el corazón apretado, volví a marearme en la ciudad. . .".[19] En la plácida Tupiza de mediados del siglo XIX no había "periódicos, ni demagogos ilustres, ni tribunos hipócritas y abnegados".

"no había allí pueblo, propiamente hablando, sino un reducido número de habitantes, quienes, por fortuna, ni siquiera caían en la cuenta de la falta de ese monstruo explotable y dañino, sumiso y bravío al capricho de los vientos, mezcla de hiena y de carnero, pronto a enfurecerse y a cometer, bajo el imperio de sus cóleras ciegas, los crímenes más atroces, poniéndoles el rótulo de 'reivindicaciones heroicas'; pues lo que tienen por pueblo los instigadores de las multitudes, cuando tratan de encarnar en algo sus pasiones, no es el total de los habitantes de una comarca o de una ciudad, sino esa conglomeración repelente. . ."[20]

No es tan frecuente en Wilde el ímpetu de estas tiradas. En sus embates contra el ridículo y la demagogia se abandona a su afición a la ironía, quizá refrenado por una genuina modestia ante el papel histórico que, por otro lado, se siente llamado a representar. "El chocolate Perón es el mejor chocolate": un artículo que da la pauta de su preferencia por la alusión traviesa. Cunde ese *slogan* inventado por un chocolatero codicioso. Se lo imita: "El gobierno del Papa es el mejor gobierno". Pero la fórmula se desgasta y pierde eficacia vendedora. "En Buenos Aires. . . hemos tenido la repetición del anuncio de Perón, aplicado con un éxito lamentable a la política de la época."[21] Por lo demás, la antidemagogia de Wilde no se exacerba en arrebato clasista, como en algunos hombres del 80. El auge inmigratorio sentido como necesidad y vivido como peligro fue un dilema de otros en su época. "Aquí vienen muchos extranjeros; pero se quedan, no se van, y los que vienen son de cierta clase. . . nos cambian la lengua, que se pudre. . . el país", dirá Mansilla. Cané, a quien por otro lado tanto debe el aflujo inmigratorio, se lamentará de que los recién llegados miren a "nuestras mujeres"; "les pediría más sociabilidad, más solidaridad en el restringido grupo a que pertenecen, más respeto, más reserva al hablar de ellas, para evitar que el primer guarango democrático enriquecido en el comercio de suelas se crea a su vez en el derecho de echar su mano de tenorio en un salón"; defendamos a nuestras mujeres "contra la invasión tosca del mundo heterogéneo, cosmopolita, híbrido, que es hoy la base de nuestro país". La arrogancia de clase no influye en Wilde para su concepto de lo *natural.* Su fogosidad se reserva para los debates en el Senado, cuando clama por la Ley de Educación Común o exige la Ley del Matrimonio Civil "No la tenemos todavía, siendo, como somos, un país de inmigración, que en otros puntos y en otras instituciones vamos más adelante que todas las naciones del mundo".

El delirio clasista, la ceguera reaccionaria, la cursilería de bronces y estatuas en el bazar porteño: perversiones de lo natural, del orden que debe salvarse del hombre. El determinismo posromántico de Wilde, su constante presunción de cientificismo, son medios para justificar una ética. Educar al soberano: el instinto. Salvarlo de

los estallidos primitivos, someterlo a la razón. "El instinto de la destrucción es el primer instinto, aquel con que todos nacemos"; es funesto excusarlo en nombre de los principios: "En nuestros tiempos los pocos hombres que han escapado vivos del poder pacificador de Sandes, apenas han descansado de sus fatigas, vuelven otra vez a ensillar sus caballos y arruinar las estancias, en nombre de los principios... ¡Principios por allí, cuando en la misma ciudad de Buenos Aires andan tan escasos! "[22] Lo opuesto de la violencia, la admiración instintiva (es decir, irreflexiva y sumisa de que nacen los ídolos) "es un sentimiento degradante de la razón humana": "los fenómenos bien interpretados son todos naturales; nada hay en ellos de maravilloso, de extraño, de anormal". *Bien interpretados*: lo "no anormal", lo *natural* se aprende. La naturalidad es para Wilde, simultáneamente, retorno y partida: recuperación, memoria de la armonía que debe existir entre el hombre y el mundo, y a la vez aprendizaje riguroso y consciente, memoria adquirida, programa: "cuanto más se retiran las sociedades de sus épocas primitivas, menos adoraciones instintivas, menos abjuraciones hacen de su personalidad intelectual".[23] Lo natural: una experiencia primigenia que sólo puede recobrarse y fijarse como instrucción, como orden instituido.

La literatura, el lenguaje son para Wilde espacios donde ese doble enfoque de lo natural aparece más claramente. En sus artículos sobre la lengua ("Idioma y Gramática", "Reflexiones sobre el idioma castellano"[24]), sorprende la mezcla de observaciones atinadas (en especial sobre la noción de lo correcto y lo culto en el habla) con generalizaciones apresuradas, presuntuosas de una peculiar filosofía (fisiología) del lenguaje: "El lenguaje debe ser en lo posible la expresión verbal del pensamiento, tal cual se produce en el cerebro". De nuevo el sesgo ético: lo que de por sí existe puede ser una perversión de lo que *debe* existir: "el lenguaje es un instrumento deficiente, mal hecho, incongruente y poco apto para simbolizar el pensamiento"; "los verbos irregulares son vicios de conformación, enfermedades de las lenguas, anormalidades, desviaciones, sin la menor razón de ser"; "para mí, los gramáticos y los lexicógrafos son culpables de negligencia al menos, pues podían corregir, sin gran trabajo, ciertas insensateces de la lengua". De nuevo el énfasis en la conducta ideal, en el orden instituido: la utopía de una gramática "perfecta".

El Wilde humorista que hace del chiste una cortesía de la exasperación, el Wilde severo que se queja y amonesta, en algo

anticipa al Borges que desconcierta con sus ocurrencias y deliberadas contradicciones, el que crea un estilo pendenciero (que después olvidará) y al mismo tiempo nunca se resigna del todo al lenguaje, "esa díscola forzosidad de todo escritor", esa objetable "realización que es uno de los tantos arreglamientos posibles". El Borges de los años 20, tan diestro para mezclar dicciones diversas con arrogancia casi teatral, que elogia en Sarmiento, en Mansilla, en Wilde una muestra del "no escrito idioma argentino", "el de la conversada amistad": "Dijeron bien en argentino: cosa en desuso. No precisaron disfrazarse de otros ni dragonear de recién llegados para escribir".[25]

No lo precisaba, sin duda, Wilde. Quizá precisara mayor convicción respecto de la literatura, y de la suya propia. ¿No es en sus relatos, en sus fragmentos descriptivos, en sus artículos sobre escritores y artistas donde el sinuoso trayecto hacia lo natural desemboca en un contradictorio "arreglamiento posible"? La declarada, ejercitada vocación de naturalidad se abraza con su antípoda: la retórica. En la penetrante relectura de Wilde que propone Sylvia Molloy, el lugar de ese abrazo es el de una alteridad que no se resuelve en fusión. "Detenido (...) por la expresión helada de las letras, no ve en la escritura –aunque de hecho sus textos lo desmienten– la posibilidad de fijar lo móvil en su movilidad misma, como lo hace el recuerdo, y no en la rigidez de lo muerto. En Wilde, la necesidad de realizar, de incrustar, es paralela a la dispersión. Anverso y reverso de una misma moneda, juegan continuamente a establecer la tensión de lo simultáneo que se da en Wilde como perpetua nostalgia."[26]

En el deseo mismo de convencer, de seducir al lector con la gracia de su hablar conversado, siempre es inminente en Wilde el momento en que la realidad se declara inabordable por las palabras que podrían transmitirla. "No hay tales palabras. La naturaleza ha puesto la expresión de los inmensos dolores fuera del lenguaje articulado, entregándosela a la música y a la pintura. Para sentir no basta entender, es necesario oír y ver"[27] , dice cuando se aproxima el relato de la muerte de Tini. Acusar de incapacidad al lenguaje es, contrario sensu, exaltarlo, incitarlo a decir. Sólo a partir de ese excurso retórico podrá Wilde permitirse las imágenes audaces, el expresionismo a veces sobrecogedor del final de "Tini". Sólo a partir de una reflexión entre solemne y chistosa ("Ninguna mala pasión, ninguna de esas ideas insanas que son el sustento de la sociedad, germina en la cabeza de un convaleciente: ¡él no quiere sino vivir, comer y descansar!") se consiente en el placer verbal de registrar el recuerdo como lo inmediatamente vivido en "La lluvia". El ardid retórico parece indispensable para trascender la retórica:

excusa y a la vez mecanismo desencadenador. Cuando falta, Wilde corre el riesgo de abjurar de su profesión de naturalidad y humorismo, para precipitarse de entrada en otra retórica ornamental que sí descarta el efecto de inmediatez buscado. ¿Es Wilde consciente de la ambivalente fruición con que se da a la literatura? En todo caso, quizá advierta la incierta ejemplaridad de sus páginas, la persistencia de una vacilación que no puede o no se propone superar.

"Para sentir no basta entender, es necesario ver y oír"... Pero afirmar "lo natural" de la música, su total absorción en lo que transmite, es al mismo tiempo excluirla como búsqueda deliberada: es negarle la capacidad de nombrar la aspiración hacia lo natural sentido como distancia. Contradictoria, oscilante, risueña y a la vez insatisfecha, la literatura de Eduardo Wilde no es en todo momento el lugar de reposo que prometen sus antologías.

G. F. Dremel
AACHEN.
„Nuellens Hôtel"
„Kaiserbad Hôtel"
„Neubad Hôtel"
„Quirinusbad Hôtel".
WEINHANDLUNG
Telegramm-Adresse:
Dremel, Aachen.
Vortheilhafteste Pensionsbedingungen
Sommer- und Winter-Saison.
Die Etablissements sind das ganze Jahr hindurch geöffnet

Aachen - novbre 9 (aix la Chapelle) de 1906

Mi querido Rosa — He venido a esta villa alemana a tomar un poco de descanso moral i unos baños, buenos para los reumatismos que pienso tener dentro de diez años.

Estoi aquí sin mujer lejítima ni ilejítima, ni amiga ni conocida; en un paraíso sin Evas, ya que aun las que se parecen al lucero del alba, son una carga odiosa; quitan la libertad · imponen ser

vidumbres, interviniendo en todos los actos de uno: sin mostrarse jamas satisfechos — llegando algunas en las transformaciones de su carácter, a dejar en calidad de atemperantes a los ácidos mas corrosivos de la mejor botica, comparados con su habitual humor beligerante —

Aqui estoi en uno pleno de la libertad, que me acuerdan el derecho a la vida i la constitucion arjentina; estoi con un sirviente aprobador que ejecuta mis órdenes, mis deseos i mis fantasias sin observacion. — Quien sabe tal vez lo que vale un aprobador, un opinante, al lado de u Todo hombre necesita eso en algun momento de su vida i yo lo tengo ahora — Los hombres públicos deberian tener una série de servidores así, para poder cambiar la fisonomia del aprobador, por tercios, para aburrirse viendo todos los dias la misma. El hombre es un ser incompleto i los que dicen que le basta a uno su conciencia, mienten como unos bellacos: uno necesita ademas de ese factor interno, uno externo, venido de fuera, que confirme con su simpatia las resoluciones de su voluntad

Ruiz es mi amigo, pero careciendo absolutamente del don de aprobatividad todas sus cartas son molestas por que no contienen sino reproches a propósito de las fechas, de las ideas i hasta de la firma — convirtiendo cada pequeña demora en contestarle, en un delito o crimen de alta traicion —

El gobierno del gran pueblo arjentino está en retardo — no ha pagado aun los sueldos del trimestre corriente lo que obliga a los secretarios de legaciones, mes o meses todos los meses, porque esa demora se verifica conti-

siempre, a contraer deudas que los desacreditan; algunos ministros que solo cuentan con su sueldo, se encuentran en el mismo caso –

No me contestes a esta ciudad porque el próximo lunes estaré ya en Bruselas

Memorias a tus hijitas

Te saludo con el cariño de siempre –

E Wilde

Al General Roca

Mi residencia aquí me ha hecho descubrir que mi admiracion por la Alemania no tiene por causa su grandeza como nacion, su órden matemático, su industria colosal su ejército formidable, ni su ciencia, sino esa sorprendente facultad que tienen sus habitantes de entenderse unos con otros, hablando en Aleman – Un español que casi se murió de hambre en Berlin, dijo a propósito: "los alemanes finjen entenderse entre ellos, pero a mí no me la pegan".

CARTA DE EDUARDO WILDE AL GENERAL ROCA*

Aachen, nvbre 9
(Aix-la-Chapelle)

Mi querido Roca –He venido a esta villa alemana a tomar un poco de descanso moral i unos baños, buenos para los reumatismos que pienso tener dentro de diez años.

Estoi aquí sin mujer legítima ni ilegítima, ni amiga ni conocida; en un paraíso sin Evas, ya que aun las que se parecen al lucero del alba, son una carga odiosa; quitan la libertad imponen servidumbres, intervienen en todos los actos de uno, sin mostrarse jamás satisfechas –llegando algunas en las transformaciones de su carácter a dejar en calidad de atemperantes a los ácidos más corrosivos de la mejor botica, comparados con su habitual humor beligerante–

Aquí estoi en uso de la libertad que me acuerdan el derecho a la vida i la constitución argentina; estoi con un sirviente *aprobador* que ejecuta mis órdenes, mis deseos y mis fantasías sin observación. Tú no sabes tal vez lo que vale un aprobador, un no opinante, al lado de uno. Todo hombre necesita eso en algún momento de su vida i yo lo tengo ahora. Los hombres públicos deberían tener una serie de servidores así para poder cambiar la fisonomía del aprobador, por turnos, para no aburrirse viendo todos los días la misma. El hombre es un ser incompleto i los que dicen que le basta a uno su conciencia, mienten como unos bellacos: uno necesita además de ese factor interno, uno externo, venido de fuera, que confirme con su simpatía las resoluciones de su voluntad.

Ruiz es mi amigo, pero careciendo absolutamente del don de aprobatividad todas sus cartas son molestas porque no contienen sino reproches a propósito de las fechas, de las ideas i hasta de la firma, convirtiendo cada pequeña demora en contestarle, en un delito o crimen de alta traición–

El gobierno del gran pueblo argentino está en retardo –no ha pagado aún los sueldos del bimestre corriente, lo que obliga a los secretarios de legaciones más o menos todos los meses, porque esa demora se verifica casi siempre, a contraer deudas que los desacreditan; algunos ministros que sólo cuentan con su sueldo, se encuentran en el mismo caso.

No me contestes a esta ciudad porque el próximo lunes estaré ya en Bruselas.

Memorias a tus hijitas.

Te saludo con el cariño de siempre.

E. Wilde
Al General Roca

Mi residencia aquí me ha hecho descubrir que mi admiración por la Alemania no tiene por causa su grandeza como nación, ni su orden matemático, su industria colosal, su ejército formidable, ni su ciencia, sino esa sorprendente facultad que tienen sus habitantes de entenderse unos con otros, hablando en alemán. Un español que casi se murió de hambre en Berlín, dijo a propósito: "los alemanes fingen entenderse entre ellos, pero a mí no me la pegan".

* Del archivo personal del señor Guillermo Uriburu Roca, a quien agradecemos que haya permitido esta reproducción.

NOTAS

1 *Historia de la literatura argentina,* IV, *Los Modernos,* Imprenta y Casa Editora Coni, Buenos Aires, 1922, pág. 516.

2 Prólogo a *Páginas escogidas*, Estrada, Buenos Aires, 1939, pág. VII.

3 Obras completas, tomo V, *Matemáticas y otras yerbas,* s.f., pág. 171.

4 Citado por Guillermo Ara, Introducción a *Aguas abajo*, Huemul, Buenos Aires, 1964, pág. 12.

5 *Páginas escogidas,* pág. XVI.

6 *Ensayo sobre Eduardo Wilde,* Lautaro, Buenos Aires, 1943, pág. 87.

7 "Lectura de Wilde", *Revista del Instituto,* año 1, fascículo 1, Buenos Aires, enero-diciembre de 1974, pág. 105.

8 "Poesías de Estanislao del Campo", "Cartas cambiadas con el doctor Goyena sobre la poesía", en *Tiempo perdido*, El Ateneo, Buenos Aires, 1931, págs. 33-164.

9 "La carta de recomendación", *Tiempo perdido,* págs. 182, 183.

10 *Aguas abajo,* págs. 64-65.

11 *"Tiempo perdido* de E. Wilde", reproducido en *Tiempo perdido,* páginas 8 a 17.

12 "En torno al *Facundo* de Sarmiento", *Sur*, Nº 47, agosto de 1939, pág. 28.

13 Prólogo a *Campaña en el Ejército Grande Aliado de Sud América,* Fondo de Cultura Económica, México, 1958, pág. XIX.

14 *Campaña. . .* págs. 138-139.

15 Ibíd., pág. 141.

16 Ibíd., pág. 313.

17 "Don Hilario Ascasubi", en *Tiempo perdido,* págs. 195-196.

18 "Nicolás Avellaneda", *Páginas escogidas,* pág. 213.

19 "Sin rumbo", *Páginas escogidas,* pág. 105.

20 *Aguas abajo,* pág. 58.

21 *Tiempo perdido,* pág. 223.

22 "Conciliación", *Tiempo perdido,* págs. 213, 214.

23 "Los ídolos", *Tiempo perdido,* pág. 207.

24 *Matemáticas y otras yerbas,* págs. 11-78.

25 *El idioma de los argentinos,* Peña, del Giudice-Editores, Buenos Aires, 1952, pág. 26.

26 "Lectura de Wilde", pág. 115.

27 *Tini y otros relatos,* Eudeba, Buenos Aires, 1961, pág. 26.

LA LITERATURA ARGENTINA DE 1880 A 1910

Enrique Anderson Imbert

1. *De 1880 a 1895*

1.1. *Fondo*

En 1880, con la federalización de Buenos Aires, la Argentina quedó definitivamente unificada. Ese año, decisivo en la historia política, ha sido usado como jalón también en la historia literaria. Se habla de los "hombres del 80", de la "generación del 80", de la "literatura del 80".

Los escritores que en 1880 andaban más o menos entre los veinte y los cincuenta años procedían de viejas y distinguidas familias criollas. Sus padres se habían jugado la vida en las contiendas políticas y, después de la caída de Rosas, contribuyeron a organizar la nación. Es natural, pues, que los hijos se sintieran parte de la clase dirigente, con derechos adquiridos a participar del gobierno. Sin embargo, sea porque presintiesen que las nuevas circunstancias dificultarían planes tan heroicos como los de sus antepasados, sea porque careciesen de vocación o de empuje, lo cierto es que los escritores del 80 –con la excepción de Avellaneda, que fue presidente, y de Mansilla, que lo hubiera querido ser– esperaban mucho de las letras y poco de la política. Sirvieron al país –desde el parlamento, el ministerio, la administración pública, la diplomacia, la docencia– pero más por patriotismo que por voluntad de poder. Con gusto aprovecharon la división del trabajo favorecida por la prosperidad económica para dispersar las energías en múltiples actividades: una de ellas, la literatura. Aun quienes no pertenecían al patriciado argentino (Groussac era francés; Wilde, hijo de inglés; Sicardi, hijo de italiano; Korn, hijo de alemán; Almafuerte, hijo de padre desconocido) se identificaron con su estilo de vida y se mezclaron en el mismo movimiento liberal.

El liberalismo argentino es variopinto. En la generación de 1837 (Echeverría, López, Gutiérrez *et al.*) el liberalismo romántico-social, de origen historicista, por momentos adquirió un matiz ecléctico-espiritualista. Los hombres de esa misma generación cumplieron des-

pués de Caseros una gestión más prolongada aplicando de un modo positivo sus ideas liberales a la realidad nacional (Mitre, Sarmiento, Alberdi). Después de 1860 el liberalismo fue neorracionalista (el optimista Andrade, el pesimista Wilde), combativo, anticlerical y reverente ante la ciencia. Después de 1890 hubo un liberalismo positivista, antirromántico, filocientista (Agustín Alvarez, José María Ramos Mejía). Ya fuera del foco de nuestro estudio, después de 1910, el liberalismo será, si no antipositivista, por lo menos de sesgo kantiano (Rodolfo Rivarola) y francamente idealista (Korn). Los hombres del 80 fueron, pues, todos liberales. Unos estaban con la Confederación, otros con Buenos Aires. Entre los que estaban con Buenos Aires unos querían su capitalización, otros no. Se desplazaban de una posición a otra, aun de un partido a otro, pero todos eran liberales y acabaron por unirse bajo el lema de Roca: "paz y administración". Aun los católicos fueron liberales. Pedro Goyena y José Manuel Estrada, cabezas pensantes del partido clerical que impugnó las leyes de educación laica y de registro y matrimonio civiles, admiraban el liberalismo romántico-social de Echeverría. Los militantes de un nuevo tipo de racionalismo se desentendieron de los problemas metafísicos y se declararon ateos y anticlericales. En su formación universitaria habían aprendido a venerar las ciencias naturales. Los médicos, sobre todo, se acercaron al positivismo, al cientificismo (J. M. Ramos Mejía, Wilde, Holmberg, Argerich, Sicardi, Podestá y, en sus primeros años, Korn). Unos más, otros menos, creían en la ética utilitaria, en la educación técnica, en el progreso material. El carácter pragmático de este liberalismo explica ciertas contradicciones. Por ejemplo, los grandes señores del 80 eran escépticos pero no dudaban de que los intereses de la burguesía coincidieran con los intereses de la nación. Eran liberales pero no muy demócratas; progresistas pero también conservadores. Aunque inteligentes, no profundizaban en los problemas; aunque moralistas, transigían con el mal. Republicanos, sí, pero no denunciaban el régimen de fraudes electorales. Eran cosmopolitas, promotores de la inmigración, pero ante el aluvión inmigratorio se les despertó un recelo nacionalista y aun xenófobo. Tal recelo se debía al deseo de salvar el alma nacional (Mansilla, Cané, J. V. González) o a nociones seudocientíficas sobre razas e inferioridades biológicas (Argerich, Cambaceres) o, en el mejor de los casos, al buen sentido, pues era evidente que los inmigrantes, en vez de repartirse por el interior del país, se acomodaban en la ciudad creando así problemas de difícil solución: en 1890, de los 530.000 habitantes de la ciudad de Buenos Aires, 300.000 eran extranjeros. Semejante masa de inmigrantes, nada más que con su presencia, contraproducían en las viejas familias criollas el sentimiento falso

de que pertenecían a una aristocracia. Ningún escritor pudo despreocuparse ante "el peligro" —título de una novela de Ocantos— de la inmigración. El aluvión inmigratorio fue tema de todo un ciclo novelístico, de tonos negativos en Antonio Argerich, *¿Inocentes o culpables?*, Eugenio Cambaceres, *En la sangre* y de tonos positivos en Francisco Sicardi, *Libro extraño*, Francisco Grandmontagne, *Los inmigrantes prósperos* y Carlos María Ocantos, *Promisión*. El acelerado crecimiento del país trajo como consecuencia una desastrosa crisis económica que se agravó cuando el gobierno pasó del general Roca a su concuñado Juárez Celman. La revolución de 1890, aunque fracasada, engendró dos movimientos políticos: el radicalismo, que representaba a las clases medias en ascenso, y el socialismo, formado por obreros urbanos y por una minoría ilustrada de la clase media. Los cambios que precipitaron esa crisis, y la crisis misma, constituyeron el tema de una serie de novelas: *La Bolsa* de Julián Martel, *Quilito* de Carlos M. Ocantos, *Horas de fiebre* de Segundo Villafañe, *La Maldonada* de Francisco Grandmontagne.

Además de escépticos, los hombres del 80 eran irónicos, humoristas, si no siempre en sus escritos públicos, por lo menos en su conversación, en tertulias domésticas y en los elegantes Club del Progreso, el Jockey Club y el Círculo de Armas. Este arte de la conversación se manifestaba también en los géneros fragmentarios que preferían: la epístola, el artículo suelto, la anécdota, el cuento, el cuadro costumbrista, el ensayo, el diario íntimo. El tono dominante era el autobiográfico, con preferencia por evocaciones de la niñez y la adolescencia (Mansilla, *Memorias*; López, *La gran aldea*; Cané, *Juvenilia*). Otro de los géneros que cultivaban porque se prestaba a su actitud impresionista fue el de las crónicas de viaje: Mansilla, *De Aden a Suez*; Cané, *En viaje*; López, *Recuerdos de viaje*; García Mérou, *Impresiones*; Wilde, *Por mares y tierras*; Santiago Estrada, *Viajes*. Algunos viajes eran cortos, a la frontera, y se leían con alivio porque, gracias a "la conquista del desierto", los malones de indios ya habían sido liquidados: además de la *Excursión a los indios ranqueles* de Mansilla hubo una literatura de frontera de la que sólo mencionaremos *Callvucurá y la dinastía de los Piedra* (1884) de Estanislao S. Zeballos (1854-1923).

Casi todos los escritores del 80 fueron periodistas (Bartolito Mitre y Vedia) o publicaban en los periódicos. Su prosa, pues, era repentista. Los defectos de la improvisación quedaban compensados por el encanto del habla conversacional. Por supuesto, sonaban palabras y frases francesas, italianas, inglesas, pero la conversación porteña tenía gracia: no hay más que leer a Mansilla, quien conversó su literatura mejor que nadie. Aunque fueran galicistas (Cané), hispa-

nófilos (Obligado, Oyuela, Santiago Estrada), nativistas (Hernández, Coronado) los escritores no diferían mucho en su actitud ante la lengua. La polémica de 1889 entre Obligado y Argerich fue más sobre la autoridad académica que sobre la legitimidad de los argentinismos. No hubo separatismo lingüístico ni siquiera en la ley de 1884 que designó nuestra lengua castellana como "idioma nacional". El desplante nacionalista en algunos escritores del 80 se debió, no a un impulso de independencia con respecto a España, tampoco al afán de justificar los usos locales, sino más bien a la necesidad de argentinizar el habla para resistir la parla de millares de extranjeros que estaban babelizando a Buenos Aires.

Hubo quienes cultivaron la literatura con desenfadada conciencia profesional. Su fórmula se parecía a la del arte por el arte: "arte por la belleza" (Oyuela), "escribir es arte y juego" (Mansilla), "escribo para entretenerme" (Cambaceres), "la poesía es inútil" (Wilde). Y, en efecto, en la generación del 80 aparecieron los primeros rasgos parnasianos y simbolistas que más tarde serán característicos del Modernismo. Dentro de la narrativa, la dirección más esteticista –que venía del romanticismo– fue el cuento puramente imaginativo, sea con tema sobrenatural o extraño (Carlos Monsalve), sea con tema seudocientífico (Eduardo L. Holmberg). Pero, además de la novedad del "arte gratuito" de los fantasistas, apareció la novedad del "arte comprometido" de los naturalistas, con sus casos de patología social y de psiquiatría individual.

1.2. *Figuras*

1.2.1. *Verso*

En 1880 ya se ha cerrado el ciclo de los grandes poemas de tema gauchesco: el *Santos Vega* (1850; edición aumentada, 1872) de Hilario Ascasubi; el *Fausto* (1866) de Estanislao del Campo; el *Martín Fierro* (1872-79) de José Hernández. La poesía que ahora vamos a examinar es culta. No por eso es mejor. Los temas son los de siempre: tristezas de titanes vencidos, costumbres y hablas populares, leyendas indígenas de pueblos extinguidos, la historia. Acaso, con fuerza de tema nuevo, aparece la emoción del hogar, recuperado después del destierro o de las guerras civiles. El año en que Buenos Aires pasa a ser la capital de la república los portaliras que ya tienen reputación son Carlos Guido y Spano, Ricardo Gutiérrez y Olegario Andrade.

Carlos Guido y Spano (1827-1918) fue un poeta romántico de sentimientos tiernos y de temas civiles –como su famosa "Nenia" al Paraguay– pero por su elegante esmero, por las bellas criaturas que inventaba o sacaba de la historia antigua y del folklore, por el preciosismo con que describía los colores y perfiles de objetos suntuosos, coincidió, sin quererlo ni saberlo, con los ideales parnasianos. Por eso los jóvenes modernistas apreciarán las cualidades plásticas de poemas como "Myrta en el baño", "En los guindos", "Mármol", "Bajo relieve". En 1911 reunió sus *Poesías completas*. Ricardo Gutiérrez (1838-1896) comenzó con poemas narrativos –*La fibra salvaje*, 1860; *Lázaro*, 1869–, que se salvan, no por sus parejas enamoradas, gauchos payadores, luchas y aventuras sino por algunos momentos líricos. En *El libro de las lágrimas* y *El libro de los cantos* (1878) revela mejor su intimidad, que fue la de un alma religiosa, apiadada por el dolor del prójimo. Olegario Víctor Andrade (1839-1882), más épico que lírico, prefiere contar lo que ha ocurrido en el mundo a cantar lo que le ocurre en el alma. Sin embargo, lo que Andrade objetiva mejor son metáforas, es decir, visiones líricas. "El nido de cóndores", "El arpa perdida", "San Martín", "Atlántida" tienen el sello de titanismo característico de la literatura romántica; y el símbolo del titán aparece, en efecto, en "Prometeo", su "canto al espíritu humano". Andrade está obsesionado por el espacio, por las alturas, y de hipérbole en hipérbole salta a los grandes temas: el progreso, la patria, el porvenir, la libertad, el destino humano. Guido y Spano, Gutiérrez y Andrade fueron los mayores de edad en el período que estamos estudiando. Los poetas del 80 propiamente dichos fueron Obligado, Oyuela y Almafuerte.

Rafael Obligado (1851-1920) fue considerado como "el poeta nacional", en parte porque insistió en temas y maneras de la línea Echeverría-Ascasubi-Hernández en una época en que el país ya estaba poniéndose sobre el rostro criollo la máscara cosmopolita. De sus poesías se ha salvado su *Santos Vega* (1877-85). Bartolomé Mitre primero, Ascabusi en seguida (y en la novela Eduardo Gutiérrez) ya habían hecho literatura sobre ese payador. Con un material extraído de las letras y del folklore, Obligado escribió su poema. No lo hizo en el dialecto criollo sino con un lenguaje muy preciso, muy lírico, sutilizado con trémulas imágenes de misterio y, dentro del romanticismo, disciplinado con mucho estudio literario. El poema no es poesía pura, sin embargo: tiene preocupaciones morales, lecciones patrióticas y hasta una alegoría: en "La muerte del payador" Juan sin Ropa, el forastero –símbolo del progreso, la industria, la ciencia y la inmigración gringa–, diabólicamente vence a Santos Vega –símbolo de la tradición criolla que moría–. Cuando en 1887 agregó un nuevo canto –"El himno del payador"– a los tres de la primera edición, se acentuó la lección patriótica. Calixto Oyuela

(1857-1935), de gusto clásico, respetuoso de las academias, severo en sus exigencias formales, es una figura importante en el mundo de las letras por su actividad de crítico más que por el lirismo de sus *Cantos* (1891). Por un lado reprochaba a los románticos del pasado su falta de formas y, por otro, reprochó el exceso de formas a los modernistas. Era muy culto pero se diferenció de los afrancesados poetas del 80 en su vehemente hispanofilia. De los poetas hasta aquí mencionados hay que apartar a Pedro Bonifacio Palacios, más conocido por su seudónimo Almafuerte (1854-1917). Aquéllos eran cultos, ricos, sobrios, influyentes, elegantes, satisfechos, convencionales, europeizados. Almafuerte nadaba contra la corriente. Era un predicador furioso, ensoberbecido, áspero, tan mal educado que para dar rabia a los estetizantes fingía ser peor de lo que era. Defectuosa y desigual, su poesía refleja el carácter de un hombre singularísimo. Era un maldiciente, misántropo, misógeno, megalómano y mesiánico; raro por todos los costados, con equivocadas aspiraciones a profeta y filósofo, estentóreo en sus gritos, delirante en su lírica. Nunca se había oído una voz como esa en nuestra literatura. Se dirigía al "chusmaje querido", a la "plebe impura", a la "vil recua sudorosa". No fue poeta de muchedumbres –a pesar de que su popularidad le vino del pueblo bajo– sino un individualista agresivo. Tenía mal gusto pero era personal en la desgarrada sinceridad con que renunciaba a las convenciones de su tiempo y se atrevía a confesar su angustiada visión de la vida. Todo era *para él* fracaso: los hombres, el universo, Dios mismo. Quedan fuera de nuestro panorama muchos otros poetas: por ejemplo, el grandilocuente y popular Joaquín Castellanos (1861-1935) pero ya es hora de apretar el paso y cruzar el puente entre la generación de 1880 y la de 1895. Lo cruzaremos acompañando a Leopoldo Díaz (1862-1947), uno de los primeros frecuentadores del Parnaso francés. En sus *Sonetos* de 1888 ya hay un buscar mitologías griegas, un trasponer figuras de las artes plásticas a la poesía, un gozar pagano, un pulir formas perfectas que serán acciones comunes a todos los modernistas. De 1895 son sus parnasianos *Bajorrelieves*. Ya Darío estaba en Buenos Aires y los elogió fraternalmente. En su obra posterior –*Las sombras de Hellas*, 1902, *Atlántida conquistada*, 1906, *Las ánforas y las urnas*, 1923– Díaz continuó girando sobre aquel punto de su estética parnasiana, siempre áureo pero cada vez más frío, con ocasionales poemas simbolistas como "Belphegor", "Las islas de oro", "La leyenda blanca".

1. 2. 2. *Prosa*

Comenzaremos con un escritor que, perteneciendo al período anterior, se convirtió sin embargo en la flor y nata de la generación del 80: Lucio Victorio Mansilla (1831-1886). En 1870 ya había publicado *Una excursión a los indios ranqueles*, que con el *Facundo* de Sarmiento y el *Martín Fierro* de Hernández forma la trilogía más importante de las letras argentinas del siglo XIX. La crónica de su "excursión a los indios" tiene una intención política: burlarse de las instituciones de nuestra civilización por contraste con las formas de la sociabilidad en las tolderías de los ranqueles. "Como Gulliver en su viaje a Liliput –dice Mansilla– yo he visto el mundo tal cual es en mi viaje al país de los ranqueles." Pero su pensamiento político –contra los "gobiernos fuertes", contra la "civilización sin clemencia" hacia el indio, contra la barbarie corruptora de los cristianos– no tomó la forma ni de una utopía como en los *Viajes de Gulliver* de Swift ni de una alegoría como la *Peregrinación de Luz del Día* que en ese mismo año publicaba Alberdi para castigar parecidos males, sino de una descripción de la vida de los indios. El talento de Mansilla era autobiográfico, dispersado en páginas que siguen siendo fragmentarias por más que el autor las encuadernara en volúmenes: *Entre nos. Causeries del jueves* (1889-90), *Retratos y recuerdos* (1894), *Mis memorias* (1911). Mansilla sabe contar pero suele excederse en digresiones. Anticipándose a posibles quejas, se encara con los lectores: "¿Escribir, no es un arte y un juego? Déjenme entonces entretenerme".

Eduardo Wilde (1844-1913) fue el hombre más original de su generación. Había nacido con una privilegiada organización nerviosa. Su sensibilidad, su imaginación, su inteligencia, sus gustos fueron únicos. Era un excéntrico. Decía lo que nadie esperaba que se dijera, no por espíritu de contradicción, sino porque espontáneamente veía el mundo al revés. Su humorismo, bondadoso, no agresivo, consistía en comprender las incongruencias del mundo y de la condición humana. Su sentimiento era piadoso; el modo de comunicarlo, irónico. Su buen humor era poético en el sentido de que creaba formas artísticas. Sus páginas humorísticas y sus páginas líricas son homogéneas: se originan en una fantasía asombrosamente ágil en los cambios de perspectiva. Perspectivista, relativista, impresionista, Wilde no escribió ningún libro orgánico. De los diecinueve volúmenes de sus *Obras completas* podemos desprender unos pocos cuentos, poemas en prosa y confidencias autobiográficas que están en *Tiempo perdido* (1878), *Viajes y observaciones* (1892), *Por mares y tierras* (1899), *Prometeo y Cía.* (1899), *Aguas abajo* (póstumo: 1914). Las antolo-

gías prefieren "Tini", "La lluvia", "Meditaciones inopinadas", "Alma callejera". La autobiografía "Aguas abajo" (el niño Boris es el mismo Wilde) se abre con unos capitulillos que, a pesar de su aire frívolo, son filosóficamente profundos. Un profesor podría seleccionar pasajes de Wilde para demostrar que en su prosa confluyeron las corrientes romántica, parnasiana, realista, impresionista, expresionista; aun podría alegar que algunas de las metáforas de Wilde son sinfrónicas, si no sincrónicas, a las del *Lunario sentimental* de Leopoldo Lugones, tan caro a los ultraístas.

Lucio Vicente López (1848-1894) ocupa un lugar importante en la historia literaria gracias a su novela *La gran aldea* (1884). Estas "costumbres bonaerenses" –según reza el subtítulo– eran las vigentes entre 1861 y el año mismo en que López estaba estampando su novela (aunque, por descuido en la cronología, el desenlace ocurre en el futuro, después de los carnavales de 1885). El cuadro histórico es, pues, el de las presidencias Mitre-Sarmiento-Avellaneda-Roca. Salvo la primera página, cuya acción transcurre en 1880, cuando el tío Ramón anuncia: "Sobrino, me caso", toda la novela avanza en una sola línea temporal, desde la niñez hasta la juventud de Julio Rolaz, que es el narrador y protagonista. Son los años de guerra entre Buenos Aires (Mitre) y la Confederación (Urquiza). Pero *La gran aldea* es una obra de ficción, no una crónica realista. El principal mérito de la novela está en el estilo de las descripciones. Descripción de tipos y costumbres: los empleados de tienda; los bailes de la aristocracia con valses y cuadrillas y los del mulataje con milongas y habaneras; los entierros, la boda, la conversación y el juego en el Club del Progreso. Descripción de los cambios económicos y sociales de 1861 a 1884: el "vicio de la política", el patriciado y la plebe, la prosperidad, la oleada inmigratoria, el anticlericalismo, la imitación a Europa. Descripción de personajes en los que todavía es posible reconocer a modelos vivos. Descripción de escenas vivaces, con detalles bien observados. Hay gran variedad de tonos. El tono humorístico, de la ironía al sarcasmo. El tono sentimental, del lirismo y la nostalgia a la melancolía y el horror. El tono esteticista, con la poetización de la figura femenina y el paisaje. El tono moral, con reflexiones más propias del ensayo que de la novela. Hay pasajes románticos, realistas, naturalistas y, en los cuadros de refinamiento y lujo, preciosismos que luego serán característicos de la prosa modernista.

Miguel Cané (1851-1905) definió su propia literatura en los títulos de algunos de sus libros: *Ensayos* (1877), *A distancia* (1882), *En viaje* (1884), *Charlas literarias* (1885), *Notas e impresiones* (1901), *Prosa ligera* (1903). Mariposeaba sobre todos los temas con ágil inteligencia. Era, sobre todo, un conversador: gracioso, culto, elegante, sincero, impresionable, juguetón. Al leerlo uno oye también el habla corriente de las mejores tertulias porteñas: aun sus galicismos eran, no sólo vestigios de sus lecturas personales, sino también rasgos característicos de las clases altas. En *Juvenilia* (1884), su obra maestra escrita a los treinta años, Cané añora su vida como alumno interno del Colegio Nacional de Buenos Aires, entre 1863 y 1870. Las escenas de niñez y adolescencia se suceden ordenadas por la libre asociación de los sentimientos y no por el rigor de la cronología. Sin embargo, el libro tiene una firme unidad y está bien construido. La prosa, aunque sencilla, coloquial y repentista, tiene enérgicas cualidades: metáforas frescas, sorprendentes, nacidas de una visión muy personal de una realidad muy argentina; transposiciones de la cultura clásica que, por contraste con el ambiente juvenil del Colegio, producen el efecto irónico de hipérboles; descripciones de personajes con pocos y bien seleccionados trazos. El lector se pone a reír a carcajadas y si analiza el pasaje que acaba de leer no puede menos de asombrarse ante la economía verbal con que Cané logró provocar tanta risa. Cómicas son algunas de las mejores páginas de *Juvenilia*, pero también las hay serias y aun conmovedoras, como las dedicadas al extraordinario Amadée Jacques, sin duda el carácter mejor presentado del libro.

Paul Groussac (1848-1929), nacido en Francia, se estableció en la Argentina a los dieciocho años, aprendió el español y lo usó admirablemente. Fue un maestro de rigor crítico, de estudio disciplinado, de seriedad intelectual. Aunque puede encontrarse en Groussac uno que otro rasgo de belleza parnasiana, en la novela (*Fruto vedado*), en los cuentos (*Relatos argentinos*) y en el drama (*La divisa punzó*) buscó una expresión vigorosa, humana y personal. *Fruto vedado* (1884) es una autobiográfica historia de amor adúltero. Marcel Renault, el protagonista, repite algunas de las situaciones vitales del mismo Groussac y nos plantea el problema psicológico de la doble nacionalidad. Groussac mostró su preferencia por casos psicológicos complejos también en sus *Relatos argentinos*. El mejor es "El número 9090", novela más que cuento porque el análisis psicológico de los escrúpulos de conciencia de Daniel de Kergoet importa más que la situación del cuento, que consiste en el trueque de un billete de lotería por otro. *La divisa punzó* (1923) es un drama en tres actos con Rosas y su hija como personajes-ejes.

Eugenio Cambaceres (1843-1888) aprovechó de Zola no tanto la técnica de la novela experimental sino más bien el ejemplo de que era legítimo en arte presentar al desnudo la animalidad del hombre. Franco, inteligente, libre, agnóstico, atrevido, no se hacía ilusiones sobre lo poco que valemos. Su sentido moral se manifiesta aun en la

filosofía cínica y brutal de sus principales personajes. Desafía las mentiras convencionales de la sociedad pero con un gesto de cansancio deja caer los brazos y reconoce que el poder de la naturaleza nos rebaja al grado de animales. Con amargura, casi con rabia, describe la indignidad humana. Para que duela más elige lacras, enfermedades, corrupciones, vicios, adulterios, fracasos, muertes. La descripción repugnante de la sífilis de Pablo –en *Música sentimental*, 1884– era una prueba de que el novelista estaba dispuesto a escandalizar; y, en efecto, su vigoroso naturalismo nos somete a escenas sexuales nuevas en nuestra literatura. El tema no es el amor: es el hastío después del orgasmo. No sólo fue truculento en las situaciones novelescas sino que también su prosa atropellaba violentamente al lector: lengua de Buenos Aires, oral, evocadora, en la que los modismos criollos, las frases italianas y francesas y los hallazgos metafóricos corren como en un revuelto arroyo. *Sin rumbo* –su mejor novela, de 1885– documenta la compleja realidad de esos años: hay casuchas en las que todavía se ve la pintura colorada de la época de Rosas; hay un viejo que ha peleado con Rosas; hay contrastes entre el refinamiento, la cultura, el arte, las aventuras galantes, la vida de club en la ciudad de Buenos Aires y las duras labores campestres en la provincia de Buenos Aires; y el personaje –Andrés– es una de las psicologías mejor delineadas de la novelística argentina. El título de su cuarta y última novela –*En la sangre*, 1887– sugiere el determinismo seudocientífico de los narradores naturalistas: un hombre lleva "en la sangre" su destino pues está determinado por la ley de la herencia y de la adaptación de la vida al medio social.

Julián Martel (1867-1896), seudónimo de José Miró, fue un periodista pobre, bohemio y enfermo que a los venticuatro años se ganó un primer puesto en las letras argentinas de su tiempo con la única novela que escribió: *La Bolsa* (1891). Observó la agitada sociedad de su tiempo: el falso cosmopolitismo y la subversión de los viejos valores criollos como consecuencia del aluvión inmigratorio, el ansia de lucro y ostentación, el parasitismo de los ambiciosos, el oportunismo de los políticos, el contraste entre fortunas mal habidas y la crónica pobreza de la mayoría de la población. Sin embargo, su novela fue más testimonial que documental. El testimonio apasionado prevaleció sobre la documentación objetiva. Martel interviene constantemente en la acción narrada: explica, protesta, moraliza, filosofa. En el curso de la novela realista francesa –Balzac, Flaubert, Daudet, Zola– Martel había aprendido más del romanticismo que del naturalismo. Cediendo al gusto melodramático por los contrastes alteró la veracidad de su cuadro. Aun aprovechó procedimientos fantásticos de la "novela gótica". En la descripción del lujo y la belleza de las mujeres uno sospecha que Martel no siempre está condenando la riqueza: a veces la envidia y entonces da salida a su resentimiento contra la buena suerte de los demás, para él esquiva.

Francisco Sicardi (1856-1927) fue un hombre tan extraño como su *Libro extraño* (1894-1902), novela-monstruo que se tambalea sobre cinco largas partes. Como carece de cerebro filosófico la novela no sabe adonde ir. Tampoco podría ir muy lejos, aunque quisiera, porque pesa demasiado. El autor la ha atiborrado con ensayos, poemas en prosa, descripciones, tiradas oratorias, cuentos dentro de cuentos, leyendas, prólogos y reflexiones sobre el proceso de la escritura. El lugar es Buenos Aires y sus suburbios. La época, el último cuarto de siglo. El asunto, la evolución social argentina vista en unas pocas familias vinculadas entre sí. La familia principal es la del médico Carlos Méndez, un neurótico de buen corazón, casado con una santa mujer, nieta de un guerrero de la Independencia. Su hijo Ricardo, que ha heredado la neurosis, será uno de los adalides del movimiento católico en las luchas "hacia la justicia" (título de la última parte). El villano es el médico Enrique Valverde, ateo, materialista, cínico, cruel, mujeriego, que le hace un hijo a una prostituta: este hijo, Germán Valverde, cuya cuna fue un conventillo, será uno de los adalides del movimiento anarquista. Ambos movimientos revolucionarios, el católico y el anarco-socialista, son sectarios: el adalid del movimiento no sectario que ha de salvar al país con una política basada en el trabajo, en el ahorro, la libertad, la justicia y la democracia es el médico Elbio Errécar, hijo de un honrado inmigrante. La tesis de la novela –no diferente de la política del régimen de Roca– es que la inmigración europea más la población criolla se fundirán en una "nueva raza", propulsora de la gran civilización argentina del porvenir. La novela tiene argumento, no excesivamente complicado: si parece caótica se debe a que la acción, aunque clara y lineal, está interrumpida por amplificaciones retóricas. *Libro extraño* es una novela romántica, tremebunda, desaforada. Lejos del naturalismo, Sicardi no documenta con criterio objetivo, científico. Al contrario, declama su religiosidad. Pero algunas de sus páginas descriptivas son de una rara excelencia poética.

En el grupo de narradores nativistas hay que destacar a Joaquín V. González (1863-1923), por *Mis montañas*, que son las de La Rioja, y a Martiniano Leguizamón (1858-1935), por *Montaraz* (1900), novela de montoneras y caudillos entrerrianos. José Seferino Alvarez, "Fray Mocho" (1858-1935) fue regionalista en *Un viaje al país de los matreros*, pero lo mejor de su pluma fueron cuentos que representaban tipos de la ciudad de Buenos Aires: más que cuentos, cuadros

de costumbres que, por la vivacidad de sus diálogos, estimularon el desarrollo del sainete teatral.

Antes de pasar al teatro dejamos constancia de que sólo por falta de espacio no nos hemos ocupado de otras figuras notables como Martín García Mérou (1862-1905), autor de la novela psicológica *Ley social* (1885), Manuel T. Podestá (1853-1920), autor de *Irresponsable*, y Carlos M. Ocantos (1860-1949), autor de una larga serie de "novelas argentinas" que comenzó muy bien con *León Zaldívar*, *Quilito*, *Entre dos luces* y *El candidato*.

1. 2. 3. *Teatro*

Las novelas de Eduardo Gutiérrez (1853-1890) no fueron notables pero resultaron notables porque sirvieron al nacimiento del teatro rioplatense. Gutiérrez era un folletinista que garabateaba páginas con infalible éxito popular. En diez años escribió unas treinta novelas de aventuras, intrigas, violencias y asesinatos. A veces parece que va a lograr la novela de la Argentina ruda, pero carecía de visión y aun de imaginación. Algunas de ellas eran gauchescas –en la línea del *Martín Fierro*– y encantaron al pueblo con sus malevos de pulpería y sus forajidos que peleaban en la frontera entre la barbarie y la civilización. La más famosa fue *Juan Moreira* (1870), crónica de un matón real que allá por 1870 había puesto su cuchillo al servicio de los caudillos políticos pero que, gracias a Gutiérrez, se convirtió en un héroe, encarnación del coraje y de la protesta contra los abusos de la policía. En 1884 un circo de Buenos Aires pidió a Gutiérrez que adaptase su *Juan Moreira* a una pantomima con cantos, guitarras, danzas, gauchos a caballo y duelos a cuchilladas y balazos. Dos años después el actor Podestá –el mismo que había organizado la pantomima– decidió convertirla en un drama hablado: con diálogos extraídos de Gutiérrez y otros de su propia cosecha Podestá fundaba, en el picadero de un circo de Chivilcoy, un teatro tosco, bárbaro pero original (1886). En seguida siguieron nuevas obras y la descendencia de *Juan Moreira* fue vasta.

Este tipo de drama atrajo a nuevos autores y pronto el tema inicial –la valentía gaucha frente a la autoridad policial– formó con otros una trenza de tientos criollos. Martiniano Leguizamón (1858-1935), dentro de la dirección gauchesca, acertó con *Calandria* (1896) drama que no calca la fórmula del gaucho sanguinario: Calandria se redime por el trabajo. Otro desvío fue el que llevó desde el drama gauchesco en campo abierto, bárbaro y de acción violenta, al drama de la vida doméstica de los campesinos: Martín Coronado (1850-1919) lo realizó en verso con *La piedra del escándalo* (1902) y *La chacra de don Lorenzo* (1918). Nicolás Granada (1840-1915), en prosa, dio un nuevo desvío al tema rural: en *¡Al campo!* (1902) mostró un matrimonio de hacendados instalados en Buenos Aires y sólo en el tercer acto apareció la pampa. Granada cultivó también el drama histórico (*Atahualpa*, 1897), género en el que sobresalió David Peña (1865-1928) con *Facundo* (1906).

2. *De 1895 a 1910*

2. 1. *Fondo*

El crecimiento de la Argentina, excesivamente rápido en el período anterior, en los años que ahora vamos a reseñar será normal. Aumenta la riqueza económica, se extiende el poder de la técnica, continúa la inmigración, se refinan los goces de la vida y de la cultura, se estabiliza el orden gubernamental con nuevas fuerzas democráticas, pero todo esto sin la fiebre de antes. Hay una mayor división del trabajo; los escritores se consagran más a la literatura, menos a la política. La vida literaria es lo bastante interesante para inspirar novelas en clave: *El mal metafísico* de Manuel Gálvez y *Humano ardor* de Alberto Ghiraldo. El prestigio de los géneros se desplaza: el teatro cobra importancia; y si en la generación de 1880 la novela había sido más rendidora que la poesía, en la generación de 1895 ha de prevalecer la lírica. Rubén Darío, al llegar en 1893 a Buenos Aires –entonces la ciudad más próspera de nuestra América, con más de medio millón de habitantes– se encontró con una inquietud "parnasiana" y "decadente". Desde 1880 los porteños traducían a Gautier, Banville, Mendès, Coppée, Sully Prudhomme, Armand Silvestre, Leconte de Lisle. Paul Groussac había dedicado una serie de artículos –"Medallones", 1884– a Leconte de Lisle y su escuela. El diario *La Nación* había recibido la nueva literatura francesa con las páginas abiertas; y Darío las miraba desde hacía años. Más talentoso que los poetas jóvenes de Buenos Aires ya iniciados en el Parnaso francés, Darío se dejó rodear y pronto fue aclamado como cabecilla. Gracias a él, en las tertulias del *Ateneo* –que se acababa de fundar, en abril de 1893–, en las salas de redacción de los periódicos, en casas ilustres, cervecerías y cafés nocturnos, las voces juveniles pudieron hablar con autoridad, respaldadas por la presencia de su talento. Cuando a principios de 1896 Leopoldo Lugones llegue de Córdoba –Darío lo saludará en "Un poeta socialista", 12-V-1896– la ciudad de Buenos Aires será el escenario mejor iluminado del Modernismo, con todo el

espectáculo completo: escritores que dialogan con dos grandes poetas —Darío y Lugones—, libros importantes en la historia literaria, triunfos definitivos, periódicos continentales. Con la generación de 1895 damos por cumplida nuestra tarea. El mismo Lugones ha de llevarnos de la mano a la próxima generación; pero en esta "generación de 1910" —en verso: B. Fernández Moreno, E. Banchs, A. Storni, R. A. Arrieta, A. Capdevila; en prosa, M. Gálvez, B. Lynch, C. B. Quiroga— casi todos los escritores publicaron sus obras importantes después de esa fecha y, por lo tanto, no entran en este compendio, que termina precisamente el año del Centenario.

2. 2. *Figuras*

2. 2. 1. *Verso*

Ya probamos, con el caso de Leopoldo Díaz, que antes de la llegada de Darío hubo en Buenos Aires escritores bien enterados de las novedades parnasianas. Aunque nació en Bolivia, debe mencionarse ahora, por su larga permanencia en la Argentina, a Ricardo Jaimes Freyre (1868-1933), cuya *Castalia bárbara* (1897) fue un laboratorio experimental de ritmos. El gran poeta fue Leopoldo Lugones (1874-1938), que trajo a la poesía aportes no menos valiosos que los de Darío. Como éste, fue un extraordinario gimnasta verbal. Su intensidad vital, su riqueza de percepciones, la frescura de su intuición poética —todo en grado excepcional— cedieron a la vanidad deportiva de lucirse con palabras, formas y técnicas. Quería asombrar. Asombró exagerando su virtuosismo. Prefirió que lo vieran en postura de atleta. *Las montañas de oro* (1897), *Los crepúsculos del jardín* (1905) y *Lunario sentimental* (1909) fueron alardes. En *Odas seculares* (1910) se encontró a sí mismo como poeta argentino; y en efecto los libros que siguen dibujan la espiral ascendente de su talento, uno de los mayores de América. Pero en nuestro resumen tenemos que limitarnos a lo que escribió hasta 1910. Lugones, en *Las montañas de oro*, incitó a la revolución de los estilos con un pandemónium de bellas pero chocantes imágenes. Reclamó, además, el papel de pensador y de profeta. En *Los crepúsculos del jardín* aquella voz estentórea se hizo meliflua. Versos magistrales pero sin resonancia íntima. Su lirismo era cerebral, sus amores eran fingidos. La busca de artificios lo llevó años después a la selenografía: todo un poemario dirigido a la luna. *Lunario sentimental* es el libro de Lugones que más influencia tuvo sobre los jóvenes. Sus metáforas fueron reproducidas a veces facsimilarmente por poetas de América y de España. Originalidad rebuscada, acrobacia en los conceptos y en los ritmos, humorismo que con un rápido trazo anima caricaturescamente las cosas inanimadas, arte deshumanizado, como se le llamará después de la primera guerra mundial. Su "Himno a la luna" nació para las antologías. No se había visto en nuestra literatura una fiesta así, en que le salieran a la imaginación ojos tan portentosos. Con estos caprichos, desenfados, proezas, inusitadas poetizaciones de lo prosaico, ingeniosidades, absurdideces, payasadas con palabras científicas, plebeyas e inventadas se cierra el ciclo virtuosista de la poesía de Lugones. Acaso el mejor Lugones es el del ciclo abierto por *Odas seculares*. Se celebraba la Revolución de Mayo y Lugones quiso rendir su homenaje a la Argentina. Son odas felices, optimistas, vitales. Lugones salió de su cámara interior, tan bien tapizada por los franceses, y jovialmente se asomó a los campos y poblaciones. Abandonó la pirotecnia del *Lunario* y se recostó en las tradiciones clásicas. Atravesó con flechas de luz los objetos de la realidad argentina, aun los más ordinarios. La emoción de sentirse miembro de una gran familia, el recuerdo de las gestas heroicas, el amor a cada cosa, la esperanza y el desparramo de energía creadora agudizan su capacidad de observación. La prosa de Lugones no fue tan eximia como su verso. *La guerra gaucha* (1905) es una colección de veintidós relatos históricos de las luchas por la independencia. Masas anónimas, no caudillos: a Güemes se le alude sólo al final. Tenía talento de narrador, como lo probó en *Las fuerzas extrañas* (1906), cuentos breves, algunos admirables, como "La lluvia de fuego", "Los caballos de Abdera" e "Izur".

Alrededor de Lugones versificaban poetas todavía románticos, preocupados por filosofías sociales o atentos a lo sentimental: Ricardo Rojas (1882-1957), Ernesto Mario Barreda (1883-1958), Mario Bravo (1882-1944) y, sobre todo, Carriego. En la reacción antipreciosista uno de los poetas argentinos que fueron más lejos es Evaristo Carriego (1883-1912), de tierna musa de arrabal, sentimental y trivial. Después de *Misas herejes* (1908) esa musa de Carriego abandonó sus alambicamientos, oscuridades, neologismos, decadentismos y cultivó una poesía con algo de tango, pero honda. *El alma del suburbio* (1913) fue el título del libro póstumo en que se recogieron las composiciones de esta época. Estas escenas familiares, de emoción sencilla, sincera, penetrante son las que más se recuerdan: "La costurerita que dio aquel mal paso", "La silla que ahora nadie ocupa", "Has vuelto". Era un criollo de esos barrios por donde la ciudad se pierde en despoblados y quintas. Carriego, por cantar a un mundo orillero, de obreros, gentes de avería y muchachas enamoradas, y por cantar con mucho sentimiento y aun con lágrimas, gustó a sus lectores y ha quedado en la memoria de su pueblo.

2. 2. 2. *Prosa*

Echaremos un vistazo primero a los escritores estetizantes y después a los más realistas. Angel de Estrada (1872-1923) fue un aristocrático y solitario vagabundo por países de verdad, de ensueño, de arte, de historia. Sus cuadros novelescos —el mejor, *Redención,* 1905— brillan más como cuadros que como novelas. Sus héroes viven ansiosos de belleza, replegados en los museos, en la literatura o en las historias del arte. Acaso sus más poemáticas páginas sean sus crónicas, como *El color y la piedra* y *Formas y espíritus.* Enrique Larreta (1873-1961) es el mayor novelista que dio la Argentina dentro del estilo elegante de los modernistas. *La gloria de don Ramiro* (1908), novela histórica sobre la época de Felipe II (con un viaje final del protagonista a América que liga los dos mundos hispánicos), fue una magistral coordinación de esfuerzos para evocar el pasado y captar percepciones sensoriales. Su estilo impresionístico —el convertir las sensaciones en objetos de arte— fue excepcional en toda nuestra literatura.

Cuentos y novelas sobre realidades anormales, sea que la anormalidad estuviera en las circunstancias o en las mentes de los personajes, se habían escrito en la época romántica. Ahora, al cultivar esa anormalidad, los autores no disimularon que les gustaba representar el papel estético de raros, de decadentes, de neurópatas. Atilio Chiappori (1880-1947), se alejó a la sutil frontera donde lo morboso es a la vez arte y horror: *Borderland* (1907) se llamó su primer libro de cuentos. Sus personajes suelen ser literatos, artistas; en todo caso, víctimas de sus raras sensaciones, maniáticos de la introspección, enfermos a quienes la aberración les parece aristocrática. En el fondo, Chiappori era romántico; de ahí la preferencia por tonalidades elegíacas, melancólicas, lánguidas, crepusculares. Sus personajes están emparentados con los malditos, satánicos y neuróticos de la literatura —Des Esseintes, Dorian Gray— pero no son librescos: el autor los describió porque los vio en la realidad o en su propia fantasía.

Entre los narradores realistas el mayor es Roberto J. Payró (1867-1928). *El casamiento de Laucha* (1906), *Pago Chico* (1908) y *Divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira* (1910): tres obras estructuradas por un asunto común, los pícaros en la vida argentina. Tres obras, tres miras. La del pícaro, la del humorista y la del sociólogo. *El casamiento de Laucha* es la historia de una infamia. Payró trata la picardía del comportamiento de Laucha con la picardía del arte de narrar. Es decir, que Payró, por ser tan pícaro en su arte como Laucha en su conducta, ha logrado una novela picaresca donde la visión del narrador no se tiñe con escrúpulos. El mundo que allí

rezuma es el mundo tal como lo intuye un pícaro, quien toma la palabra y va discurriendo gozoso de sí y confiado en que no existen valores más legítimos que los suyos. El relato simula ser un monólogo de Laucha. Los relatos de *Pago Chico* nos vuelven a evocar la misma realidad apicarada de *El casamiento de Laucha* con un importante cambio de perspectiva: Laucha contaba un episodio de su vida, en su habla y con su propia estimativa. En *Pago Chico*, por el contrario, relata desde fuera un cronista a quien se supone burlón, ajeno al ambiente y documentado con papeles. En *El casamiento de Laucha* no había moral cívica: sólo se oía la voz de un tunante sin solidaridad social. En *Pago Chico* está describiendo males un ciudadano ejemplar. Sólo que cuando se puso a evocar el bandolerismo político de la Argentina, el ánimo comprensivo y reformista de Payró impregnó de buen humor las páginas que escribía. Nos dio la visión humorística de un mundo de pícaros. En *Divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira*, en cambio, creó a un pícaro con un propósito absolutamente serio. Se trata de la misma realidad social y humana que hemos visto en las obras anteriores. Pero ahora Payró ha reconstruido los esquemas de esa realidad para que la juzguemos. Es un pícaro quien habla —pues la novela figura ser la autobiografía de Gómez Herrera— y ese pícaro se va moviendo a lo largo de las líneas de fuerza de la política argentina. Detrás de Gómez Herrera, siguiéndole los pasos, Payró nos va señalando esas líneas de fuerza porque ahora es eso lo que interesa: la forma del país más que las anécdotas de Gómez Herrera.

Horacio Quiroga (Uruguay-Argentina, 1878-1937) fue el gran narrador de temas anormales, con curiosa aleación de esteticismo y naturalismo, pero los cuentos que publicó en *El crimen del otro* (1904) son olvidables: memorables son "El almohadón de plumas" (1907), "La insolación" (1908), "La gallina degollada" (1909) pero los recogió tardíamente en *Cuentos de amor, de locura y de muerte* (1907). Ricardo Rojas (1882-1957), a despecho de que publicó los cuentos de *El país de la selva* en 1907, ha de descollar más tarde, en otros géneros. Lo mismo podría decirse de Alberto Gerchunoff (1884-1950), quien en *Los gauchos judíos* (1909) describió con gracia poética la vida campesina en una colonia de Entre Ríos.

En cuanto a la prosa ensayística nos limitaremos a un solo ejemplo: José Ingenieros (1877-1925). Es más importante en una historia de las ideas filosóficas que en una historia de la literatura pero tiene títulos a que se lo estudie también aquí por su influencia en grupos literarios y por el aderezo —a veces modernista— de su prosa. Fue el más robusto exponente de una filosofía fundada en la ciencia. Cientificista más que positivista, pues admitía una metafísica, si bien como transitoria hipótesis corregida incesantemente por los

progresos del conocimiento empírico. A pesar de que para él la biología estaba en la base de la psicología, y de que sobre ésta se constituían todas las disciplinas culturales, José Ingenieros levantó una ética inspiradora.

La reacción antipositivista se dio en las letras antes que en las cátedras de filosofía. La estética del modernismo implicaba un repudio a la teoría mecánica de la vida. El arte era un refugio, una fe, una liberación. Alejandro Korn (1860-1936) –el filósofo más original en todo este período pero que no figura aquí porque publicó después de 1910– ha contado que la lectura de *Azul...* de Darío, en 1888, lo condujo de noticia en noticia a una corriente filosófica de la que él saldría con su filosofía idealista de *La libertad creadora* (1916).

2. 2. 3. *Teatro*

Buenos Aires, ahora, es un activo centro teatral. Todavía se cultiva el drama rústico, pero *Jesús Nazareno* (1902), de Enrique García Velloso (1881-1938), no es un gaucho matrero: en más bien un héroe con "mensaje", a la manera de los dramas de Echegaray. El sainete, que a la postre resultaría la preferencia más incontenible del público, levantó cabeza gracias a Carlos Mauricio Pacheco (1881-1924) y Alberto Novión (1881-1937). La comedia de la clase media de Buenos Aires surgió casi perfecta de manos de Gregorio de Laferrère (1867-1913), de vivo sentido cómico, certero en la caricatura de la gente de medio pelo, hábil diseñador de tipos populares. Su primera pieza, *Jettatore...!* (1904), fue elemental: buscaba la risa con la exhibición de una manía. *Locos de verano* (1905) tuvo más complejidad. No una manía sino muchas, una por cada personaje; y cada personaje, aislado de los demás, ensimismado, cómicamente hermético. En *Bajo la garra* (1906) su tema fue los estragos de la calumnia. Desgraciadamente Laferrère saltó bruscamente de los actos satíricos al acto final, de intensidad dramática. Su mejor obra fue *Las de Barranco* (1908), comedia de la pobreza vergonzante, bien observada, bien concebida, bien estructurada, con una doña María y una Carmen –entre otros personajes también vivos– que son creaciones. Con el ejemplo de teatro serio que las compañías extranjeras ofrecían al público de Buenos Aires hubo quienes se orientaron hacia el teatro de conflictos, problemas y tesis: Emilio Berisso (1878-1922). En otro lugar hablamos de Payró porque fue esencialmente un narrador, no un dramaturgo, a pesar de que su *Canción trágica* (1902) fue una de las piedras sillares del teatro rioplatense, con Sánchez y Laferrère. Otros comediógrafos y dramaturgos: Pedro E. Pico (1882-1945), César Iglesias Paz (1881-1922), José León Pagano (1875-1964), Julio Sánchez Gardel (1879-1937). El más grande de los autores teatrales de Hispanoamérica en esta generación fue Florencio Sánchez (1875-1910), uruguayo de nacimiento pero argentino por su actuación. Su obra rural más ambiciosa fue *La Gringa* (1904). El diálogo, de gran fuerza realista, evocaba el rancho criollo, la pulpería, la chacra del gringo, las costumbres de la pampa; pero ese diálogo estaba al servicio de una alegoría: los italianos invadiendo las tierras del gaucho y el nacimiento de una promisoria raza italocriolla. El gaucho Cantalicio y su hijo Próspero por un lado; el italiano Nicola y su hija Victoria, por otro. Pero los hijos Próspero y Victoria resuelven el conflicto con el amor y el riesgo de sangre en una nueva criatura racial. *Barranca abajo* (1905) es la tragedia más sombría de nuestro teatro. No ofrece una tesis: en todo caso, un problema, el del despojo de la tierra de las viejas familias criollas por una oligarquía armada con todas las argucias de la ley y con la autoridad policial. Pero aquí Sánchez ha querido dramatizar, no un tema social, sino el fracaso de un hombre. La familia de Don Zoilo se derrumba bajo los golpes de la mala suerte, la enfermedad, la sordidez, la zancadilla de los leguleyos y la carcoma de las pasiones bajas. Es una obra maestra que gana sobre la escena porque es teatro, no literatura. Don Zoilo es todo un carácter, con algo de King Lear. Un aliento de poesía, solemne y universal, envuelve *Barranca abajo*.

IMAGEN DE MANSILLA

Sylvia Molloy

"Aquí se presenta una dificultad: la persona, el *yo*, que es causa y efecto a la vez."
Lucio V. Mancilla, *Entre-nos.*

La preocupación de Mansilla por su figura es conocida; no por azar quedan de él esas fotografías trucadas de Witcomb en las que el sujeto, mediante un juego de espejos, aparece en amable conversación con sus imágenes. Esa contemplación del otro y de sí mismo –de la figura en el espejo– coincide curiosamente con los comienzos de Mansilla como escritor. Una de las *causeries* de *Entre-nos* registra ese estreno. Después de un escándalo –el desafío público a Mármol que le cuesta una corta temporada en la cárcel– Mansilla se refugia en Paraná, luego en Santa Fe, donde "un federal me reconoció –ya era tiempo– y me llevó a su casa" (*EN*, 105).[1] El mismo federal, dos noches más tarde, llama a la puerta de su cuarto; tiene que redactar una descripción del río Salado para un diario de Paraná y le pide a Mansilla que lo reemplace: "yo lo mandaré como cosa mía" (*EN*, 106). Se obvian las protestas de Mansilla quien, para defenderse, recurre a su escasa experiencia: sólo es autor de "cartas a mamita y a tatita, y (. . .) una que otra traducción del francés". Eso, le dice el huésped, ya es escribir. Días después se le pide a Mansilla algo más: no que escriba por otro sino que redacte él mismo un periódico, que firme con su nombre. La propuesta lo deja en "una especie de abatimiento soporífico":

> "Me paseaba agitado por el cuarto: iba, venía; en una de esas, me detuve, me miré al espejo turbio, que era todo el ajuar de tocador que allí había, y mi cara me pareció grotesca" (*EN*, 108).

El tono ligero apenas disimula la revelación: escribir –para un público– no cambia la cara. El Mansilla que había llegado a Santa Fe con cinco pesos bolivianos y una imagen segura –"*la ben fattezza* de mi persona, o la *estampa*, como dicen en Andalucía. ¡Y qué capital suele ser! " (*EN*, 103)– no se reconoce en ese espejo turbio que le devuelve algo distinto: una figura que él ya no mira

solo, una figura que otros habrán de leer y que en el reflejo se vuelve grotesca. A la descapitalización de la imagen corresponde una simbólica pobreza: "Había metido involuntariamente las manos en las faltriqueras, sentí que mis cinco bolivianos se habían reducido casi a cero, y aquella sensación dolorosa (¿o no es dolorosa?) decidió mi destino futuro" (*EN*, 108).

De algún modo parece intuir Mansilla, en este módico episodio, dos maneras de ser. Ser (escribir) para un único lector y así protegerse: contener, capitalizar su imagen. O bien ser y escribir ante los otros –que no son él: único lector–, desperdigándose, distorsionándose. Mansilla eligió la segunda posibilidad –la de la imagen grotesca vista por un lector al que no siempre controlaba– pero no olvidó la primera: ser para sí o para los íntimos, no perderse. Si el rostro (o el texto) vuelto hacia el exterior, hacia el público amplio, resultaba grotesco, entonces había que exagerarlo: marcar fallas, magnificar éxitos, transformar vida y letra en una *calaverada*, agredir con la imagen. Pero si el rostro y el texto eran privados, dedicados a un solo lector, entonces –porque Mansilla nunca se quiso leer de veras a sí mismo– había que hacer de ese lector un yo plural, no distinto de las fotografías de Witcomb: lograr una protección básica tras el fantasma de la dispersión. Es lo que intenta Mansilla con el grupo de amigos y conocidos a quienes dedica sus *causeries*: establecer simpatías, mantenerlas a toda costa, multiplicar las posibilidades de un público familiar[2], fabricar una proyección simpática de sí. En una palabra, transformar al otro que podría juzgarlo en un doble amansado, poco amenazador. Si Mansilla es un *raro* (y así se lo ha visto) es en el fondo un raro de entrecasa, que se exhibe ante un lector domesticado: "Lector: echad una rápida ojeada a vuestro alrededor y veréis que exhibirse tiene sus ventajas" (*EN*, 442).

Rareza de Mansilla, necesidad de enmascararse. Una *causerie* recoge una impostura temprana, en París; durante una comida se lo encuentra "apetitoso" y el comentario general de las mujeres es: "Comme il doit être beau avec ses plumes". Ante lo cual reacciona el alabado:

> "Naturalmente, yo, al oír aquel *beau*, me pavoneaba, *je posais*, expresión que no se traduce bien; pero al mismo tiempo decía en mi interior: ¡Qué bárbaros son estos franceses!" (EN, 92).

Mansilla posa, gozando de la exhibición por equivocada que fuera. O acaso: gozando de la exhibición *porque* era equivocada. Declarará en otra *causerie*, como al descuido: "Todos perseguimos la sombra de algo, que no alcanzaremos jamás: pasar por lo que no somos" (*EN*, 199). Evoca Sartre el placer de Baudelaire cuando en Bélgica (país que despreciaba) se lo tomaba por homosexual: no lo era, acaso lo parecía. De algún modo hay un placer semejante en la impostura salvaje de Mansilla. El regocijo de ser tomado por otro: "en Roma, no una vez, sino varias, yendo en carruaje descubierto, me hicieron ovaciones, confundiéndome con el general *Cialdini*" (*EN*, 325). También el regocijo de negarse a sí mismo: "lo he mistificado, haciéndole creer que no soy yo, sino un francés" (Ibid.). Hay además en Mansilla el placer del chisme exagerado:

> "¿Pero saben ustedes lo que sostienen algunas personas: que creen que uso corsé y que me pinto con albayalde, para hacer, sin duda, resaltar más mi barba blanca, como Sarah Bernhardt se pintaba de colorado las orejas, para hacer resaltar más su palidez letal? " (*EN*, 509).

Imágenes múltiples, erradas, acaso borren la cara grotesca que vio Mansilla en el espejo el día en que aceptó escribir. Por lo menos parecen convencerlo de algo: "que no valía la pena de falsificarme a deshoras" (*En*, 509).

¿Cuál sería la hora para la falsificación de Mansilla? Se ha hablado a menudo de su dandismo y es cierto que, en el contexto del ochenta, es el artífice máximo de su persona: "soy el hombre de mi facha y de mi fecha" (*EN*, 607). Se diría que Mansilla adivina los *mots justes* del dandismo –pasar por lo que no somos, falsificarse a deshoras, mi facha y mi fecha– pero que a la vez no puede contenerse: la imagen escandalosa no queda libre. Ocurre con Mansilla, desembozadamente, lo que jamás ocurría con el *dandy* de Baudelaire, "fuego latente al que hay que adivinar que podría, pero que no quiere, irradiar". El yo de Mansilla, luego de postular la diferencia, la pose que lo aislaría, termina por buscar abiertamente la complicidad. Quiere saber, con excesivo empeño, el resultado de su efecto:

> "(. . .) y Miguel de los Santos Alvarez debió retirarse satisfecho del aplauso, que es tras de lo cual anda todo el mundo, desde el que gana batallas campales hasta el que gana batallas en la Bolsa, o hace libros como Chateaubriand, o pronuncia discursos como Berryer, o produce cualquier *efecto*, aunque más no sea de hacer retroceder la bola de billar.
>
> Pero está de Dios que, después de producido el efecto, y cuando nos reconcentramos dentro de nosotros mismos, nos preguntemos. ¿Y cómo ha andado todo eso? ¿no he dejado nada que desear? ¿he tomado al público de sorpresa? . . . ¿qué se debe imputar a la realidad, a lo artificial? . . . ¿quién ha estado más tonto, el público o yo? " (*EN*, 43).

La progresión del aplauso, tal como la presenta Mansilla en este fragmento, es notable; se pasa del acero al dinero, de una retórica a otra, hasta llegar a la mesa de billar: efecto sin duda calculado pero del que no está ausente el azar, la suerte que –según Mansilla– no abundó en su vida. En todo caso recoge y valora, en este fragmento, el juego bien hecho y en esa mímica del dandismo parece detenerse. No sabemos si tuvo esos momentos de reconcentración que anuncia; momentos que reforzarían, como en el *negativo* que ofrece Baudelaire en sus *Journaux intimes*, la actitud del *dandy*. Lo que subsiste sobre todo en el texto de Mansilla es la actitud efectista[3], no la seguridad del yo que existe tras la careta. "El hombre –anota en una *causerie*– está en lo exterior" (*EN*, 368). La máscara cubre el rostro, casi como cubrían la cara de Agustina Rosas, según cuenta su hijo, las caretas que usaba para protegerse del sol. El actor es puro efecto, pura superficie; pero de algún modo no se basta a sí mismo.

El adjetivo *manco* aparece a menudo en el texto de Mansilla como signo de ineficacia: el autor no logra describir, no logra tocar a su lector. El lugar común –la inepcia de la convocación por la letra– cobra sentido literal en más de una *causerie*; Mansilla, sabiendo que cuenta con un "pincel de artista manco", se queja de impotencia ante Benjamín Posse:

"No viéndonos las caras, en este momento, faltan la voz, el gesto y la acción, eso que el orador antiguo llamaba *quasi sermo corporis*" (*EN*, 87).

En este pedido, o en esta añoranza se ve sin duda la diferencia entre el discurso de Mansilla y el del *dandy*. El discurso del *dandy* es intransigente, es un discurso de veras manco que rechaza todo contacto; en sus textos, en cambio, Mansilla necesita tocar con la vehemencia de quien busca complacer a todo precio.

Se ha señalado que Mansilla es, junto con Sarmiento, "tal vez el hombre que ha hablado más de sí mismo en nuestro país".[4] La declaración, sin duda cierta, no nos dice sin embargo hasta qué punto fue Mansilla, de veras, un escritor autobiográfico. Si por autobiografía entendemos un texto retrospectivo cuyo propósito es narrar la propia existencia, valorizando la vida individual del autor-narrador-protagonista, un texto eminentemente referencial, basado en un contrato –lo que te cuento, lector, ocurrió en realidad y yo constituyo su centro–, entonces la mayoría de los escritos de Mansilla son autobiográficos de una manera muy particular. No intentan recoger coherentemente a un yo, narrar su historia, establecerlo. Al contrario: se diría que Mansilla se empeña en fragmentar a

ese yo que habría de ser hilo conductor (como fragmenta, por otra parte, cuanto toca al escribir), diseminándolo por el texto. Es significativo que su único intento autobiográfico, reconocido por él mismo como tal, haya sido un libro tardío e incompleto. Anunciado sin cesar en las *causeries*, con coquetería y provocación, como libro que por fin diría lo que no se dice en los fragmentos, por fin resultó otro fragmento: *Mis memorias*, que Mansilla publica a los setenta y tres años, cubre tan sólo los primeros diecisiete años de su vida. El resto, la vida del Mansilla adulto, hay que buscarlo en el mosaico previo de las *causeries*, en el perpetuo borrador.

El texto de *Mis memorias* aparece cargado de propósitos. "Una pretensión, modesta pretensión" respalda las evocaciones de Mansilla: "ayudar a que no perezca del todo la tradición nacional" (*MM*, 65). La frase abre, prácticamente, *Mis memorias*; la completa un párrafo de la última página del libro:

"He querido escribir la vida de un niño, comentando lo indispensable, tratando de ser lo menos difuso posible al perfilar situaciones de familia, sociales, personales, a fin de no fatigar la atención del lector; esforzándome por último en vivificar el gran cuadro pintoresco, animado, siempre interesante, del país que fue en otra edad, la Patria amada; que me ha hecho lo que soy; todo lo cual debe servirme de índice y guía, de canevás o triangulación para un trabajo futuro" (*MM*. 257).

Mis memorias quiere ser demasiadas cosas: documento de la vida de un niño, perfil de la sociedad porteña entre los años treinta y cincuenta, testimonio para que no perezca la tradición nacional. Además se presenta como ejercicio preparatorio para un trabajo futuro, con lo cual parecería reconocerse su carácter provisorio, una vez más de borrador: hasta en sus memorias consigue Mansilla el efecto de lo pasajero y de lo no armado, o más bien, de lo por armar. En realidad, más que texto autobiográfico, *Mis memorias* es una serie de crónicas alrededor de un yo que se disimula. Prevalece la evocación no de una vida sino de un ambiente perdido, el Buenos Aires "que fue en otra edad". La gran aldea que para Mansilla, en 1904, ya resultaba laberinto y "*maremágnum*" (*MM*, 192), sigue siendo de lejos y en el recuerdo una gran casa donde se pasa de calle en calle, de cuarto en cuarto, como se pasaba del "costurero" de Agustina Rosas a su comedor. Se siente por sobre todo en Mansilla la necesidad de familiarizar una ciudad que se le ha escapado de las manos: un Buenos Aires cuyos cambios ya han sido registrados con acritud, con curiosidad, con humor, por López, Cambaceres y Martel, una ciudad que ya otro está a punto de llamar "Metrópoli reina" y (perdonemos a Darío su entusiasmo exagerado)

"Basilca del Sur". El Buenos Aires de *Mis memorias* no es escenario, fondo contra el cual el yo autobiográfico detalla sus actos; más bien reemplaza a ese yo, por metonimia, alude a la textura de ese yo como Palermo aludirá más tarde, de manera más precisa, al Carriego que evoca Borges. El yo de Mansilla, en este libro, aparece sin cesar perfilado por una ciudad y por sus sombras: "vivificar el gran cuadro pintoresco" es un ejercicio de recuperación personal y a la vez una necromancia.

La memoria de Mansilla es prolija; más de una vez se jacta de ella en sus escritos. Esa memoria que le permite recrear un Buenos Aires muerto y complacerse en sus últimos detalles no apuntala, sin embargo, la relación que anuncia el autor al comienzo del libro: "La vida de un niño, comentando lo indispensable". Porque ese niño –o lo indispensable de ese niño– ¿dónde está? Pocos textos que se quieren autobiográficos coartan, como *Mis memorias*, esa manera privilegiada del género que es la confidencia. No busquemos aquí un fluir de recuerdos que tienen por centro al niño, como en *Aguas abajo* de Eduardo Wilde, no busquemos esos momentos, condensados por la escritura, que de pronto restituyen la riqueza de la mirada infantil. La mayoría de los recuerdos del Mansilla niño –los que tocan directamente a su persona, no ya los que evocan el Buenos Aires que fue– surgen ligados al acontecer histórico, imbricados en él. Por ejemplo, el miedo de Lucio Victorio y de Eduardita cuando se los amenazaba, de noche, con la visita de Lavalle; o los unitarios degollados –"algunos salvajes", declara imperturbable el cochero– que ven los dos hermanos en un paseo (*MM*, 227). Hasta la imagen del Lucio *canguiña*, del chico miedoso –imagen en la que Mansilla insiste en sus escritos, sin profundizar–, aparece conectada con la historia:

"Los muchachos que pegan sólo respetan al que devuelve el golpe. A mí me pegaban y en lugar de pegar lloraba. Me dolía. Era el ridículo. De nada me servía ser sobrino de Rozas" (*MM*, 216).

La experiencia infantil –la "visión casi luminosa" (*MM*, 118) como la llama Mansilla– resulta traducida, situada; registrada, sí, pero apenas revivida.

Hay un fragmento notable en *Mis memorias* donde Mansilla recuerda una experiencia infantil. Cito el comienzo:

"Mi memoria es feliz, muy feliz, particularmente en lo que a la primera edad se refiere, tan feliz que recuerdo, ahora, en este mismísimo instante ni más ni menos que si de algo de ayer se tratara, que cuando tenía apenas cuatro años mi tía Encarnación Ezcurra de Rozas me llevó a la estancia del Pino.

En una cama muy ancha entre ella y mi tío Juan Manuel dormía yo el sueño de la inocencia (¡que no dure más!).

Una noche sentí que me sacaban del medio. . ." (*MM*, 118).

Mansilla recalca la importancia de este recuerdo; es aquí, al referirse a la percepción infantil de este episodio básico, donde emplea la expresión "visión casi luminosa". Para el lector, lo que llama la atención en la escena primitiva es su carácter particularmente complicado: los intérpretes que excluyen al niño no son sus padres sino sus tíos; el poder del padre-tío es intensificado, en la persona de Rosas, por el poder del caudillo; por fin esa figura de poder es figura central en la vida de su hermana –que llama a Rosas "tatita" (*MM*, 126)–, como lo es Agustina Rosas en la vida de su hijo. Pero Mansilla, luego de haber señalado sin ambages la importancia de la escena en su recuerdo –prueba de su "memoria feliz"–, suprime la reacción del niño como suprime el comentario directo. Diluye, prácticamente anula la "visión casi luminosa"; no con un mero corte sino con una difusa explicación científica sobre la "retroactividad mnemónica" mechada de comentarios sueltos. El papel del niño queda reducido:

"Un niño piensa en pocas cosas.

La evocación de sus emociones diversas, sensaciones: lo que vio, lo que oyó, lo que repitió: es por eso una operación mental sencilla, cuando nos hacemos hombres" (*MM*, 118).

Termina por fin esta exaltación del recuerdo con una nota nimia, de nuevo reductora; Mansilla pasa a celebrar su memoria "topográfica" y de algún modo quedan equiparados la "visión casi luminosa" y los detalles ínfimos.

El lector de *Mis memorias*, ayudado por la lectura de varias *causeries* –"Estoy chocho con mi madre" (*EN*, 668)–, no dejará pasar en este libro la figura de Agustina Rosas: su imagen, de manera sutil, domina en esa casa y en estos recuerdos. A pesar de que consigna Mansilla (*MM*, 125) la preferencia de su madre por su hijo menor, Carlitos –y la preferencia de su padre por su hija Eduarda; queda Mansilla desamparado–[5], hay por parte del memorialista una obvia necesidad de acercarse a esa Agustina Rosas, "muy amuchachada cuando se casó con mi padre" (*MM*, 114). Tenía en efecto quince años cuando nació Lucio Victorio, su primogénito, y aún deseos de jugar. Le roba al hijo sus muñecas –son dos niños– hasta que el marido la descubre:

"(. . .) descubrió que mis lágrimas y sollozos provenían de que la autora de mis días me quitaba mis muñecas y mis juguetes para ella entretenerse" (*MM*, 114).

Si al evocar al padre y a la madre el detalle en *Mis memorias* es en principio equitativo, la preferencia de Mansilla por la figura materna es clara. Estampa una imagen física del padre (*MM*, 121), no logra hacerlo con la madre a quien describe con clisés: bella, hermosa mujer, una diosa (*MM*, 124). Pero acto seguido declara que se parece sobre todo a ella, y en una *causerie* se presenta como "idéntico a mi madre" (*EN*, 668). Recoge en *Mis memorias* un recuerdo que completa el incidente de las muñecas, en el que aparece como réplica y a la vez juguete de la madre:

"En la adolescencia tanto me parecía a mi madre, que en la tertulia de Manuelita Rozas (. . .) solían ponerme un pañuelo en la cabeza a guisa de cofia, exclamando todos y todas: ¡Agustinita! , lo cual me daba mucha rabia, aunque las mujeres me comieran a besos (. . .)" (*MM*, 127).

Hay algo en esta estrechez entre madre e hijo convocada por el recuerdo, en esta identificación con la madre obrada por el hijo, que hace pensar, inesperadamente, en Sarmiento: en el Sarmiento que, además de lamentar la muerte de la higuera y los cambios en la casa, se reserva –agresivamente, contra sus hermanas que siguen tejiendo– la lanzadera de su madre. Hay en Sarmiento como en Mansilla, fijada en la figura materna que aparece como un otro yo, la necesidad de aferrarse a un pasado. "Ya estoy con ganas de volver a mi casa para quedarme en ella un buen rato hablando de la vida que hacíamos" (*MM*, 195), escribe Mansilla en la excursión familiar que son sus memorias. Esa casa es el "Presidio viejo", casa de su madre y antes casa de la madre de su madre; por sobre todo coto materno donde se lo reconoce sin que necesite probarse: "a ustedes no les sorprenderá que les diga que en casa de mi madre tengo mucha confianza; que entro, salgo, voy y vengo, sin que mis movimientos la perturben ni llamen la atención" (*EN*, 670).

Mis memorias son la visión de un hombre entrado en años que quiere volver a casa y ya no puede. La nostalgia del anciano acusa, retrospectivamente, un hecho innegable. Mansilla nunca tuvo de veras casa propia. Quiero decir: Mansilla nunca fundó, por sí mismo, un lugar. Ni su actividad política, ni su actividad literaria le permitieron asentarse: las dos adolecían de irritación y de impaciencia, eran ejercicios a flor de piel. En una misma *causerie*, "Nitschewo" –que significa *no importa* o *¿qué importa?*– aparecen dos declaraciones complementarias:

"Un hombre escribiendo, casi sin rumbo, es como un caminante, que no sabe precisamente adónde va; pero que a alguna parte ha de llegar" (*EN*, 293).

Y más abajo:

"Un hombre que piensa seis meses seguidos del mismo modo, en cuestiones temporales, está seguro de equivocarse (. . .)" (*EN*, 295).

Mansilla dedicó a la escritura y a la política sin rumbo el exceso –la imagen grotesca vista en el espejo– para no afirmarse. O acaso: porque no podía afirmarse. *Entre-nos* es, en ese sentido, un texto ejemplar. El carácter periodístico de las notas explica sin duda la repetición, la exageración, la frase que se niega a sí misma –de *causerie* en *causerie*–, la falta de continuidad. No basta, sin embargo, para dar cuenta de la enunciación exacerbada que se observa (que se toca, podría decir Mansilla), ya no en el conjunto sino línea por línea. Cada una de las *causeries* es un ejercicio teatral: el cronista vuelto espectáculo. Pero lo que surge de este espectáculo –más allá del fragmentarismo superficial en el que se ha visto a menudo una cifra de los prosistas del ochenta– es un derrumbe, una falta de composición básica de la voz que enuncia, un notable desencuentro. (No me encuentro –parecen decir las *causeries*– pero mírenme mientras no me encuentro y tendré la ilusión de haberme encontrado.) Lo que se dice en *Entre-nos* se eclipsa ante la parodia del contacto: contacto entre autor y público (complicado por las permanentes dedicatorias y contradedicatorias dentro de una misma *causerie*), encuentro del autor consigo (el "careo espiritual" (*EN*, 490) que se resuelve en "coloquios divinos" entre dos máscaras), y por fin comercio –con el otro, con sí mismo– a través de la figura de un secretario que es imagen especular de Mansilla: "mi secretario y yo, somos. . . *nosotros*" (*EN*, 333). O como se lee en otra *causerie*: " ¡O no faltaba otra cosa, que mi secretario, que es mi *alter ego*, no me elogiara! " (*EN*, 317). La importancia que adjudica Mansilla a este doble y amanuense (hubo más de uno en su vida) parecería confirmar, pese a sus protestas, su "fondo *simiesco*" (*EN*, 664). El yo asentado, asumido, es sustituido por un *alter ego* que registra el espectáculo con admiración y lo aplaude.

El yo de Mansilla se sabe, en algún plano, perdedor. Los chistes de las *causeries* revelan, pese a su tono ligero, la cara del fracasado: "por qué es que cuando ustedes y yo, en el mismo día y a la misma

hora, compramos un billete de lotería, yo me quedo mirando con ganas y ustedes se sacan la grande" (*EN*, 305). O bien, en una *causerie* dedicada a Groussac:

> "Y ¿cómo es entonces que no me ha ido mejor?
> ¿Qué me falta? , ¿qué me sobra? " (*EN*, 444)

El coqueteo simple del que juega a ser perdedor, para no creerse del todo perdido apenas disimula la insatisfacción. Escribe Prieto con razón, al comentar esta falta de suerte de Mansilla que atribuye a su conexión estrecha, íntima, con el pasado rosista (que es, de paso, el mundo de su infancia):

> "Los antecedentes familiares y la actitud personal de Mansilla frente al pasado rosista, taponaron sus posibilidades de integrar la *élite* dirigente del país. Postergaciones irritantes, silencios cómplices, palabras insidiosas, debieron crear en Mansilla la ilusión de un mundo confabulado. Mansilla era naturalmente propenso a aceptar los dictados de su fantasía y a extraer de ella el antídoto para sus mismos excesos. Frente a la imagen del mundo hostil anteponía la silueta de un yo magníficamente dotado y ansioso de atención, de aplauso, de consideraciones."[6]

Si Mansilla se labró un yo de fantasía ese yo nunca fue sino de los otros: construido para la aprobación ajena, para que se lo integrara. Las reacciones quisquillosas ante la crítica, registradas en sus escritos, muestran una susceptibilidad sorprendente para quien hacía alarde de *dandy*: no hay comentario desfavorable que no lo toque, que por fin no lo hiera.[7] A pesar de sus desafíos fáciles es un yo que, por falta de seguridad, resulta sobre todo dependiente.

Un solo texto de Mansilla borra, hasta cierto punto, las huellas de este coqueteo: *Una excursión a los indios ranqueles.* Es un libro donde el yo no aparece como hijo de sus antepasados (como en *Mis memorias*) ni como cortesano de sus lectores (como en *Entre-nos*). El yo de la *Excursión* aparece, fugazmente, como hijo de sus propias obras; prescinde del pasado y de la aprobación inmediata: se pinta a sí mismo. El texto monta un espectáculo –que es, por excelencia, un espectáculo de *ficción*– en el que el yo es, sin que se lo controle, el protagonista. (Cabe preguntarse qué habría hecho Mansilla con el texto que prometía y que nunca escribió: otro texto de acción, el relato de la guerra del Paraguay. Acaso no lo haya escrito porque en él no se hubiera podido inventar como en la *Excursión*; no se trataba de una aventura independiente.)

Una excursión a los indios ranqueles, en su engañosa linealidad interrumpida, cada tanto, por digresiones amables, da, como no la

dan los otros textos de Mansilla, una imagen rotunda de un yo autoritario, en más de un sentido del término. Autoritario porque se inventa, sin cesar, a sí mismo; autoritario además porque maneja –en el nivel de los hechos– un poder que él mismo se ha atribuido. La excursión –*invento* de Mansilla– es presentada como mucho más (y acaso mucho menos) de lo que fue. Dura apenas se recordará dieciocho días. La justifica el autor, en las primeras páginas del libro, por:

> "el deseo de ver con mis propios ojos ese mundo, que llaman Tierra Adentro, para estudiar sus usos y costumbres, sus necesidades, sus ideas, su religión, su lengua, e inspeccionar yo mismo el terreno por donde alguna vez quizás tendrán que marchar las fuerzas que están bajo mis órdenes" (*IR*, I, 21).

Estudiar en dieciocho días usos, costumbres, ideas, religión y lengua del otro es tarea ardua si no irrealizable; más factible habría sido "inspeccionar yo mismo el terreno por donde alguna vez quizás tendrán que marchar las fuerzas que están bajo mis órdenes". Se observan en las primeras páginas del libro los dos *tics* que caracterizan a Mansilla. La magnificación: la excursión de dieciocho días habría sido un estudio a la vez antropológico y estratégico. Y la trivialización: la excursión cumple con un desafío: "comer primero que tú (Santiago Arcos) en Nagüel Mapo una tortilla de huevos de avestruz" (*IR*, I, 21). Pero hay algo más.

Más de un texto donde se exalta, donde se construye al yo, surge de una afrenta. Basta recordar, en un contexto hispanoamericano, la carta de sor Juana al obispo de Puebla o *Mi defensa* de Sarmiento: "Yo me debo a mí mismo estos cuidados". Tanto en el caso de sor Juana como en el de Sarmiento la respuesta al ataque es un texto. En el caso de Mansilla, la primera reacción parece haber sido el gesto: asumir y cambiar de signo la situación misma –fabricarla y fabricarse–, luego contarla. No hay escrito de Mansilla que registre plenamente su desengaño con Sarmiento: lo que habrá sentido cuando el ministerio que fantaseaba se transforma en un oscuro cargo de comandante de fronteras. La medida de ese desengaño se da, transpuesta, en el desquite que es la *Excursión*: por medio de la fabricación independiente de una *figura* en terreno pobre pero propio; por medio de la narrativización de un yo que dosifica referencias que sólo él conoce.

Una excursión a los indios ranqueles podría verse, en un sentido, como un pasaje ritual, en el que se desafía a una autoridad –Sarmiento, "el gobierno"– para probarse. Es evidente que Mansilla se siente investido de una responsabilidad política, que sus gestos y

sus palabras no pierden jamás de vista el efecto que provocarán en Buenos Aires:

"Sobre todos los pensamientos el que más me dominaba era este: probarles a los indios, con un acto de arrojo, que los cristianos somos más audaces que ellos y más confiados cuando hemos empeñado nuestro honor" (*IR*, I, 35).

Pero acaso el aspecto más interesante del libro, en lo que se refiere a la composición y a la afirmación del yo, sea el empeño con que Mansilla aprovecha (crea, casi) a un público nuevo ante el cual se prueba y se luce. Su *estilo* habitual, en más de un sentido, no funciona en la guarnición de Córdoba; la acumulación de hazañas previas ("algo para que se me respetara y nos respetaran") no convence: "no bastaba para tener prestigio; y ni mi estilo y ni el estilo del núcleo en que yo me apoyaba era el que por entonces gustaba" (*EN*, 124). Si la calaverada militar es de veras "un acto de arrojo" (Mansilla exagera su coraje como sus miedos), es también la oportunidad de cambiar de estilo y de actuar *originalmente* ante un público virgen: el indio. Un público, hay que añadir, con el que Mansilla no mantenía lazo alguno, salvo el de la mutua desconfianza. También –significativamente– un público al que Mansilla no vaciló en calificar de "chusma hedionda" (*IR*, I, 255).

Las referencias al teatro, a la simulación, son frecuentes en *Una excursión a los indios ranqueles* como en todo escrito de Mansilla. Comediante como lo fue siempre, no deja de contar con el provecho del efecto. Lo prueban los muchos gestos que practica ante los indios; el regalo de la capa colorada al cacique Epumer, del puñal a Mariano Rosas (*IR*, I, 215), la comida *sans façon*:

"Yo ya estaba en mi centro.
Comí *sans façon*.
Tomaba las posturas que me cuadraban mejor, y calculando que lo que iba a hacer produciría buen efecto en el dueño de la casa y en los convidados me quité las botas y las medias, saqué el puñal que llevaba a la cintura y me puse a cortar las uñas de los pies, ni más ni menos que si hubiera estado solo en mi cuarto, haciendo la policía matutina.
Mi compadre y los convidados estaban encantados. Aquel coronel cristiano parecía un indio. ¿Qué más podían ellos desear? Yo iba a ellos. Me les asimilaba. Era la conquista de la barbarie sobre la civilización.
(...) Cuando acabé la operación de cortarme las uñas de los pies, me limpié las dos manos, y para completar la comedia me escarbé los dientes con el puñal.
Trajeron el asado, agua y trapos. En lugar de hacer uso del cuchillo de la casa hice uso del mío" (*IR*, II, 62).

Con estos gestos Mansilla procura estar "en carácter" (*IR*, I, 137), "*hacerme interesante*" (*IR*, II, 64). Pero el hacerse interesante no basta ante este público que, si bien aplaude, pide evidentemente algo más que el gesto individual. El yo de Mansilla de pronto se desdobla: al histrión se añade el observador que escucha y comenta la respuesta del otro, el espectáculo del otro, como no volverá a hacerlo.[8] Mansilla llega a sentir, con una intensidad que rara vez se nota en las *mises-en-scène* que sólo lo conciernen, la violencia del contacto entre dos mundos, el mundo del yo y el mundo del que no es yo, con quien ningún *entre-nos* resulta posible. La intuición de esa alteridad se da torpemente pero no deja de estar ahí, en los vaivenes de Mansilla ante los indios (que son ya "chusma hedionda", ya sus semejantes), en los largos discursos retóricos en que defiende y no defiende al gobierno ante los argumentos implacables de Mariano Rosas. Hay en la *Excursión* un episodio que cifra notablemente el encuentro de esos dos mundos, como revelación, y por una vez el autor no se atribuye (del todo) en él un papel principal. El hombre "medianamente civilizado" (*IR*, I, 25) que es Mansilla tiene en sus brazos a su ahijada, la hija de Mariano Rosas, a punto de ser bautizada. Comprueba que tiene traje de brocato y "a falta de zapatos (...) botitas de potro, de cuero de gato". Añade, seguro de sí, que "la civilización y la barbarie se estaban dando la mano" (*IR*, II, 184), pero la evidencia del traje civilizado –lo suyo, de algún modo: lo que contribuye a asentar su persona– no deja de perturbarlo a lo largo de la ceremonia: "Distraído, no veía sino el vestido, no pensaba sino en el contraste que formaban con él las botas" (Ibíd.). Cuando se le dice que el traje es el vestido de la Virgen de la Villa de la Paz, trofeo que coronó una invasión de los indios, no se escandaliza ante el sacrilegio; sí siente "una impresión fenomenal" y se conmueve "de una manera diabólica" (Ibíd.). Esta experiencia en la que se combinan tantos elementos –la existencia de un mundo que sobrepasa al yo; la *conversión* de los valores del yo; por fin la imagen incongruente, grotesca, de la niña disfrazada que apadrina el coronel muy lindo y muy toro– tiñó el recuerdo de Mansilla. El vestido y las botas de la ahijada María "me hacen todavía el efecto de un *cauchemar*" (*IR*, II, 185). Pero al mismo tiempo Mansilla declara no poder ver a una Virgen sin "el retrato de mi ahijada como cristalizado en mi cerebro" (Ibíd.).

Textura del yo de Mansilla, de la abrumadora persona que domina a su interlocutor y a la vez se desarma ante sus ojos. Es tarea inútil intentar recomponer a un yo que por fin no quiere componerse: que prefiere –no como un *dandy* sino como un adolescente– mantenerse en la indecisión. Pero también es difícil

leer a Mansilla prescindiendo de esa primera persona que, tanto en sus disimulos como en sus epifanías, opera como perpetua pantalla. El texto de Mansilla, más allá del contexto de la generación del ochenta, llama la atención sobre dos verdades, equivalentes, que perturban todo texto en primera persona. Que el yo no existe; que el yo, sin embargo, *cuenta*, en los dos sentidos del término. Mansilla perpetuo elusivo, se permitió no elegir: planteó problemas.

NOTAS

1 Cito por las siguientes ediciones de los textos de Mansilla: *Entre-nos, Causeries del jueves,* Hachette, Buenos Aires, 1963; *Mis memorias*, Hachette, Buenos Aires, 1955; *Retratos y recuerdos,* El Ateneo, Buenos Aires, 1927; *Una excursión a los indios ranqueles*, Eudeba, Buenos Aires, 1966. Abrevio respectivamente *EN, MM, RR* e *IR*.

2 Así por ejemplo, dentro de una misma *causerie*, la multiplicación de los destinatarios: "Santiago amigo, que es a quien me dirijo –aunque esta charla esté dedicada a Cuyar, y sea con el público" (*EN*, 532). Se trata de dos amigos íntimos, Santiago Arcos y Miguel Cuyar; no es este el único caso de la dedicatoria múltiple.

3 De mí no puede decirse –escribe Mansilla– lo que dice Anatole France de Baudelaire: que afectaba en su persona una especie de dandismo satánico; que se complacía y se enorgullecía en parecer odioso" (*EN*, 392). Recuerda efectos –menores– de esa leyenda odiosa: que Baudelaire se jactaba de comer sesos de recién nacido. Olvida su propio gesto caricatural: la jactancia de haberse comido las orejas del vigilante que le negó la vereda y a quien azotó (*EN*, 51). Pero tiene razón Mansilla, aunque no lo sepa del todo: nada lo acerca al *dandy* Baudelaire.

4 Adolfo Prieto, *La literatura autobiográfica argentina*, Imprenta de la Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, s. f., pág. 125.

5 El hermano segundo de Mansilla, Lucio Norberto, "que se me parecía como si fuéramos gemelos" (*MM*, 125), se suicida muy joven. Lo poquísimo que consigna Mansilla sobre él indica una compartida atracción por el gesto rebelde y cierto aislamiento cómplice ante las preferencias de los padres (Ibíd.).

6 Adolfo Prieto, op. cit., pág. 144.

7 Basta ver, como ejemplo extremo, la irritación con que reacciona Mansilla ante un retrato en el que se siente aludido (*RR*, 186-213). Una frase justa, entre muchas, del texto de "Lavinio", el retratista: "Era un metamórfico, con multiplicidades de esas que requieren el recurso de la fotografía instantánea para la fijeza del retrato" (*RR*, 205).

8 Mansilla se enfrenta al gesto, y a la pose necesaria del otro. Le dice Mariano Rosas: "Yo no he querido aceptar su ofrecimiento de hacerme una casa de ladrillo, no porque desconozca que es mejor vivir bajo un techo que como vivo, sino porque, ¿qué dirían los que no tuviesen las mismas comodidades que yo? Que yo no vivía como vivió mi padre, que me había hecho hombre delicado, que soy un flojo". Añade Mansilla: "Era excusado refutar estas razones; me limitaba a escuchar con atención y con manifiesto interés" (*IR*, I, 295).

LA MENTALIDAD EVOLUCIONISTA: UNA IDEOLOGIA DEL PROGRESO

Marcelo Montserrat

No es propósito de este ensayo ofrecer al lector una vasta galería de ideas, hechos, instituciones o procesos científicos, cuya crónica más o menos minuciosa puede hallar cómodamente en otros lugares.[1]

De lo que aquí se trata es de seguir el rastro de un cuerpo de ideas científicas que hizo su eclosión en el ochenta, de asistir al nacimiento y desarrollo de una mentalidad evolucionista en el seno de una élite intelectual y política, dentro del marco genérico de una ideología superior, la del Progreso.

Los primeros síntomas

Si bien es cierto que la recepción del ideario específicamente darwinista –ya que el evolucionismo tuvo también entre nosotros una fuerte impronta spenceriana– cobrará altura polémica en la década 1870-1880, conviene retroceder unos años para registrar algunos antecedentes sugestivos.

En 1862 aparece en Buenos Aires *El génesis de nuestra raza,* violento opúsculo de José Manuel Estrada –a la sazón, un joven de veinte años– dirigido contra Gustavo Minelli y publicado inicialmente en las páginas de *La Tribuna.*[2] Una lectura detenida del farragoso texto permite colegir que Darwin no ha penetrado aún en el ambiente intelectual porteño, fenómeno harto explicable a sólo tres años de la aparición de *The Origin of Species.*

Uno de los primeros lectores que el libro tuvo en nuestro país fue, sin duda, un atribulado joven casi coetáneo de Estrada, William Henry Hudson. En la finca *Los Veinticinco Ombúes* del viejo partido de Quilmes, donde los Hudson se asentaron en 1833 y a la que debieron regresar en 1856 tras su fracaso económico en Chascomús, William Henry abandona la lectura del *Decline and Fall*

de Gibbon para concentrarse en un ejemplar de la obra de Darwin que su hermano Daniel le ha traído de Inglaterra. El mismo Hudson ha dejado debida nota de sus impresiones: "A pesar de mi resolución de olvidarme de Darwin, mi mente o subconciencia –igual que un perro que con un hueso en la boca desobedece a su amo cuando éste le ordena soltarlo– seguía revolviendo el asunto. . . ¿Qué otra explicación era posible sino la comunidad de origen? Parecía increíble que no se hubiera notado, aun antes de que se descubriera que el mundo era esférico y pertenecía a un sistema planetario que giraba alrededor del sol. . . Todo este conocimiento sideral carecía de importancia comparado con el de nuestro parentesco con las infinitas formas de vida que comparten la tierra con nosotros. ¡Y sin embargo, no fue hasta la segunda mitad del siglo XIX cuando la gran, casi evidente verdad, se abrió paso en el mundo! En forma insensible e inevitable, me había convertido en evolucionista, aunque nunca del todo satisfecho con la selección natural, como la única y suficiente explicación de los cambios en las formas de vida. Y otra vez, insensiblemente, la nueva doctrina me condujo a modificaciones de las antiguas ideas religiosas y, eventualmente, a una nueva y simplificada filosofía de la vida. Bastante buena en lo que se refiere a esta existencia, pero que, desgraciadamente, no toma en cuenta la otra, la perdurable".[3]

Pero más allá de las vicisitudes espirituales de Hudson, en las que parece resonar el eco de algunas del mismo Darwin, volvamos a Estrada. Su tonitronante alegato se dirige contra dos juicios de Minelli: la negación de la unidad de la raza humana y la puesta en duda de la creación directa del hombre por Dios, reduciéndose para Estrada "a una cuestión de ciencia el primero; a una cuestión filosófica, racional y dogmática, el segundo".[4]

Resulta interesante indagar, tras los argumentos monogenistas y creacionistas, las fuentes que se citan en apoyo y los adversarios contra los que Estrada combate, para datar con alguna precisión el estado de la polémica cuestión en el ámbito cultural porteño. El nombre de Darwin no aparece aún, pero sí, en cambio, lo hacen las tesis catastrofistas de Cuvier y los esfuerzos concordistas del *"geologismo bíblico"*. El joven Estrada se exalta fervorosamente en pro de las teorías diluvianistas y se despacha contra la geología uniformista cuando escribe: "Contra tales argumentos se ha dicho, que estos fenómenos son ocasionados por causas actualmente existentes, y todo lo que demanda una acción convulsiva se refiere a los terremotos que continuamente se observan. Opinión es esta que los sabios han rechazado unánimemente, y que sólo la escuela de Hutton y Lyell han sostenido en Inglaterra, donde tanto se ha

tratado esta ciencia".[5] Estrada reconoce en las proposiciones de Minelli el rastro para él ominoso de Lamarck, cuando pregunta furibundamente: "¿Creéis en las razas progresivas, creéis en el hombre pre-adámico? . . . Entonces no creéis en el alma; creéis en un bruto mortal y sin destino; en un ser sin conciencia del yo individual, sin la noción de justicia absoluta, creéis en Virey y en Lamarck, creéis en Proudhon y en Lucrecio, pero no creéis en Dios. Sois ateo".[6] El áspero talante de Estrada –seguramente alimentado por alguna obra del cardenal Wiseman, a quien expresamente menciona– se combina así con su pugnaz denuncia del ateísmo materialista, que parece alcanzar su apogeo subversivo en la referencia a Proudhon.

La intensidad de la polémica transformista se advierte en el párrafo dedicado a "vosotros los que queréis hacer al hombre un descendiente de una marsopla que se parte la cola, o de un mono acatarrado, que alarga la nariz".[7] Entre tediosas digresiones sobre el lenguaje humano en las que aparecen Humboldt, Schlegel, Herder y la *Naturalphilosophie* en pleno, menciones de hallazgos geológicos de Buckland a los que se atribuye un significado que no poseen y alusiones a una creación universal "que está girando en armonía invariable y solemne regularidad hace seis mil años"[8], el panfleto anticipa la violencia de las réplicas positivistas de una década después, que realimentarán el combativo espíritu de Estrada. Precisamente en una conferencia pronunciada en el Club Católico en agosto de 1880, y que examinaremos a su turno, el tribuno volverá a la carga contra el transformismo, ya por entonces netamente darwinista.

También en el ámbito científico institucional comenzaban a expresarse las inquietudes. Juan Ramorino, profesor del Departamento de Ciencias Exactas de la Universidad de Buenos Aires, expone al rector José María Gutiérrez sus opiniones, con motivo de la presentación del nuevo programa de Historia Natural para el curso de Estudios Preparatorios. Escribe el itálico Ramorino que "la tercera parte (del programa) se ocupa de la Botánica haciendo preceder al estudio de los solos vegetales algunas consideraciones sobre los cuerpos orgánicos en general y sobre algunas cuestiones, como las de la generación espontánea, de la transformación de las especies y de la circulación de la materia, que forman actualmente el objeto de las más vivas discusiones. . . no siendo ellas todavía resueltas de un modo absoluto".[9] Ya habían transcurrido diez años de la publicación de *The Origin. . .* y comenzaban a percibirse en la Argentina el eco de las polémicas europeas.

Pero ya en 1870 existía un vigoroso paladín del antidarwinismo

en la Gran Aldea. Era nada menos que don Carlos Germán Conrado Burmeister, director desde 1862 del Museo Público porteño, por invitación de Mitre y sugestión de Sarmiento.

El sabio prusiano –especie de confinado científico en el edificio de las calles Alsina y Perú, en un ángulo de la "manzana de las luces"– había adquirido una singular notoriedad al publicar en 1843 su *Historia de la Creación*, anterior al *Kosmos* humboldtiano y difundida rápidamente en Europa. Burmeister fue actualizando su obra a lo largo de numerosas ediciones, dotándola de precisiones que la mantuviesen al día; es precisamente en una de ellas donde demuestra su olímpico desdén antidarwinista que sólo modificaría en 1889, a los 84 años de edad y poco antes de su muerte.[10]

En la edición francesa de 1870, hecha a partir de la octava alemana, puede advertirse el tenor de sus punzantes críticas. La *Historia* comienza con una decidida adhesión a los principios del vulcanismo como hipótesis explicativa de todas las transformaciones esenciales del globo, admitiendo sólo muy residualmente a la posición neptunista. Vale la pena contrastar el entusiasmo con que acepta al vulcanismo frente a la oposición hermética que articula ante el transformismo de cualquier índole. Del vulcanismo escribe que "si hubo alguna vez una hipótesis incapaz de ser demostrada empíricamente por el testimonio de los ojos, pero apoyada en hechos que parecen darle gran fuerza, fue la hipótesis vulcaniana... Todos los fenómenos de la superficie de la tierra militan en su favor y la confirman de manera admirable...". Del darwinismo afirma, por el contrario, que "estas dos opiniones (la de las creaciones periódicas y la transformista) son, a mi entender, tan aceptables una como la otra; pues ni una ni otra pueden traer en su apoyo ningún hecho positivo tomado de los tiempos históricos. Tienen pues sólo un valor dogmático o hipotético. Recientemente, la última hipótesis ha sido retomada con grandes desarrollos por Darwin, y su tentativa ha sido acogida en muchos puntos con numerosos aplausos. Con todo, debemos confesar que no podemos otorgar una fuerza demostrativa a los argumentos de Darwin y sus partidarios, y que sería mejor dejar de lado esta cuestión como inaccesible a la experiencia... Me parece pues inútil para la ciencia empírica, imaginar concepciones hipotéticas sobre este problema y perderse en controversias sin salida posible en cuanto a su probabilidad".[11]

Frente a tan distinta valoración de las dos formulaciones científicas, no puede menos que recordarse la aguda advertencia del mismo Darwin, en un pasaje final de *The Origin...*: "Aunque estoy plenamente convencido de la verdad de las opiniones expresadas en este volumen... no espero convencer, de ninguna manera, a los naturalistas experimentados cuyas mentes están llenas de una multiplicidad de hechos que, durante un trascurso muy grande de años, han visto desde un punto de vista directamente opuesto al mío".[12]

Es quizás el temor al cambio de paradigma científico –para adoptar la terminología de T. S. Kuhn– lo que parece condicionar fuertemente a Burmeister y a la *ciencia normal* de la que es digno representante. Ello es particularmente claro en su refutación del origen animal del hombre, en que dice obrar "como naturalista exacto". En una reveladora afirmación, Burmeister escribe: "El Hombre y el Mono se distinguen hoy uno del otro zoológicamente y psicológicamente, y como no podemos dejar caer el principio de la invariabilidad de los caracteres específicos sin revolucionar al mismo tiempo toda la zoología científica, tenemos toda la razón para creer que sus diferencias han existido primitivamente y desde siempre, y que subsistirán en el futuro".[13] De todos modos, si Sarmiento sueña con radicar al darwinismo en nuestro suelo, a su regreso de los Estados Unidos como presidente electo, no cuenta con que Burmeister, en el primer número de los *Anales* del Museo ha escrito refiriéndose a Darwin: "La verdadera ciencia no debe ocuparse de semejantes ideas por extravagantes, y porque, careciendo de pruebas positivas y científicas, se considerarán siempre como vanas hipótesis".[14]

Una obertura fantástica

La nueva década traería novedades de importancia: entre 1870 y 1873 llegaron los científicos extranjeros contratados por el gobierno nacional asesorado por Burmeister y destinados a la Facultad de Ciencias Físico-Matemáticas de la Universidad de Córdoba y a su Academia de Ciencias Exactas, que a partir de 1878 se independizaría como Academia Nacional de Ciencias; precisamente en esa ciudad se inauguraba en octubre de 1871 el Observatorio Nacional dirigido por Gould, que había llegado al país con sus colaboradores en setiembre del año anterior, lanzándose de inmediato al trabajo; en julio de 1872 se creaba la Sociedad Científica Argentina. Un año después, el joven Eduardo Ladislao Holmberg, nacido en 1852, colabora activamente en el establecimiento de la *Academia Argentina de Artes y Letras,* que duraría lo que la década y agruparía a intelectuales "cuya tendencia a nacionalizar la literatura y el arte... estaba en oposición con los gustos y la educación completamente extranjera de los socios del *Círculo Científico Literario,* su antagonista".[15]

El mismo Holmberg advierte sobre el despertar del interés por

las ciencias naturales en la ciudad. Poco antes había señalado que "era voz corriente, no sólo entre los estudiantes sino también en todo el país, que la Zoología era propia de carniceros, la Botánica de los verduleros y la Mineralogía de los picapedreros, cuando más de los marmoleros". En cambio, en las primeras páginas de su obra *Dos partidos en lucha,* aparecida en 1875, se pregunta Holmberg: "¿A qué librería podremos ir hoy sin que hallemos que más de la mitad de las obras se relacionan más o menos directamente con las ciencias en cuestión? ", y señala la aparición de órganos científicos como el *Boletín* de la Academia de Ciencias de Córdoba, los *Anales Científicos Argentinos*, los *Anales de Agricultura* y los *Anales Entomológicos* que se agregan a los *Anales* del Museo Público, solitarios al comenzar la década. Basta, en verdad, hojear algunos de los boletines bibliográficos corrientes para encontrar a Claude Bernard junto a Lyell y Agassiz, a Flammarion al lado de Verne y Mayne Reid.

Mientras Holmberg iniciaba en 1869 sus estudios preparatorios en la Universidad, otro joven apenas menor que él, Florentino Ameghino, era destinado a Mercedes como ayudante primero en la escuela elemental y comenzaría allí una larga serie de exploraciones apoyado por Ramorino, quien habría de remitir parte del material paleontológico hallado al Museo de Historia Natural de Milán. Pocos años después, en 1873, comienzan las expediciones de un primo de Holmberg, Francisco Pascasio Moreno, primero a Carmen de Patagones y más tarde a la desembocadura del río Santa Cruz. Moreno, estimulado por Burmeister, describe en la *Revue d'Anthropologie* dirigida por Paul Broca sus descubrimientos patagónicos. También Holmberg, recién cumplida la veintena, viaja en 1872 al Río Negro patrocinado por la novel Sociedad Científica Argentina. De este modo, la historia iría tejiendo su fina urdimbre alrededor de nuestros tres grandes naturalistas: Ameghino, Moreno y Holmberg.[16]

En 1874, por fin, la Universidad porteña se reorganiza e incluye en su estructura una Facultad de Ciencias Físico-Naturales que abre sus puertas en 1875. En este clima de incipiente pero sugestiva renovación intelectual, Holmberg ingresa en 1872 a la Facultad de Medicina donde se doctorará en 1880. Es compañero de José María Ramos Mejía y camarada de la promoción que en 1882 culminará sus estudios en la Facultad de Derecho: José Nicolás Matienzo, Juan Agustín García, Rodolfo Rivarola, Luis M. Drago y Ernesto Quesada. Casado en 1874 con Magdalena Jorge Acosta, Holmberg publica ese mismo año su primer trabajo científico –sobre arácnidos– en los *Anales de Agricultura,* al mismo tiempo que traduce los *Pickwick Papers* de Dickens y prepara *Dos partidos en lucha.*

No es extraño que el darwinismo golpeara entonces las puertas de una República ávida de novedades; lo insólito reside en que la primera profesión pública del credo darwinista fuese expresada a través de una obra de ficción escrita por un estudiante de medicina de veintidós años.[17]

Se trata indudablemente de un ejercicio literario primerizo; el lector advierte que Holmberg está bien informado, es sutil en la ironía y hasta en la crítica social, imaginativo pero con frecuencia farragoso en la exposición. El breve prefacio, fechado en diciembre de 1874, introduce a la obra mediante un conocido recurso fictivo: su verdadero autor sería un tal Ladislao Kaillitz –versión apenas deformada del Kannitz original de los Holmberg–, un darwinista que entrega el manuscrito al relator, a punto de partir hacia Europa. Tras una cita de "nuestro caro amigo el poeta Rafael Obligado", comienza la acción. ¿Cuál es la trama que alimenta los catorce capítulos de *Dos partidos en lucha*? Holmberg aprovecha los convulsos momentos políticos por los que pasan la ciudad y la nación –las elecciones presidenciales del 12 de abril en las que el mitrismo ha triunfado holgadamente en Buenos Aires frente a la victoria de Avellaneda-Acosta en casi todo el interior, la reunión del Colegio Electoral donde estos últimos obtienen 146 votos contra 79, y la rebelión mitrista que será finalmente derrotada en diciembre– para urdir sobre ellos un doble tejido de equívocos políticos y culturales. Los preparativos de aquel golpe secular vencido por el ferrocarril, el telégrafo y los Remington, según la concisa fórmula del ministro norteamericano Thomas Osborn a su gobierno, con sus mítines populares y la enconada lucha de los boletines periodísticos, abren la pequeña novela, tras el relato de un corto viaje del autor al Río Negro, ya mencionado, y escrito a la manera de un homenaje al periplo darwiniano de cuatro décadas atrás.

Holmberg, quien comienza lamentándose retóricamente de su desconocimiento del naturalista inglés –"Sin embargo, yo que acababa de pasar mi último examen de preparatorios en la Universidad, no sabía quién era Darwin" (pág. 3)–, no tarda mucho en iniciar sus célebres ataques a Burmeister, "un sabio demasiado sabio quizá, y esto lo entenderán los que estén en antecedentes" (pág. 7).

Sin soslayar un ápice los méritos científicos de Burmeister, hay que reconocer en él una obstinación verdaderamente prusiana respecto de las ideas novedosas. Ya en 1862, el ingeniero francés Adolfo Sourdeaux, ex capitán de infantería de marina de las fuerzas que bloquearon a Buenos Aires, tuvo que soportar el rigor del *dictum* burmeisteriano, a propósito de los pozos artesianos que

triunfamos los darwinistas. . . es incuestionable que tiene que alterarse por completo la norma social, y, o estalla una revolución filosófica de una trascendencia incalculable, o llega la indiferencia hasta el extremo de no saber apreciar la influencia de una doctrina científica en la marcha de la sociedad" (pág. 105).

El 28 de agosto de 1874 –"el año en que más pólvora se ha quemado en la República Argentina" (pág. 110)– llega en la ficción Darwin a Buenos Aires y a las diez en punto el presidente Sarmiento lo recibe significativamente: "Tengo el honor de saludar al ilustre reformador inglés. . ." (pág. 112). Tras la presentación del vicepresidente Alsina, el inglés saluda a Mitre manifestándole que "os aprecio, os admiro y no os comprendo" (pág. 113), y congratula al presidente electo Avellaneda.

Se celebra, al cabo, la segunda sesión en el Teatro Colón, habiéndose desechado el Congreso y la Catedral, pues "¿Cómo discutir en un templo católico apostólico romano una doctrina que tan directamente ataca, según algunos, nuestras creencias religiosas? " (pág. 116). El primitivo Colón, pues, el que se erigía frente a la Plaza de Mayo, es el recinto imaginario donde se definirá la verdad o la falsedad del evolucionismo; convenientemente preparado con un telón de boca que ostenta el lema *Struggle for Life* sobre las escasamente decorativas figuras de tres grandes monos luchando por una gigantesca zanahoria, el teatro se llena de bote en bote. Se ejecutan el Himno Nacional, el *God save the Queen*, "moderado himno de Albión" (pág. 126), y el *Die Wach am Rhein*, en transparente alusión a Burmeister, tras lo que se entabla la esperada polémica.[21] Después de una exposición preliminar de Darwin, interrumpido por Paleolítez, Estaca y hasta un expedicionario que irrumpe con un legítimo *Akka* de la mano, la discusión se centra sobre el origen de la vida. Estaca defiende tozudamente los fueros del creacionismo fijista ante la indignación de los evolucionistas, y Griffitz expone entonces una hipótesis basada en la generación espontánea primigenia de un germen universal llamado *Protobia*. El debate se aviva al reiterar Paleolítez sus observaciones anatómicas antitransformistas y ante la estupefacción o el aplauso del auditorio –"menos los que se habían dormido" (pág. 135)– se decide operar al *Akka* en busca de su real naturaleza.

Mientras la escena se prepara para ello, Darwin toma la palabra y afirma que "todo es eslabonamiento, o si queréis que repita el aforismo de Linneo, *Natura non facit saltus*. Hasta en los detalles más insignificantes veo esa gradación admirable de los seres" (pág. 135). Griffitz apoya al inglés y expone una suerte de panevolucionismo spenceriano, basado en la vieja creencia de que la sociedad

humana siguió su curso progresivo de Oriente a Occidente. La evolución no se ha detenido "y si es verdad que durante muchos siglos la ilustración ha estado encadenada a la Europa, no lo es menos que en la América se presienten ya los albores del Imperio del Mundo" (pág. 136). Pero el impetuoso Griffitz va más allá: la humanidad toda deberá rendirse a la ley de la evolución y de la vida "cuyo ministro es la muerte", y caerá en medio de un gran cataclismo geológico, pero sólo para preparar "los elementos de una gran metamorfosis de la forma viva" (pág. 137). De las cenizas de la humanidad nacerá un ser en "que la forma humana se modificará muy poco, aunque la inteligencia ultrahumana llegará a su más alto grado de desarrollo" y cuya característica central será una maldad suprema, síntesis de "todas las maldades con que le ha precedido la especie nuestra: la humanidad actual" (pág. 137). Con este pronóstico wagneriano concluye Griffitz su exposición, pues llega el *Akka* al escenario, se le aplica cloroformo y se lleva a cabo la operación en el quinto espacio intercostal; se trata de un *experimentum crucis* sugerido por Darwin para observar el funcionamiento cardíaco del *Akka* y postular, por fin, que se trata de una "raza intermediaria del mono y el hombre" (pág. 142). La experiencia culmina con el grito dolorido de Paleolítez: "Señores. . . estamos vencidos; los Darwinistas han triunfado" (pág. 138).

Así concluye la obra, no sin antes aludir sesgadamente a las aficiones espiritistas del presunto autor del fraguado manuscrito, don Ladislao Kaillitz.[22] Por si restase duda alguna acerca de la ortodoxia darwinista de estricta observancia del joven Holmberg, al pie de la página 139 queda impresa su rotunda rúbrica: E. L. H., *Darwinista.*

La polémica abierta

A mediados de la década que arranca en 1870, el recurso de Darwin comienza a ser empleado por los nuevos grupos que conforman la avanzada intelectual de la generación del ochenta. El evolucionismo –en su discreta versión darwiniana o en su radical postulación spenceriana[23]– se convierte en elemento central de su utillaje mental e impregna de un militante progresismo biologista el estilo y el contenido de nuestro positivismo.

Por de pronto, dos actores fundamentales del ochenta, Miguel Cané y Eduardo Wilde se ocupan del tema, bien que antagónicamente, al promediar la década. En agosto de 1874, mientras Holmberg escribe su ficción científica, Eduardo Wilde, un médico

que apenas frisaba la treintena, ironiza acerca de las luchas electorales de aquel año y de la capacidad porteña de asimilar *slogans*, ya que, como escribe: "Los hombres tienen mucho de monos, verdad que se ha reconocido aun antes que Darwin demostrara nuestro parentesco con esos animales".[24]

Meses más tarde, Miguel Cané, un crítico de veinticuatro años, publica uno de los pocos comentarios que suscita *Dos partidos en lucha*. Catador sereno y certero del talento de su camarada, Cané se admira de que Holmberg haya tenido "el valor suficiente de publicar un libro en Buenos Aires, que es lo mismo que recitar un verso de Petrarca en la rueda de la Bolsa". Si bien admite que el "plan general es, como dicen los franceses, completamente *manqué*", destaca los numerosos aciertos de la obra y afirma románticamente que "sacrificaríamos nuestra dignidad de hombres aceptando la disgustante teoría de Darwin sobre la transformación de las especies, con tal que el fenómeno de la resurrección de la sensitiva fuera exacto".

Cané se planteaba, diez años después, la misma pregunta –y parecida respuesta– que Disraeli en 1864: "¿El hombre es mono o ángel? Yo, señor, me pongo del lado de los ángeles. Repudio con indignación y asco esas novedosísimas teorías".[25]

Mientras tanto, personas muy distintas y distantes del líder *tory* y de la Londres victoriana, participaban de parecidos sentimientos. En marzo de 1875 se inauguraron las actividades académicas de la Escuela Normal de Maestras Nº 1, creada el año anterior por decreto del gobernador de Buenos Aires, Mariano Acosta, y de su ministro de gobierno, Amancio Alcorta. Allí comenzó a dictar tempranamente sus clases Eduardo L. Holmberg y, a poco, el celo progresista del émulo porteño de T. S. Huxley empezó a surtir sus efectos; los nombres de Laplace y Darwin, "familiares desde la iniciación de los cursos" y sus "doctrinas subversivas" le acarrearon no pocos problemas al novel profesor. Cuenta su biógrafo que un día, setenta y nueve de sus alumnas, disciplinadas por una voz externa, al preguntarles Holmberg por qué razón "al derretirse la nieve o el hielo de las montañas corrían como líquido por los planos de las mismas y no se elevaban en forma de columna como los géiseres, contestaron a coro: 'Porque así es la voluntad de Dios', mientras una sola respondía apelando a la ley de gravedad".[26] Al año siguiente, las presiones ejercidas por el Ministerio de Instrucción Pública sobre la directora de la Escuela, doña Emma Nicolay de Capprile, llegaron hasta la amenaza de exoneración de Holmberg, pero seguramente Sarmiento, quien era por aquel entonces Director General de Escuelas de la Provincia a la par que

Senador Nacional falló en favor del intrépido darwinista, impulsando la cuestión hasta la instancia presidencial.

Poco después, en 1877 –año de la primera edición del *Origen de las Especies* en nuestro idioma[27]–, otro singular episodio volvería a plantear el lugar del evolucionismo en el horizonte intelectual porteño. En julio de ese año, un grupo de miembros de la Sociedad Científica Argentina compuesto, entre otros, por Estanislao Zeballos, Valentín Balbín y Miguel Puiggarí, presentó la candidatura de Darwin como socio honorario de la institución. Aceptada en agosto por la comisión directiva presidida por el ingeniero Guillermo White, la designación fue comunicada al corresponsal en Londres, don Walter F. Reid, quien contesta en diciembre de 1877 que ha entregado el diploma al naturalista inglés en su casa de Down, Sussex, en medio de una de sus periódicas crisis de salud. Darwin se convierte así en el tercer socio honorario de la corporación, ya que los dos primeros habían sido Guillermo Rawson (1874) y Germán Burmeister (1875). El azar estableció una contigüidad seguramente irritante para nuestro empedernido prusiano. Pero he aquí que en agosto, mientras el diploma viaja aún a Inglaterra, el vocal Carlos Berg –naturalista oriundo de la Curlandia rusa y llamado por Burmeister para cumplir funciones en el Museo Público–, fiel al antidarwinismo de su director, propone una enmienda al proyecto de nuevos estatutos de la Sociedad, en el sentido de hacer más rígida la designación de los socios de honor. La moción de Berg es rechazada, y a fines de noviembre éste envía su renuncia por razones personales al cargo de director del museo de la corporación, siéndole aceptada sin comentario alguno. No es arriesgado atribuir este conflicto interno a la candidatura de Darwin, sobre todo si se tiene en cuenta que el inglés sólo fue elegido como correspondiente de la *Académie des Sciences de Paris* –y en la sección de Botánica– el 5 de agosto de 1878, tras varias negativas a su admisión. Justo es consignar que la Academia Nacional de Ciencias, con sede en Córdoba, resolvió conceder a Darwin el título de miembro honorario el 3 de agosto de 1878 –sólo dos días antes que la francesa–, ya que sólo era miembro correspondiente, en una sesión de su comisión directiva presidida por el doctor Weyenbergh acompañado de los vocales doctores Latzina, Hieronymus, Brackebush y Oscar y Adolfo Doering, actuando como secretario don Tobías Garzón. Tres meses después, el 21 de setiembre de 1878, el presidente Avellaneda y su ministro Bonifacio Lastra aceptaron la resolución académica y confirmaron a Darwin y a Grisebach como miembros honorarios. Darwin, quien en una carta dirigida a Asa Gray ironizó agudamente sobre su carácter de correspondiente en

Botánica de la Academia francesa, no vaciló en agradecer el carácter de miembro de honor de la cordobesa, enviando un ejemplar de la sexta edición de *The Origin*. . . y su fotografía autografiada.[28]

Con la nueva década, pues, comenzará la etapa franca y abierta de la polémica. Los adversarios asumirán con una inextricable mezcla de lucidez y tozudez los fundamentos y las implicancias de sus posiciones teóricas.

En agosto de 1880, José Manuel Estrada vuelve a la palestra con un discurso pronunciado en el Club Católico sobre el tema *El naturalismo y la educación.* Su embate contra el evolucionismo es frontal: "Es enorme el incremento de la historia natural. . . No sé yo quién lo niegue, ni quien ponga siquiera en duda el raro talento de observación de hombres tan temerarios cuando inducen como Darwin, siquiera repela sus villanas consecuencias y desdeñe las supercherías indecentes de Haeckel, y el crédulo y ridículo orgullo de los que descubrieron, en un grano de fosfato de cal, el germen de la anchoa genesíaca. . . Contemplad, escenas menos estrepitosas: la sociedad del siglo XIX, plasmada por el naturalismo, enriquecida por las ciencias físico-matemáticas, regida por la economía política, bajo la tenaz inspiración de Adam Smith, predecesor de MacLeod y la larga progenie de sofistas, sobre la cual descuellan Bentham y Franklin, los patriarcas de la utilidad, los grandes tácticos de la virtud calculada".[29] Vale la pena comprobar la distancia espiritual entre el Estrada de la polémica con Minelli en 1862 y éste. No en vano durante los dieciocho años transcurridos se ha difundido la obra de Darwin, Haeckel ha comenzado su inflamada prédica, y se ha hecho oír, en el otro campo, la estentórea condenación contenida en la Proposición LXXX del *Syllabus.*

Casi dos años después, el 19 de abril de 1882, Charles Robert Darwin moría y el 26 era solemnemente enterrado en la abadía de Westminster, a pocos pies de la tumba de Newton.[30] A un mes exacto de su deceso, se realiza en el Teatro Nacional de Buenos Aires un homenaje organizado por el Círculo Médico Argentino, institución fundada cinco años antes por José María Ramos Mejía. Habla en primer término Sarmiento, desde sus aún fogosos setenta y un años, y Holmberg pronuncia, a continuación, una larga conferencia.[31] Son las figuras enhiestas y vitales de dos generaciones argentinas las que rendirán tributo intelectual al científico inglés. Nuestro sanjuanino comienza por un examen de las opiniones antitransformistas –Burmeister, Agassiz– y de las réplicas de Huxley y Ameghino. Afirma haber conocido al *Beagle* y a su tripulación durante su exilio chileno, pero no a Darwin personalmente, e ironiza seguidamente sobre la variación de las especies empíricamente

realizada por nuestros ganaderos (Pereira, Duportal, Chas, Olivera, Kemmis y Lowry, entre otros). Continúa con el análisis de la influencia social del darwinismo, en el marco de una filosofía de la historia *sui generis*. Sobre toda la conferencia planea la profunda intuición de la armonía introducida por el paradigma evolucionista en la comprensión de la naturaleza: "Yo, señores, adhiero a la doctrina de la evolución más generalizada" –Spencer *dixit*– "como procedimiento del espíritu, porque necesito reposar sobre un principio armonioso y bello a la vez, a fin de acallar la duda, que es el tormento del alma".[32] Lo que Newton ha logrado reduciendo el cosmos físico a un mecanismo pulcramente inteligible, Darwin lo ha conseguido respecto del mundo orgánico, al someterlo a una ley transformadora y progresiva. Newton ha ordenado según el espacio, Darwin según el tiempo; la evolución, extrapolada al cosmos natural y humano a partir de las fórmulas spencerianas, se convierte así en una clave universal que da razón de la realidad toda. Al año siguiente, Sarmiento, en ese *"Facundo* envejecido" que resultó ser el inconcluso *Conflicto y armonías de las razas en América*, escrito por un hombre que provenía de otras tradiciones intelectuales, necesita adornar su pensamiento con las tendencias vigentes. En una carta dirigida a Francisco P. Moreno, que figura en la obra mencionada, escribe Sarmiento: "Bien rastrea usted las ideas evolucionistas de Spencer que he proclamado abiertamente en materia social, dejando a usted y a Ameghino las darwinistas, si de ellos los convence el andar tras de su ilustre huella. Con Spencer me entiendo, porque andamos el mismo camino".[33]

La conferencia de Holmberg es una pieza verdaderamente notable por la vastedad de los conocimientos desplegados y el vigor polémico. Se encuentra en ella –ya es costumbre– una introducción antiburmeisteriana, extendida críticamente a la Academia Nacional de Ciencias. De inmediato, Holmberg rinde homenaje a Claude Bernard –contendor de Darwin– y expresa su fe secular en las ciencias naturales concebidas como agentes de la renovación social y cultural. Un cambio de insospechadas consecuencias, pues "el día en que las doctrinas de Darwin se enseñen en las escuelas rusas, los emperadores habrán garantido su cuerpo contra las bombas del nihilismo" (pág. 8). Luciendo como emblema una cita del barón de Holbach –"El hombre no puede salir de la Naturaleza ni con el pensamiento"–, Holmberg cree "que la doctrina fundamental de la selección no era la obra de un hombre, ni de un día, era la obra de la selección misma, que había llegado hasta el grado de adaptar la inteligencia humana a esa montaña de observaciones, de hechos acumulados durante siglos" (pág. 47). En sus consideraciones sobre

la doctrina de la lucha por la vida, pieza central del modelo darwinista, Holmberg se aventura por caminos que parecen derivar hacia cierta vertiente individualista del *darwinismo social*.[34] Al plantear el problema de la justicia de la causa contra el indio –a tres años de la exitosa campaña dirigida por Roca–, concluye que "acabamos con los indios, porque la ley de Malthus está arriba de esas opiniones individuales" (págs. 65-66). Aunque el tema merezca otras precisiones, conviene advertir que esta línea interpretativa persistirá en Holmberg, ya que en su *Botánica elemental* (1908) volverá por sus fueros la lucha por la vida, ahora convertida en explicación social de primer orden, ya que "en todas las esferas de la vida social humana, entre los animales, entre las plantas, la lucha es continua, y vence el más apto", como en el ejemplo histórico de Napoleón, que tanto lo seduce.[35] En el curso de esta conferencia pronunciada ante tres mil personas, encontramos una referencia a la exposición realizada por Pedro S. Alcacer, un estudiante de medicina decididamente antievolucionista, sobre *La vida y el transformismo moderno*, en el *Círculo Médico Argentino*. La mención tiene especial interés, pues permite conocer los argumentos utilizados por los opositores locales de Darwin. "Con sentimientos no se refuta al transformismo, ni con Le Play, ni con Moigno, ni con Burmeister, ni con Claude Bernard, nuestro maestro, ni con nada que no sea el vuelo libre del entendimiento desligado de toda influencia preventiva", refuta Holmberg (pág. 108).

Las nuevas ideas llegarán, al cabo, al Parlamento mismo. En esa suerte de test de modernidad que fue el debate de la Ley 1420, durante el curso de los años 1883-84, no faltaron voces antagónicas que buscaron en el ámbito científico razones prestigiosas para sus posiciones. Si Goyena comienza por una encendida crítica a la *hybris* científica moderna asentada en pleno corazón del *Syllabus*, Achával Rodríguez prefiere el atajo del concordismo y colige que "aquello que contaba el Génesis, en una época en que la ciencia apenas si se encontraba en pañales, era, sin embargo, una verdad del orden natural", ya que confirma la moderna teoría ondulatoria acerca de la naturaleza de la luz, "esta materia cósmica que, según Humboldt, debió ser lo primero creado por Dios, antes de todo lo demás". Es por ello que "no hay, ni puede haber, oposición entre las verdades que profesa la religión católica y la ciencia moderna".[36]

El ministro Eduardo Wilde replica en su larga intervención los argumentos católicos a partir de una afirmación central, para él incontestable: "La ley del progreso tiene que verificarse forzosamente; y el progreso está en todo", sin saber quizás que otro Wilde –Oscar– opinaba acremente por aquel entonces que "el progreso es el éxtasis de los imbéciles". Apoyado, pues, en su proposición medular, Wilde afirma que "la ciencia de hoy debe estar en contradicción, tiene que estar en contradicción, no puede menos que estar en contradicción con ciertas afirmaciones de la Iglesia", toda vez que "la Historia Natural y la Biología, ¿cómo no han de estar en contradicción con las creencias, si ni siquiera existían aquéllas cuando éstas eran propagadas?".[37]

Achával Rodríguez tercia entonces nuevamente en el debate al proponer: "Veamos lo que pasa en Alemania en este momento. . . A propósito de la discusión sobre el darwinismo, Mr. Gessler –ministro de instrucción pública de Prusia– decía al mismo tiempo: yo no soy partidario de Darwin. Por lo demás, es en vano para mí, que se procure poner en contradicción la religión con la ciencia. Sea dicho esto para nuestro ministro de Culto" –Wilde– "aunque no sé si él cree que la autoridad de Mr. Gessler es inferior a la suya", y concluye el diputado cordobés: "Vese, pues, señor Presidente, que este movimiento de ideas que había comenzado en Europa –por más que sorprenda a los señores diputados el que tan temprano comience a hacer su reacción– la hace, en efecto, ya".[38] Esta reacción, que Achával Rodríguez trata de usar en provecho de su posición antilaicista y que pretende erigir en tendencia universal, se entronca con la polémica Haeckel-Virchow, que había estallado en Alemania en 1877. En el fragor de ese debate, Virchow –el brillante biólogo fundador de la patología celular y el político liberal antibismarckiano que había estado en las barricadas berlinesas de 1848, previsto la *Kulturkampf* y fundado el progresista *Fortschrittspartie*– había echado mano de recursos poco elegantes contra el hiperbólico Haeckel, al sugerir la posible afinidad entre el darwinismo y el socialismo. Esa denuncia, sostiene Erik Nordenskiöld, "en aquella época equivalía a una acusación de alta traición", en plena campaña bismarckiana contra el socialismo. Precisamente, poco después de este episodio, el ministro de educación prusiano prohibió estrictamente a los maestros de escuelas estatales la enseñanza del darwinismo, y "en la nueva ley de enseñanza, la biología fue totalmente excluida del programa de las clases superiores en las escuelas, con el fin de proteger a los escolares de las nuevas doctrinas".[39]

Al despuntar la nueva década, en una *causerie* recogida hacia 1890, la elegante lucidez de Lucio V. Mansilla se ocupa del evolucionismo, como de tantas otras cosas. En una crítica a un libro de Jossuet en el que se acusa a la ciencia moderna de anticristiana, Mansilla demuestra un raro y equilibrado conocimiento de la

polémica evolucionista y de la personalidad misma de Darwin. Distingue con sagacidad el tema central de las causas finales y el debate con la *teología natural*, y afirma que "Darwin, visto al través de estos matices, de estas excitaciones, propios de sus hábitos de discusión, se muestra a nuestros ojos un espíritu muy diferente del que han pintado sus discípulos, terminantes y dogmáticos, los cuales han querido hallar en el origen de las especies armas para el materialismo más absoluto. . .". Relata Mansilla que poco antes de la muerte de Darwin, le envió una carta desde Roma en la que daba cuenta detalladamente de la extraña historia de dos "hombres lobos" abandonados cuando niños al paso de una montonera riojana. "De manera" –continúa– "que hay transformismo y evolución, ascendente y descendente; progreso y decadencia; y que no tenemos por qué avergonzarnos tanto de derivar de algún animal muy parecido al mono, siendo así que ya se ha visto en La Rioja hombres convertidos en brutos, menos inteligentes que éstos". En definitiva, si bien Mansilla detecta que "las tendencias racionalistas. . . se dirigen en todas partes, hacia la unidad, o mejor dicho la armonía, yo no me hago, sin embargo, ilusiones. . . Nuestras sociedades civilizadas no son perfectas, ni han llegado al último término de la civilización, ni llegarán. El progreso es indefinido y evolucionista".[40]

Una ideología del progreso

Con toda razón ha escrito Charles Morazé que "desde 1870, de uno a otro extremo de Europa, tener espíritu científico, ser positivo, equivaldrá a unirse al evolucionismo".[41]

Así también ocurría en nuestra Argentina en trance de europeización, pero como en el viejo continente, el evolucionismo –aparte, es obvio, de su notable contribución biológica– serviría para pretender la legitimación científica de una poderosa ideología social: la del Progreso. En una obra ya clásica, John B. Bury ha mostrado la sorprendente historia de la concepción progresista en Occidente. No cabe sino reconocer con él que "*El Origen de las Especies* condujo al *tercer* estadio en los avatares de la idea del Progreso. . . Así, hacia 1870 y 1880 la idea del Progreso se convirtió en un artículo de fe para la humanidad. . . en una parte de la estructura mental genérica de las gentes cultivadas".[42]

Las intuiciones de la Ilustración habrían de cobrar ahora una pretensión rigurosamente científica y sería Spencer quien levantase la noción de progreso a la altura filosófica de una irresistible ley

universal. Ya no se trataba de deducir la perfectibilidad del hombre de una psicología que afirmase la plasticidad de la naturaleza humana en las manos del legislador y del educador, como en el siglo XVIII.[43] Ahora, era la misma naturaleza humana la que estaba ineludiblemente sujeta a leyes generales de cambio que la conducirían a una armonía final, en un ineluctable proceso de adaptación inconsciente auxiliado por la legislación y la educación. El progreso de la humanidad se manifestaba, pues, como un hecho necesario, como una lógica secuela del desarrollo cósmico. Se explica así la fervorosa adhesión a esta suerte de *religión secular* que se difundió desde la cima hasta la base del edificio social.[44] Esta era la que proporcionaba aquella seguridad interior que reclamaba Sarmiento en su homenaje póstumo a Darwin, "a fin de acallar la duda, que es el tormento del alma".

El optimismo de Spencer, que descubría los signos de una armonía progresiva por doquier, era una receta espiritual formidable, un axioma central para los organizadores de nuestra sociedad política. Pero múltiples y diversos serían los niveles y las intensidades en que esta creencia colectiva –consciente o inconscientemente– se expresaría de manera incontenible.

Desde los exclusivos clubes de la gente de pro, o aquellos comercios orgullosamente erigidos por inmigrantes bajo el rotundo nombre de *El Progreso* –en una ciudad patricia que pugnaba por tornarse burguesa–, hasta las ediciones españolas de Francisco Sempere, fundadas en Valencia con el patrocinio de Blasco Ibáñez y que tanto harían por la difusión del evolucionismo haeckeliano en las filas del anarquismo; desde el Jardín Zoológico porteño que dirigiera celosamente Holmberg entre 1888 y 1903, ganándose el afecto popular y las tapas de *Caras y Caretas*, hasta aquella *Verbena de la Paloma* que haría furor en el Buenos Aires del 900 y que proclamaba con madrileño gracejo que "hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad"; desde la Escuela Normal de Paraná, foco de expansión de las nuevas ideas con Jorge Stearns, Pedro Scalabrini y Alfredo Ferreira, hasta los "Cordobeses Germán sabios" como llamaba Gould a los profesores Lorentz, Doering y otros que acompañaron a Roca en su decisiva campaña al desierto; desde el atrevido impulso de Luis Jorge Fontana, colaborador de Burmeister y explorador intrépido del Gran Chaco, hasta el afán taxonómico del botánico Cristóbal M. Hicken, discípulo de Holmberg y fundador del *Darwinion* cuyo lema sería *In Aggregatio Evolutio Maxima*, o los notables aportes de Miguel Lillo en Tucumán; desde las tierras del Sur exploradas por el infatigable perito Moreno o por Estanislao Zeballos, hasta el celeste hemisferio austral descripto por Gould en

su *Uranometría Argentina* (1879) y en los trabajos que llevó a cabo hasta su regreso a los Estados Unidos en 1885; en todas estas vigorosas expresiones y en muchas más, se expresará hondamente, más allá de las palabras, la fe positiva en el progreso evolutivo.

No en vano escribe Alfred Ebélot en 1876 para la *Revue des deux Mondes*, que "un sentimiento muy particular es el que se apodera de un francés de nuestro siglo, de este siglo crítico, razonador y ligeramente pedante, cuando se halla en presencia de auténticos salvajes", ya que junto con el horror, la curiosidad y la piedad, se experimenta la impresión de estar frente a una posible transformación, ya que "uno de los caracteres de la ciencia moderna, quizá el más digno de notarse, es el de referir todo, en el estudio de la materia y de la vida, a las leyes de una evolución ascendente".[45]

No por un mero prurito académico, don Nicolás Avellaneda, apenas dejada la presidencia de la Nación, acoge favorablemente el pedido de Luis Jorge Fontana y favorece la edición de *El Gran Chaco*, con una espléndida *Introducción* donde escribe: "Todos estos trabajos empiezan a dar un nuevo aspecto a nuestro desarrollo intelectual. Valen por la utilidad directa que llevan consigo, y porque bajo su acción se inicia entre nosotros la propagación del *espíritu científico*, que cuando se halla difundido como una atmósfera, da elevación a la mente nacional, solidez a sus convicciones y prosperidad a los pueblos... No hay civilización consistente sin espíritu científico... En el orden físico no hay fenómeno que no se halle regido por una ley; y la rotación de la vida social se compone también de causas y efectos, de tal manera que nada subsiste en el presente que no deba ser explicado por el pasado... El espíritu científico ha suprimido lo *arbitrario* en el gobierno del universo".[46]

El progreso, pues, un progreso evolutivo articulado ideológicamente en la clave de una matriz intensamente biologista, será la característica central de nuestro positivismo. Montada sobre la biología evolucionista, la "burguesía conquistadora" del ochenta hallará, mediante ese sucedáneo de la Providencia, una ideología legitimada por la ciencia moderna. Es precisamente por ello que casi todo nuestro positivismo aparecerá "no como una conceptualización filosófica erigida sobre las conclusiones de la física o de la matemática sino como la hipóstasis de los datos de la biología", según señala Ricaurte Soler.[47]

Nada de extraño tiene, pues, que el *pathos* científico e ideológico del 900 se expresase a través de la obra de Florentino Ameghino. Desde su *Filogenia*, terminada a fines de 1882 y publicada dos años después gracias al auxilio de Estanislao Zeballos, hasta *Mi Credo*, conferencia pronunciada en la Sociedad Científica Argentina en agosto de 1906 ante su designación como miembro honorario, Ameghino había intentado una construcción original y englobante, a partir de sus ideas biológicas. Define así al cosmos "como el conjunto de cuatro infinitos: el inmutable 'infinito espacio', ocupado por el 'infinito materia', en 'infinito movimiento' en la sucesión del 'infinito tiempo' ". En ese cosmos, la transformación y evolución de la materia está sometida a las leyes de la "evolución concentrante, que es progresiva" y marcha hacia una mayor densidad acompañada de una absorción correspondiente de movimiento y de un proceso de creciente complejización y diversificación, pero también la materia está ceñida a una "evolución radiante, que es regresiva" y donde ella marcha hacia una mayor rarificación acompañada de una irradiación proporcional de movimiento y adquiriendo una mayor homogeneidad y simplificación, en una suerte de juego dialéctico de atracción-repulsión que provoca, al cabo, el equilibrio universal. Así se explica la infinita variedad de aspectos bajo los cuales se presenta la materia y también la existencia individual donde "el organismo desarrolla en sentido inverso, es decir, radiante, y en un espacio de tiempo infinitamente corto, todo el movimiento concentrante efectuado por los fenómenos que nos precedieron, repitiendo sucesivamente todas las etapas recorridas por nuestros antecesores, desde el basibio hasta nuestros genitores. Es la ontogenia repitiendo la filogenia".

Esta cosmovisión, en la que "la pluralidad de los mundos es un hecho evidentísimo", concluye con una formidable predicción antropológica: "Creo firmemente que al hombre le será dado algún día retardar poco menos que indefinidamente la producción de ese fenómeno que se cree debe llegar fatalmente en determinada época de la vida", ya que "el término de la duración de la vida no es un pagaré con vencimiento a plazo fijo, sino una cuenta corriente abierta que debemos tratar de cerrar tanto más tarde cuanto más nos sea posible... No creo que la muerte deba ser siempre una consecuencia inevitable y fatal de la vida"... "El hombre, con su saber, podría hacer algo más, esto es: encaminar la evolución, darle dirección y colocarse resueltamente en el camino de la inmortalidad." En este esquema, donde "la noción de *Dios* se disipa ante la concepción mucho más grandiosa, a la par que real y positiva, de la eternidad de la infinita *materia en movimiento* infinito que lleva el infinito *espacio*", se resume el credo –polémica y sugestiva palabra– cosmológico de Ameghino.[48]

En esta fuerte dirección biologista que signa la época, se moverá una importante corriente del pensamiento argentino, sobre todo de

aquél que se aplicará al análisis de los fenómenos sociales e históricos. Mientras José Ramos Mejía comienza ese estudio de "psicología colectiva" que denomina *Las multitudes argentinas* con un capítulo titulado *Biología de la multitud*, en el que se examinan las propiedades del "hombre de las multitudes", el "hombre-carbono" porque en el orden político o social desempeña, por su fuerza de afinidad, las funciones de aquél en la mecánica de los cuerpos orgánicos"[49], José Nicolás Matienzo –influido por Spencer– afirma liminarmente que "la ciencia política debe ser positiva y experimental, como las otras ciencias biológicas, bajo pena de degenerar, y de caer en disertaciones puramente verbales", en una obra de singular interés.[50]

Carlos Octavio Bunge, por su parte, no vacilará en afirmar que "construyo mi concepto del derecho y del Estado con los fundamentos biológicos de la adaptación, la herencia y la selección natural o lucha por la vida. Aprovecho así para mi teoría jurídica las modernas investigaciones de las ciencias naturales, siguiendo la tendencia positiva de nuestra época". Con todo, Bunge cree que la exageración del principio de la selección natural "llega a doctrinas tan antisociales y falaces como el *inmoralismo* de Nietzsche" ya que "lo que comúnmente se entiende por 'darwinismo social' o nietzschismo no es más que hermosas fantasías literarias donde se menosprecian los más importantes datos de la vida de hombres y pueblos". Es que, según el autor, un carácter específico que asume la lucha por la vida en sede humana –el *ciclismo*, es decir la pertenencia humana a diversas comunidades desde la familia al Estado–, es el que distingue la lucha animal, más individual, de la del hombre, más *cíclica*, pero no más solidaria, concepto del que Bunge se separa como de un argumento sentimental. Esta sociología "o antropo-sociología (que) induce su teoría específica de la teoría transformista, evolutiva o genealógica generalmente aceptada en la biología contemporánea", inclina a Bunge a privilegiar las diferencias étnicas originadas por los diversos medios geográficos y lo conduce a un encendido elogio de la política de Teodoro Roosevelt y a una repulsa de "los principios neohumanistas" heredados del siglo XVIII. Por este camino, "vacunados por la escuela histórica contra la viruela negra de la escuela filosófica, vacunados por la teoría biológica contra la viruela boba del filantropismo romántico", Bunge se convierte en promotor del imperialismo argentino: "...he visto un pueblo blanco, un pueblo único, que siempre ha pensado, nostálgico de Arcadias, ¡que la victoria no da derechos! De un pueblo niño sé, tan hermosamente ingenuo todavía, tan hermosamente generoso, que ve hermanos en sus negros y sus indios... Ese pueblo se llama, en los mapas y en la historia, la República Argentina. Pero esperad a que le salgan sus colmillos y abandone la ubre que lo amamanta, ¡esperad! ...[51] Curiosamente, uno de los ejecutores del *destino manifiesto* norteamericano que Bunge tanto admira, el mismo Teodoro Roosevelt, recorrería parte del Sur argentino bajo la guía experta del perito Moreno, en 1912.

El radical biologismo de Carlos Octavio Bunge se hará más intenso aún en las formulaciones éticas de Augusto Bunge, quien no vacilará en escribir: "En el protozoario que reacciona contra una sustancia poco nutritiva, existen en germen la sanción jurídica y el criterio moral. Es por esto que yo he dicho que el derecho es la vida, que la ética es la vida".[52]

Quizá sea, paradojalmente, en la obra de Juan Bautista Justo, *Teoría y práctica de la historia*, prologada en agosto de 1909, donde se articula en una opositora versión socialista, la noción más clara de un progresismo concebido a la luz de la evolución biológica. "Marchamos sin descanso por el camino de la Historia. La Humanidad está siempre en vías de crecimiento y transformación", escribe Justo. Esta profesión de fe en el progreso continuo sólo es inteligible en una clave biológica: "Desde que el hombre es bastante inteligente para considerarse un animal, tiene que ver en la biología la base de su historia... Las leyes de la vida son las leyes más generales de la Historia".[53]

Pero la pretensión –desmedida y frustrada– de formular acabadamente una síntesis integral, una "filosofía científica" que, atenida a los resultados de la experiencia, lograse incorporar el caudal del biologismo positivista, será intentada por José Ingenieros. La propuesta cifrada en que "la unidad de lo real (monismo) se transforma incesantemente (evolucionismo) por causas naturales (determinismo)",[54] no nos interesa aquí sino por sus derivaciones sociológicas y políticas, no siempre excesivamente coherentes. Cuando el tornadizo Ingenieros incursione en el análisis de la evolución social argentina, en pleno Centenario, explicará preliminarmente los supuestos de su pensamiento. La especie humana, "por ser una especie viviente está sometida a leyes biológicas; por ser capaz de vivir en agregados sociales se subordina a leyes sociológicas, que dependen de aquéllas; por ser apta a transformar y utilizar las energías naturales existentes en el medio en que vive, evoluciona según leyes económicas, especializadas dentro de las precedentes". Pero he aquí que cuando Ingenieros desciende de los principios a su aplicación, los resultados son harto sugestivos. La Argentina tiene, sin duda, su propio *destino manifiesto,* más allá de las intenciones y los deseos de sus dirigentes y de su pueblo. "Por eso" –arguye el autor– "la

grandeza material del pueblo argentino lleva en sí los factores que orientarán su conducta hacia la política expansiva, su inteligencia hacia la elaboración de la doctrina imperialista y su afectividad hacia el sentimiento colectivo del imperialismo"... "Si la Argentina y la Australia continúan su rapidísimo desarrollo material, cuya doble condición está en el aumento populativo y en la intensidad de su trabajo, podrán llegar a pesar en la balanza política mundial. En este caso les corresponderá de hecho la tutela sobre los otros países sudamericanos y oceánicos, evolución que los convertirá en nuevos núcleos de actividad imperialista." Las perspectivas son francamente eufóricas: "Después de Estados Unidos joven y del Japón adolescente, es probable que la Argentina y la Australia despierten al imperialismo y adquieran una influencia decisiva en la política del mundo entero". Ingenieros advierte en la psicología social de los argentinos del Centenario "una intensificación del sentimiento nacionalista", traducida en el libro de Ricardo Rojas, *La restauración nacionalista,* aparecido en 1909. En verdad, sólo Chile y Brasil pueden disputar –según nuestro autor– a la Argentina la hegemonía sudamericana. "Chile es un país intensamente militarizado, con ideales de dominación y conquista, acicateado por necesidades territoriales premiosas... El Brasil, en cambio, lleva a la Argentina dos grandes ventajas, muy respetables: la extensión territorial y la superioridad numérica de su población." Pero "Chile carece de extensión y de fecundidad. Al Brasil le faltan el clima y la raza. La Argentina reúne las cuatro, indiscutiblemente: territorio vasto, tierra fecunda, clima templado, raza blanca". El fantasma de una guerra continental, evocado por este vaticinio, no conmueve a Ingenieros: "Es de toda evidencia que el ideal del pueblo argentino debe estar en la paz, siempre propicia a los que crecen más rápidamente; sólo necesita dejar transcurrir algunos lustros para que su distanciamiento sea insalvable. Su extensión territorial, su fecundidad, su población blanca y su clima templado la predestinan al ejercicio de la función tutelar sobre los demás pueblos del continente".[55]

"Quizá, sobre todo, por poseer una sólida y arraigada filosofía espontánea de la vida, fue la generación del 80 una fuerza tan compacta y tan eficaz en la dirección de la vida argentina. Quizá podría –como hace Alejandro Korn– escribirse la historia del pensamiento filosófico sin mencionar los nombres de sus miembros, porque sufrían 'el tedio de toda disquisición abstracta'; pero en la historia de las ideas ocupan un puesto singular, porque pocas veces fue tan firme un sistema de convicciones en el seno de una élite y

pocas logró influir tan profundamente sobre la realidad", ha escrito con entera razón José Luis Romero.[56]

Esa filosofía espontánea de la vida, esa ideología social, o esa mentalidad –según se prefiera–, en cuyo seno se incubaron corrientes diversas y aun antagónicas, estuvo sin embargo polarizada por la común creencia en el progeso como motor y *ultima ratio* de la historia. No en vano esa ideología afirmó su identidad en el combate contra el *Syllabus errorum* en el que Pío IX estigmatizó intransigentemente en 1864 " 'el progreso', el liberalismo y la civilización moderna" (Proposición LXXX). Era una nación a edificar y educar, un territorio a conquistar y poblar, una nueva frontera material e intelectual a definir, el horizonte mental de la oligarquía liberal del 80. Nunca tan cerrado como para impedir la ruptura interna de sus propios críticos y reformadores, pero sólido y coherente en sus afirmaciones raigales. Atrayente horizonte, entusiasta utopía del futuro concebido como permanente progreso, que se extendió –como hemos visto– a hombres de la naciente oposición socialista.

Pero a fines del siglo ya se gestaba en la paradigmática Europa una intensa corriente de conflictos íntimos. En 1889, mientras la torre Eiffel presidía la Exposición Universal, aparecieron a la vez el *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia* de Henri Bergson y la novela *El discípulo* de Paul Bourget, en la que "el gran negador, el analista consciente, casi inhumano a fuer de lógico, se humillaba ante el impenetrable misterio del destino". La Viena de Lehár se convertiría, a poco, en la Viena de Freud, Kraus, Mach y Musil.

Ya en 1895, Ferdinand Brunetière había escrito en la *Revue de Deux Mondes* su encendido artículo "Después de una visita al Vaticano", donde impugnaba vivamente *El porvenir de la ciencia* que Renan pergeñase en 1848 a instancias de Berthelot y que ahora publicaba en 1890, poco antes de su muerte. Si Brunetière proclamaba desmesuradamente "la bancarrota de la ciencia", Berthelot respondía con una categórica profesión de fe cientista, pero el edificio de la racionalidad europea comenzaba a mostrar sus fisuras.

En nuestro país, no tardaron en advertirse también los signos premonitorios de un viraje cultural, que en el registro ideológico-político despuntaba con el nacionalismo primerizo de Ricardo Rojas y Manuel Gálvez, expresado en torno de la fugaz revista *Ideas*, al calor del "arielismo" de Rodó, o de la inspiración de Ganivet o Barrès.[57]

Un espíritu tan lúcido como el de Paul Groussac ya había advertido en un artículo escrito en 1896, sobre las "paradojas de las

ciencias sociales", con una penetración epistemológica que otorga al ensayo un actualísimo *feeling*. Las sutiles observaciones acerca del abuso de una metodología organicista en el ámbito de las disciplinas sociales, olvidada de "que estas aproximaciones son metafóricas y provisionales", alientan un discurso donde se afirma que "la flagrante esterilidad de las ciencias políticas y sociales –sobre todo de la economía– proviene de un fundamental error de método: se ha generalizado antes de tiempo, se ha pretendido inducir prematura y temerariamente, en lugar de comprobar hechos sencillos y múltiples, de observar durante años, para deducir después, con precaución paciente y sabia, verdades circunscritas y provisionales. El gran achaque de la ciencia humana es la fatuidad, o el incurable anhelo de lo inaccesible". Sus cultores no han advertido –continúa Groussac– que la vasta teorización de la *física* moderna ha sido obra de siglos, "y para imitarla, comienzan su casa por la cornisa. . . Se admite hoy sin discrepancia que una rama del saber humano no llega a merecer el nombre de ciencia, sino en la proporción en que los fenómenos que estudia puedan ser sometidos al cálculo. . . Pero en los estudios políticos y morales, nos es vedada hasta la esperanza de una precisión matemática. Respecto de la biología, la 'ciencia social' representa un organismo cuyos tejidos fueran formados de células diferentes y espontáneas. Respecto de las matemáticas, sus problemas darían lugar a ecuaciones 'indeterminadas' y de un grado superior a medios directos de resolución. . . Así, en ciertos valles profundos de múltiple resonancia, se confunde el sonido real con los ecos que llegan de varias direcciones, siendo imposible descubrir de qué punto del espacio ha partido. *Ignorabimus*. En los estudios sociales, no podemos, no debemos aspirar sino a una probabilidad cada vez mayor en la conjetura".[58]

Pero nada más significativo, en el plano del pensamiento académico, que la singular carrera de Alejandro Korn, quien tras doctorarse en medicina en 1883 con una tesis sobre *Locura y crimen* y ser designado en 1897 director del hospital Melchor Romero –cargo que ocuparía durante dos décadas–, se incorpora en 1906 como profesor suplente de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad porteña, donde tres años después se convertirá en titular de historia de la filosofía. A través de su cátedra –y de la de Rodolfo Rivarola en Buenos Aires y Coriolano Alberini en La Plata– comienzan a disolverse las creencias al uso, y es un médico, al cabo, quien plantea los límites del biologismo positivista, por más antimecanicista, antiintelectualista y antiorganicista que éste haya sido entre nosotros, como pretende exageradamente Ricaurte Soler.[59]

Más, pues, que una "crisis del progreso", en el sentido que Babini ha dado a la coyuntura científica del 90 como reveladora de un predominio de la técnica en detrimento de una ciencia pura estancada si no decadente[60], la crisis parece explicarse mejor en la clave de su inserción en la etapa final del progresismo biologista. Nuevos aires circulaban por el mundo y algún argentino interesado e interesante –como Ernesto Quesada– oteaba los horizontes renovados de la vieja Europa a la búsqueda de un *aggiornamento* cultural para nuestra patria.[61]

El seguro modelo que el progresismo biologista había brindado a la reflexión histórica, política, social y ética, predominaría un tiempo aún, sobre todo en su vertiente socialista, pero se iría extinguiendo lentamente entre lugares comunes a lo Bouvard y Pécuchet y la crisis del orden político conservador. El universo que Spencer había soñado racional y armónico y donde la Argentina tendría reservado –como lo quería Ingenieros– un lugar imperial, se precipitaría en las fauces de un irracionalismo voraz; una vez más, el sueño de la razón habría engendrado monstruos.

NOTAS

1 El lector puede recurrir a la obra de José Babini, *La ciencia en la Argentina*, Eudeba, Buenos Aires, 1963, o a la colección de monografías que con el título general de *La evolución de las ciencias en la República Argentina* publicó la Sociedad Científica Argentina entre 1923 y 1926. Leticia Halperín Donghi ha estudiado "El aporte de los hombres de ciencia extranjeros que actuaron en la República Argentina en el siglo XIX", en el *Boletín de la Academia Nacional de Ciencias*, Córdoba, 1970, Tomo XLVIII, Entregas 1a.-4a., págs. 103-113.

2 *El génesis de nuestra raza / Refutación de una lección del Dr. D. Gustavo Minelli sobre / la misma materia / por José Manuel Estrada / Publicada en "La Tribuna" y reimpresa por la imprenta de "La Bolsa" / Buenos Aires / Imprenta de la Bolsa, Calle de San Martín núm. 65 / 1862.* Alejandro Korn registra esta polémica, pero menciona a un "cierto doctor Gustavo Nivelli" (por Minelli), en *Obras Completas*, Ed. Claridad, Buenos Aires, 1949, págs. 194-5.

3 Guillermo Enrique Hudson, *Allá lejos y hace tiempo*, Ed. Peuser, Buenos Aires, 1945, págs. 362-5. La edición inglesa original es de 1918. Véase la excelente biografía de Hudson escrita por Alicia Jurado. *Vida y obra de W. H. Hudson*, Fondo Nacional de las Artes, Buenos Aires, 1971, págs. 51-2, aunque en un punto me permito discrepar con la autora. Hudson no podía tener sólo quince o dieciséis años, sino dieciocho por lo menos, al leer *The Origin. . .*, ya que ésta había aparecido en 1859 y Hudson nacido en 1841. En la misma obra (pág. 58), puede leerse sobre el extraño debate –raro porque Darwin no

solía ceder a la polémica y por la animosidad de un desconocido como Hudson contra la selección natural, quizás influido por Burmeister– en las páginas de los *Proceedings* de la Sociedad Zoológica londinense de 1870, a propósito de una observación hecha por Darwin en nuestro país sobre una variedad del pájaro carpintero. Véase la nota de Roy Bartholomew, "El joven Hudson y el viejo Darwin", en la *Revista de la Universidad Nacional del Centro*, Año I, Nº 1, Tandil, enero-abril 1977, págs. 113-125, aunque parecen exageradas las consecuencias que extrae del episodio. La posición de Hudson frente al darwinismo se hizo más dura aún en su obra póstuma, *A hind in Richmond Park*, en el clima espiritual de un difuso escepticismo sobre la ciencia y el progreso. Un reciente e interesante aporte sobre Hudson puede leerse en el libro de David Elliston Allen, *The Naturalist in Britain (A Social History)* Penguin Books, Middlesex, England, 1978, págs. 228-9.

4 José Manuel Estrada, op. cit., III.

5 Ibídem, págs. 58-9.

6 Ibídem, pág. 49. Para un análisis profundo de los precedentes científicos darwinianos y su relación con la denominada *teología natural*, es imprescindible el estudio de Charles Coulston Gillispie, *Genesis and Geology (A Study in the Relations of Scientific Thought, Natural Theology and Social Opinion in Great Britain, 1790-1850)*, Harvard University Press, Cambridge, 1969 (2a. ed.).

7 José Manuel Estrada, op. cit., págs. 36-7.

8 Es notable la falta de profundidad temporal que la mentalidad clásica atribuía al universo y al hombre. Es cierto, con todo, que Estrada no llegaba a la desoladora precisión del cálculo efectuado por el arzobispo Ussher y el Dr. John Lightfoot de la Universidad de Cambridge, quienes sostenían paladinamente que el mundo había sido creado a las 9 de la mañana del domingo 23 de octubre del año 4004 A.C. Con razón afirma Michel Foucault que "no hay ni puede haber la sospecha de un evolucionismo o de un transformismo en el pensamiento clásico, pues el tiempo nunca es concebido como principio de desarrollo para los seres vivos; sólo se lo percibe a título de revolución posible en el espacio exterior en el que viven" (*Las palabras y las cosas*, Siglo XXI Ed., México, 1968, pág. 151). Véase S. Toulmin y J. Goodfield, *El descubrimiento del tiempo*, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1968, caps. VIII y IX, y François Jacob, *La lógica de lo viviente (Una historia de la herencia)*, Ed. Laia, Barcelona, 1973, cap. III: *El tiempo*.

9 Véase Horacio Camacho. *Las ciencias naturales en la Universidad de Buenos Aires (Estudio histórico)*. Eudeba, Buenos Aires, 1971, págs. 134-6, nota de Ramorino al Rector, del 24 de mayo de 1869.

10 Sobre Burmeister, puede consultarse a Max Birabén, *Germán Burmeister - Su vida, su obra*, Ediciones Culturales Argentinas, Buenos Aires, 1968.

11 Hermann Burmeister, *Histoire de la Création (Exposé scientifique des phases de développement du globe terrestre et de ses habitants)*, F. Savy, París, 1870, págs. 6 y 176.

12 Charles Darwin, *The Origin of Species by means of Natural Selection or the Preservation of Favoured Races in the Struggle for Life* (Edited by J. W. Burrow), Penguin Books, Middlesex, England, 1972 (Repr.), pág. 453.

13 Hermann Burmeister, op. cit., págs. 642-3. Véase T. S. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*, F.C.E., México, 1970, págs. 234 y 263-5.

14 *Anales del Museo Público de Buenos Aires*, Tomo I, pág. 20, citado por Alberto Palcos en su "Reseña histórica del pensamiento científico (1862-1930)", en la *Historia Argentina Contemporánea* de la Academia Nacional de la Historia, Ed. El Ateneo, Buenos Aires, 1966, vol. II, Segunda Sección, pág. 28.

15 Martín García Mérou, *Recuerdos literarios*, Eudeba, Buenos Aires, 1973, pág. 244. La edición original es de 1891. Alfred Ebélot, el ingeniero francés que dirigió los trabajos de la "zanja de Alsina" y acompañó a Roca al desierto, fue un testigo penetrante de este proceso de transición del 70 al 80, en una obrita notable, *La Pampa*, Eudeba, Buenos Aires, 1961, pág. 107: "En esto vino la *europeización*. Ser argentino parecía afrenta". La edición original francesa es de 1889, y fue vertida a nuestro idioma por el propio autor al año siguiente.

16 Entre otras biografías, pueden consultarse las de Fernando Márquez Miranda, *Ameghino (Una vida heroica)*, Ed. Nova, Buenos Aires, 1951; Carlos A. Bertomeu, *El Perito Moreno, centinela de la Patagonia*, Ed. El Ateneo, Buenos Aires, 1949; Luis Holmberg, *Holmberg, el último enciclopedista*, Buenos Aires, 1952, edición del autor. Antonio Pagés Larraya ha escrito un excelente *Estudio preliminar* a los *Cuentos fantásticos* de Holmberg, que continúa siendo el mejor análisis de la figura y la obra literaria del singular escritor y científico. Me he ocupado con más extensión de la personalidad y significación de Holmberg en, "Holmberg y el darwinismo en Argentina", revista *Criterio* 47 (1974), t. 87, n. 1702, págs. 591-8.

17 El título completo es: *Dos partidos en lucha / Fantasía científica / publicada / por / Eduardo L. Holmberg / Imprenta de El Arjentino / Buenos Aires / calle Piedad n. 134 / 1875* (148 págs.). Entre las páginas 140 y 148 se reproduce el artículo *Los Akkas, raza pigmea del Africa Central*, por Paul Broca. Las citas en el texto corresponden a esta única edición.

18 Todo el encarnizado episodio acerca de los pozos artesianos está relatado con gracia insuperable por Noel H. Sbarra, en su *Historia de las aguadas y el molino*, Eudeba, Buenos Aires, 1973 (2a. ed.), págs. 115-121. Para las relaciones entre Burmeister y Ameghino, véase Fernando Márquez Miranda, op. cit., págs. 189-193.

19 Resulta harto difícil encontrar la clave del criptograma. Nos parece que Holmberg se ha divertido cruzando algunos nombres: Francisco P. apunta hacia Moreno, Pascasio Griffitz alude al segundo nombre de Moreno y lo combina con un apellido al estilo Kannitz, y Juan Estaca quizás encubra a Ramorino. Recordemos que Moreno no era originalmente evolucionista, ya que profesaba las ideas de su mentor Burmeister.

20 La convergencia literaria de los dos científicos no deja de ser paradojal, ya que Owen, el mejor anatomista de la época, fue un enconado adversario de Darwin, a punto tal que T. H. Huxley lo incluyó entre quienes cultivaban "the mistaken zeal of the Bibliolaters". Véase Ronald Millar, *The Piltdown Men*, Ballantine Books, New York, cap. 4.

21 El episodio fictivo parece evocar a uno real narrado por Ismael Bucich

Escobar (Martín Correa). A fines de agosto de 1870 actuaron en el Colón la cantante Carlota Patti, hermana de la famosa Adelina, acompañada por el pianista Teodoro Ritter y el violinista Pablo Sarasate. El público pidió insistentemente a la Patti que cantase *La Marsellesa* –la guerra franco-prusiana acababa de estallar– pero ésta se negó y entonó diplomáticamente el Himno Nacional. Véase *Visiones de la Gran Aldea,* 2a. serie (1870-1), Buenos Aires, 1933, pág. 71. El libro de Bucich Escobar contiene una larga serie de curiosas y reveladoras anécdotas menores, como la del atentado cometido contra Burmeister por el irascible portero del Museo y su insospechada repercusión periodística (págs. 9-11).

22 Psicopatología, frenología y espiritismo están siempre presentes en la obra narrativa de Holmberg. Respecto del último, siente un interés explicable, pues a partir de 1870, las prácticas espiritistas comienzan a difundirse en Buenos Aires. Los nombres de Wallace, el coformulador del evolucionismo, y de Crookes –ambos aficionados al espiritismo–, aparecen entreverados con las actividades de la logia Constancia. Véase *La casa endiablada*, en E. L. Holmberg, *Cuentos fantásticos*, Hachette, Buenos Aires, 1957, pág. 320. Resulta una sugestiva característica del "espíritu positivo" esta propensión compensadora al espiritismo, salvo que se la interprete a la manera de "un materialismo disfrazado", como lo hace Jacques Barzun, en su *Darwin, Marx, Wagner (Critique of a Heritage)*, Doubleday Anchor Books, New York, 1958, pág. 105, nota 7. El químico catalán Miguel Puiggarí, quien a la sazón profesaba en la Universidad porteña, compartía también la inclinación hacia esos temas. Véase R. F. Recoder, "Químicos de antaño", revista INTI, n. 24, Buenos Aires, 1973.

23 En muchos casos no resulta fácil discernir la filiación predominante de una u otra influencia sobre los pensadores que estudiamos. Por otra parte, como ha señalado recientemente Etienne Gilson en su incisivo libro *De Aristóteles a Darwin (y vuelta)*. EUNSA, Pamplona, 1976, pág. 149: "Está fuera de duda que fuera Spencer quien, al principio del movimiento, hiciera de la noción de evolución la palabra clave del pensamiento de los años 1850-1910. La fusión del darwinismo y del spencerismo fue casi instantánea, a pesar de la mala disposición de los autores respectivos". Lo cierto es que la opinión que Darwin tenía de Spencer no era precisamente benévola, según ha probado Nora Barlow en su edición de *The Autobiography of Charles Darwin (1809-1882)*, Collins, Londres, 1958, que contiene las omisiones de la primera edición preparada y expurgada por Francis Darwin, hijo del sabio. Véase por ejemplo: "La conversación de Herbert Spencer me parecía muy interesante, pero él no me gustaba especialmente, y no tenía la impresión de poder llegar a ser íntimo suyo. Pienso que era intensamente personal. . . Su modo deductivo de tratar todos los temas es totalmente opuesto al modo de ser de mi espíritu. Sus conclusiones nunca me han convencido, y nunca he dejado de repetir, tras leer una de sus descripciones: '¡He aquí un buen objeto para media docena de años de trabajo!' " (págs. 108-9).

24 Eduardo Wilde, *Tiempo perdido*, W. M. Jackson Ed., Buenos Aires, 1945 (4a. ed.), pág. 181. La edición original es de 1878. La observación se halla inserta en un capítulo de curioso título: *El chocolate Perón es el mejor chocolate.* Vale la pena recordar que Darwin ya había publicado, por entonces, *The Descent of Man and Selection in Relation to Sex* (1871).

25 Miguel Cané, *Ensayos*, Ed. Sopena, Buenos Aires, págs. 111-4. La edición

original es de 1877 y el ensayo de 1875. La victoriana afirmación de Disraeli está tomada de Geoffrey Bruun, *La Europa del siglo XIX*, F.C.E., México, 1964, pág. 122.

26 Luis Holmberg, op. cit., págs. 119-120.

27 *Origen de las especies por medio de la selección natural o por la conservación de las razas favorecidas en la lucha por la existencia,* por Charles Darwin. Traducción con autorización del autor de la sexta y última edición inglesa por Enrique Godínez, Biblioteca Perojo, Madrid, 1877. Para el análisis del evolucionismo en España, véase la obra de Diego Núñez Ruiz, *La mentalidad positiva en España: desarrollo y crisis*, Tucar Ed., Madrid, 1975, cap. VI.

28 Debo esta valiosa información sobre la Sociedad Científica Argentina a la gentileza del doctor Roberto F. Recoder, quien la ha reconstruido documentalmente y gracias a los datos recogidos de quienes fueron sus maestros, Juan Nielsen y Cristóbal M. Hicken. Respecto de la designación de Darwin por la Academia Nacional de Ciencias, véase Telasco García Castellanos, *Darwin (Homenaje en el centenario de la primera manifestación científica sobre el origen de las especies)*, Córdoba, Academia Nacional de Ciencias. *Miscelánea*, Nº 36. 1958. En cuanto a la reacción de Darwin por su designación francesa, véase Charles Darwin, *Autobiografía y cartas escogidas* (Selección de Francis Darwin), Alianza Ed., Madrid, 1977, Tomo II, págs. 420 y 486. Para el ámbito francés, véase la obra de Yvette Conry, *L'introduction du darwinisme en France au XIXe. siècle*, Paris, Vrin, 1974, cap. I y págs. 29-31 y 434-5.

29 José Manuel Estrada, *Discursos*, Mundo Moderno, Buenos Aires, 1953, págs. 124 y 126.

30 ¿Murió Darwin como consecuencia del mal de Chagas contraído en Mendoza en marzo de 1835? Se inclina por esta hipótesis P. B. Medawar en *El arte de lo soluble*, Monte Avila Ed., Caracas, 1969, págs. 83-94. El mismo Darwin relata: "Pasamos la noche en Luján, aldea rodeada de huertos y límite meridional de las tierras cultivadas de la provincia de Mendoza. Durante la noche, hube de sostener una lucha, y no es exageración, contra una *Benchuca*, especie de *Reduvius*, la gran chinche negra de las Pampas", en *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*, Ed. El Ateneo, Buenos Aires, 1945, cap. XV, pág. 392.

31 Editada como libro: *Carlos Roberto Darwin*, Buenos Aires, 1882, 134 págs. Las citas en el texto corresponden a esta única edición.

32 Puede leerse en *Obras* (Ed. A. Belín Sarmiento), Buenos Aires, 1899, vol. XXII, págs. 104-133.

33 *Conflicto y armonías. . .*, en *Obras* (Ed. A. Belín Sarmiento), Buenos Aires, 1900, vol. XXXVII, págs. 322-3.

34 Según una de las diversas tendencias descriptivas por Richard Hofstadter en su libro, *Social Darwinism in American Thought*, Beacon Press, Boston, 1955, caps. 1, 2 y 10. Véase James Allen Rogers, "Darwinism and Social Darwinism" en *Journal of the History of Ideas*, 33,2 (April-June 1972), págs. 265-280.

35 Cito por el texto titulado *Evolución*, que es en realidad el capítulo 19 de la *Botánica Elemental* publicado separadamente por la Sociedad Lu., Buenos Aires, 1915. Debe anotarse que Darwin no simpatizaba con estas aplicaciones

históricas del evolucionismo. Precisamente para el caso de Napoleón, véase la carta a Charles Lyell del 24/I/1860, en Francis Darwin (Ed.), *The Life and Letters of Charles Darwin*, John Murray, Londres, 1887, II, pág. 262. La confusión entre la evolución biológica y la social se halla en el centro de la relación entre Darwin y el posterior *darwinismo social.* Rogers, en su artículo ya citado, opina que ello "es el legado de la teoría malthusiana sobre la población humana" (pág. 275) y textos como el de la conferencia de Holmberg ya aludida se prestan a esa interpretación.

[36] *Debate parlamentario sobre la ley 1420,* Ed. Raigal, Buenos Aires, 1956. (Estudio preliminar, selección y notas de Gregorio Weinberg), págs. 311-2.

[37] Ibídem, págs. 206 y 208.

[38] Ibídem, págs. 336-7.

[39] Véase Erik Nordenskiöld, *Evolución histórica de las ciencias biológicas,* Espasa Calpe Ed., 1949, págs. 585 y sigs. e Yvette Conry, op. cit., págs 26-8. Darwin rechazó con disgusto o ironía estos concordismos biológico-políticos, tanto de derecha como de izquierda, aunque en algunas de sus cartas y en su *Descent of Man,* esa posición se halla matizada. Para la imputación de Virchow, véase Francis Darwin (Ed.), op. cit., III, pág. 237, y el artículo ya citado de Rogers, esp. págs. 269-274. En cuanto a la intensidad polémica del debate biológico-político en Alemania, puede consultarse a E. M. Radl, *Historia de las teorías biológicas,* Revista de Occidente, Madrid, 1931, Tomo 2, cap. XI, págs. 133-144. Una derivación curiosa se encuentra en la obra de Werner Sombart, *El burgués,* Ed. Oresme, Buenos Aires, 1953, Cap. XVI (Predisposiciones étnicas) y esp. pág. 359, nota 246, donde al hilo de la discusión sobre el problema de la transmisión hereditaria de los caracteres adquiridos, se califica al lamarckismo de liberal o social-demócrata y al weismannianismo de conservador.

En lo que respecta al remanido tema de las relaciones entre Darwin y Marx, debe advertirse que la cuestión ya fue planteada por Engels en su oración fúnebre ante la tumba de Marx, en 1883, al asegurar que "Tal como Darwin descubrió la ley de la evolución en la naturaleza orgánica, así Marx descubrió la ley de la evolución en la historia humana". Casi todos los biógrafos de Marx han dado por cierto que éste ofreció a Darwin dedicarle el segundo volumen de *El Capital*, gesto que el inglés declinó. Al parecer, y tras una larga polémica, Margaret A. Fay ha probado que la correspondencia que constituye la documentación central no fue entablada entre Marx y Darwin, sino entre éste y Edward B. Aveling, yerno de Marx. Véase Margaret A. Fay, *Did Marx Offer to Dedicate* Capital *to Darwin?* y la breve pero importante acotación de Isaiah Berlin, *Marx's Kapital and Darwin,* ambas aparecidas en *Journal of the History of Ideas,* 39,1 (Jan.-March 1978), págs. 133-146, y 39,3 (July-Sept. 1978), pág. 519, respectivamente. Me permito aportar la alusión al doctor Aveling que Francis Darwin hace en la autobiografía de su padre por él anotada, ya citada, en torno del tema religioso, en el tomo I, pág. 120 y nota 50 (pág. 252).

[40] Lucio V. Mansilla, *Entre-nos (Causeries del jueves),* Ed. Hachette, Buenos Aires, 1963, págs. 554-562. Las *Causeries* fueron recopiladas en cinco volúmenes entre 1889 y 1890, a partir de su original fuente periodística.

[41] Charles Morazé, *El apogeo de la burguesía*, Ed. Labor, Barcelona, 1965, pág. 300.

[42] John B. Bury, *La idea del progreso,* Alianza Ed., Madrid, 1971, págs. 299 y 309. Véase Sidney Pollard, *The Idea of Progress (History and Society),* Penguin Books, Middlesex, England, 1971, caps. 3 y 4.

[43] Véase Marcelo Montserrat, *La introducción de la ciencia moderna en Argentina: el caso Gould,* en revista *Criterio* 44 (1971), t. 84, n. 1632, págs. 726-9, y *Sarmiento y los fundamentos de su política científica,* en revista *Sur,* n. 341, julio-diciembre 1977, págs. 98-109.

[44] Véase Karl Löwith, *El sentido de la historia (Implicaciones teológicas de la filosofía de la historia),* Ed. Aguilar, Madrid, 1956, esp. cap. IV.

[45] Alfred Ebélot, *Relatos de la frontera,* Ed. Solar/Hachette, Buenos Aires, 1968, pág. 25. El artículo fue publicado originalmente en la *Revue des Deux Mondes,* el 1º de mayo de 1876.

[46] Luis Jorge Fontana, *El Gran Chaco,* Ed. Solar/Hachette, Buenos Aires, 1977, *Introducción,* págs. 39-40. La edición original es de 1881.

[47] Ricaurte Soler, *El positivismo argentino*, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1968, pág. 66.

[48] Cito por Florentino Ameghino, *Conceptos fundamentales,* Buenos Aires, W. M. Jackson Ed., 1945 (4a. ed.), comp. de Alfredo J. Torcelli, págs. 195-7, 213, 217, 219, 220, y 227. Es clara la filiación spenceriana, casi mimética, de algunas ideas basadas en el par antagónico y complementario "evolución-disolución" del pensador inglés.

[49] José María Ramos Mejía, *Las multitudes argentinas (Estudio de psicología colectiva),* Editorial de Belgrano, Buenos Aires, 1977, cap. I, págs. 28 y 37. La edición original es de 1899.

[50] José Nicolás Matienzo, *Le Gouvernement Représentatif Fédéral dans la République Argentine*, Librairie Hachette & Cie., Paris, 1912. La edición original argentina –menos completa que la francesa– es de 1910.

[51] Carlos Octavio Bunge, *El Derecho (Ensayo de una teoría científica de la ética, especialmente en su fase jurídica),* Buenos Aires, Valerio Abeledo Ed., 1907 (3a. ed.), págs. 270-6 y 299-304. La obra fue traducida al francés con el sugestivo título de *Le Droit, c'est la Force,* por Emile Desplanque, de acuerdo con su autor, de tal modo que si el título se reputa "un abuso del traductor", como afirma Ricaurte Soler (op. cit., pág. 182), la culpa es concurrente. Véase *Le Droit. . .* París, Librairie Schleicher Frères, Préface du traducteur, pág. V. Por otra parte, el crudo realismo jurídico que sugiere el título se confirmado por la definición que de la noción de ley da Bunge: "Este concepto, derivado de las bases biológicas expuestas, puede sintetizarse así: la ley es la expresión política de normas jurídicas impuestas más o menos conscientemente por las clases dominadoras para conservar un estado económico que las favorece" (pág. 304 de la edición argentina citada).

[52] Augusto Bunge, "Los fundamentos biológicos de la moral", en *Revista de Filosofía, Cultura, Ciencia, Educación,* Año I, Nº IV, Buenos Aires, julio de 1915, pág. 69.

[53] Juan B. Justo, *Teoría y práctica de la historia,* Ed. Líbera, Buenos Aires, 1969, págs. 5 y 13-4. La edición original es de 1909.

[54] José Ingenieros, *Principios de Psicología*, L. J. Rosso y Cía., Buenos Aires, 1919 (6a. ed.), pág. 30. La obra fue publicada originalmente por capítulos en la revista *Argentina Médica* en 1910 y al año siguiente en un volumen especial de los *Archivos de Psiquiatría y Criminología* con el título de *Psicología Genética*. En las traducciones española, francesa y alemana se llama *Principios de Psicología Biológica*.

[55] José Ingenieros, *La evolución sociológica argentina (De la barbarie al imperialismo)*, Librería J. Menéndez, Buenos Aires, 1910, Parte III: *El devenir del imperialismo argentino*, págs. 10, 94, 98-101, 103 y 105. En su obra posterior, *Sociología Argentina*, L. J. Rosso y Cía., Buenos Aires, 1918 (7a. ed.), Ingenieros inserta como primera parte un texto corregido pero similar en lo esencial al expuesto en *La evolución*. . ., y se extiende en una sugestiva Parte IV: *La formación de una raza argentina*.

[56] José Luis Romero, *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX*, F. C. E., México, 1965, pág. 14.

[57] Carlos M. Payá y Eduardo J. Cárdenas, "El primer nacionalismo argentino", en revista *Criterio* 48 (1975), t. 88, n. 1726, págs. 585-592. De los mismos autores, *El nacionalismo argentino en Manuel Gálvez y Ricardo Rojas*, Ed. Peña Lillo, Buenos Aires, 1978.

[58] Paul Groussac, "La paradoja de las 'ciencias sociales' ", en revista *La Biblioteca*, Año I, Tomo II (Set.-Dic.), Buenos Aires, 1896, págs. 309-320, esp. págs. 309-310 y 319-320.

[59] Osvaldo Loudet y Osvaldo Elías Loudet, *Historia de la psiquiatría argentina*, Ed. Troquel, Buenos Aires, 1971, págs. 133-141. Véase Ricaurte Soler, op. cit., págs. 196-7 y 246-9.

[60] José Babini, op. cit., págs. 75-6, y "La crisis científica del 90", en *Revista de Historia*, Nº 1, 1er. trimestre de 1957, Buenos Aires, págs. 86-8.

[61] Ernesto Quesada, *La enseñanza de la historia en las universidades alemanas*, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, La Plata, 1910, 1317 págs. El grueso volumen es el fruto de una exhaustiva investigación encargada por el decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de La Plata, don Rodolfo Rivarola, y realizada en veintidós universidades germanas durante el semestre de invierno de 1908 a 1909. Es particularmente interesante la Parte IV consagrada a las conclusiones, donde se propone como modelo al instituto del profesor Karl Lamprecht en Leipzig. Véase para nuestro tema específico, la referencia a Ludwig Gumplowicz y su escuela, de una ardiente orientación darwinista social y racista, en págs. 983-5.

Justo es recordar que el libro de Ricardo Rojas, *La restauración nacionalista (Informe sobre educación)*, Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, Buenos Aires, 1909, fue también el resultado de una misión encomendada, en este caso, por el gobierno del presidente Figueroa Alcorta en 1908 a través del ministro de Justicia e Instrucción Pública, don Federico Pinedo. El *Informe sobre la historia*, que así se titula internamente el documento original, y en cuya *Advertencia preliminar* fechada en enero de 1909 se afirma que "requería comprobación abundante, la teoría antes no demostrada entre nosotros, de que sólo por medio de la conciencia histórica llegaremos a la formación de una conciencia nacional", fue presentada a la postre ante el nuevo ministro don Rómulo S. Naón.

LOS "TRES GRANDES": AMEGHINO, MORENO, HOLMBERG

José Babini

Hacia 1875 asoman en el escenario científico argentino tres naturalistas: Ameghino, Moreno y Holmberg. Son tres científicos, en cada uno de los cuales predomina una faceta particular de la labor científica: Ameghino es el investigador de dedicación exclusiva por decisión propia; Moreno es el explorador y organizador; Holmberg es el maestro.

Casi coetáneos, nacen cuando cae Rosas, de manera que su formación corre pareja con la organización nacional, que en el campo científico se refleja en la obra de Mitre, Sarmiento, Gutiérrez y cuyos frutos son el Museo Público de Buenos Aires, el Observatorio y la Academia de Córdoba, el Departamento de Ciencias de la Universidad y los primeros ingenieros argentinos, la Sociedad Científica Argentina, etcétera.

Se ha discutido acerca de la fecha y el lugar de nacimiento de Ameghino. Una fe de bautismo atestigua que en 1853 nace en Italia Juan Bautista Florentino Ameghino, mientras que en la Argentina el interesado Florentino Ameghino, declara haber nacido en 1854 en Luján. Puede no haber contradicción: Ameghino, que se formó en la Argentina, se sentía argentino y, aun si no lo fuera, quiso serlo y de hecho lo fue, y olvidó o hundió en el Atlántico los escasos primeros meses de su vida transcurridos fuera de la República. Pues argentino fue el niño que ya recogía huesos en las barrancas de Luján, mientras cursaba las primeras letras bajo el ala protectora de un buen maestro que trae a su precoz discípulo a la Capital a fin de que prosiga estudios en la Escuela Normal. Argentino fue el adolescente que, mientras cursaba su carrera de preceptor, visitaría el Museo y sus colecciones y devoraría los libros científicos de la biblioteca escolar. Y argentino fue el joven que a los quince años es designado maestro y más tarde director en Mercedes, donde inicia lecturas más ordenadas e investigaciones sistemáticas, emprendiendo durante nueve años, según sus apuntes autobiográficos, "el estudio de los terrenos de la Pampa, haciendo numerosas colecciones de fósiles e